

NOCHES DE Navidad

Patricia García-Rojo · Ester León · Laura S. Maquilón · Virginia Orive de la Rosa · Sofía Rhei · Marina Tena Tena ·Susana Vallejo · Rocío Vega



DUERMEVELA

Noches de Navidad

Noches de Navidad

PATRICIA GARCÍA-ROJO,
ESTER LEÓN, LAURA S. MAQUILÓN,
VIRGINIA ORIVE DE LA ROSA,
SOFÍA RHEI, MARINA TENA TENA,
SUSANA VALLEJO, ROCÍO VEGA



Calle Acebal y Rato, 3, 33205, Gijón www.duermevelaediciones.es

Primera edición: noviembre de 2023

Ilustración de cubierta © Amagoia Agirre, 2023
Corrección: Rebeca Cardeñoso y Almudena Martínez Ilustraciones interiores y maquetación: Almudena Martínez ISBN: 978-84-127672-1-6
Producción del ePub: booqlab

Indice

Los Tejos

Susana Vallejo



SUSANA VALLEJO

Susana Vallejo Chavarino (Madrid, 1968) estudió Comunicación en la Universidad Complutense y durante años trabajó en diversas empresas en el área de Marketing y Ventas. A los 26 años se trasladó a Barcelona, ciudad en la que reside desde entonces.

Autora con mil facetas, ha publicado novela negra, thriller, fantástico, literatura juvenil y no ficción.

Su tetralogía de Porta Coeli le granjeó numerosos reconocimientos, como el premio Ictineu (2010, 2011) y fue finalista del premio Jaén así como del premio Edebé de Literatura Juvenil.

En 2011 ganó el premio Edebé de Literatura juvenil con *El espíritu del último verano*, del que fue finalista también en 2018 con *Irlanda sin ti* y en 2022 con *La familia Delorean viaja por el tiempo*. *Nueve días en el jardín de Kiev*, su novela más reciente, ha sido finalista del premio Dulce Chacón 2022.

Es socia fundadora de la escuela online de literatura Phantastica.com.

Ana hundió los dedos en el musgo. Estaba acolchado, húmedo y verde, no tanto como el verde brillante de la primavera, pero casi. Luego, se olió la mano. Estaba sano. En cambio, en la ladera del sur, empezaba a secarse. Allí el marrón iba ganando centímetro a centímetro al verde.

El camino se había desdibujado con las últimas lluvias. El barro rojizo lo cubría todo. Los troncos de los árboles caídos por la enfermedad, las hojas y las rocas habían dejado el viejo sendero irreconocible.

Ana se recogió los faldones, apartó las piedras y las ramas y se encaminó hacia el arroyo. Aquel había sido un otoño húmedo. El arroyo bajaba repleto de agua. Y el agua era vida. Ana dio gracias a los dioses, a la Madre Tierra y al bosque. Se preguntó si debería dar gracias también al niño Jesús, que estaba a punto de nacer. Y, por si acaso, también le dedicó un pensamiento.

Allí, junto al arroyo, crecían los álamos. Era el mejor lugar para recolectar el muérdago de la Navidad. Una roca, sobre la hondonada, hacía más fácil encaramarse para alcanzar las arborescencias que cubrían los árboles y cortar el muérdago.

Llenó con ramitas la bolsa que llevaba a la espalda y luego recogió algunas piedras del río. Las más brillantes.

—¿Es de la cueva o del arroyo? —le preguntó su abuela en cuanto la vio llegar.

—Del arroyo —Ana dejó el cayado junto a la puerta y descolgó la bolsa de su espalda.

—¡Ana! El camino debe de estar fatal, con las lluvias…

—He tenido cuidado, abuela. Pero, mira, es el mejor.

Ana sacó el muérdago y la abuela lo olió. Después lo extendió sobre la mesa y murmuró unas palabras de agradecimiento a los viejos dioses. Las palabras cayeron sobre las ramitas con la suavidad de un molinillo lanzado al viento.

—Prepara los hatillos, anda. Mañana llévalos al pueblo, pero, por el amor de dios, no vayas por el camino del arroyo, ve por el otro.

—Es más largo. Y hace frío.

—Es más seguro.

La abuela volvió a la cocina y siguió removiendo la enorme cacerola.

Ana escondió las piedras de río en su bolsillo.



El aire venía del norte y traía consigo el frío del invierno que estaba a punto de llegar. Aunque Ana se tapaba las orejas con una capucha, el viento buscaba por donde colarse y azotaba sus mejillas. Los viejos guantes de la abuela estaban ya muy desgastados. Las botas, en cambio, se conservaban mucho mejor. Cuando llegó al pueblo estaba tan colorada como los melocotones del verano.

El pueblo olía a leña. Afortunadamente, las casas de piedra frenaban el viento de las montañas. Ana cruzó el puente y se dirigió a la plaza. Cuando llegó, extendió la manta en su rincón y colocó los ramitos de muérdago. Después, sacó los productos de siempre: saquitos de ruda, malva, liquen, angélica, cáñamo…

Vero, la mujer que vendía cebollas a su lado, le pidió algo para el estreñimiento. Ana le dio un saquito de malva y le indicó cómo prepararlo en infusión.

—Llévate un ramito de muérdago también, Vero. Colócalo sobre la puerta. Los malos espíritus no traspasarán tu puerta, la buena suerte te acompañará durante todo el año que viene.

—¡Suerte!, vamos a necesitarla este año, ya te digo —la mujer tomó el muérdago que la chiquilla le ofreció—. ¿Cómo está tu abuela?

—Va tirando. Cada día anda menos —terminó en un susurro.

—Dale un abrazo de mi parte.

La mañana transcurrió tranquila. Llegaron los clientes habituales del pueblo y de los caseríos de los alrededores. El mercado de los lunes atraía a gente que venía desde muy lejos. Muchos, andando; otros, en mulos y burros, acudían en busca de cacerolas, bandejas de barro, telas, verduras, frutos secos y unas pocas frutas de invierno.

Su abuela le decía que ella no vendía hierbas.

«¿Y entonces qué es esto, abuela?» le preguntó Ana, cuando era una chiquilla que apenas levantaba un metro del suelo, mostrándole todos los productos que exponían sobre la manta.

«Consejos, chiquilla. Son nuestras palabras lo que vendemos, no los remedios. Vendemos palabras y sabemos escuchar. Ese es el secreto de nuestro negocio».

El médico se pasaba los jueves por el pueblo y, cuando él no estaba, los enfermos del cuerpo y del alma acudían a su abuela. Ahora que su abuela no podía bajar al pueblo, se acercaban a Ana.

«Te tienes que ganar tu propia clientela y tu reputación» le decía su abuela.

Ana se miraba en el espejo de la entrada y veía solamente el reflejo de su cabeza en él, aún era muy bajita.

«Soy una niña, abuela».

«Eres una chiquilla. Y muy lista. Saldrás adelante, igual que salí adelante yo, igual que salimos todos».

Desde su puesto del mercado, Ana observó las miradas de reojo que le

lanzaba una mujer. Supo que se acercaría a ella cuando no estuviera atendiendo a nadie. Y supo lo que le iba a decir antes de que lo hiciera. Seleccionó saquitos de ruda, enebro, tejo, ajenjo y oreja de fraile, y los mezcló midiendo muy bien las cantidades.

—Tómate esto —le dijo en cuanto se acercó—. Una infusión de este saquito, tres veces al día, y luego de estos otros, por la noche.

Ana le hizo repetir las instrucciones varias veces, asegurándose de que lo había entendido bien.

—Mucho cuidado con la dosis. Es lo que te he dicho y nada más. Y descansa al día siguiente. No será fácil.

La mujer la miró con los ojos brillantes y le pagó con una gallina y un tarro de aceitunas arbequinas. Todo un tesoro. Su abuela y ella se darían un buen festín.

Desde su puesto, Ana distinguía la entrada porticada de la iglesia. Estaban limpiando. Seguramente para poner el Belén. Eran unas figuras enormes las que sacaban cada año. A Ana le fascinaban sus caras oscuras esculpidas en madera y la pintura dorada y brillante que decoraba sus capas.

Cuando las campanas dieron las diez y media, escuchó una algarabía. Los niños de la escuela aparecieron por la calle Mayor.

«Oh, no».

Probablemente los sacaban a ver el mercado. Una especie de salida cultural. Ahí estaban. Con sus ropas de colores, sus risas… Ahora, un palmo más altos y, algunos, ya tan anchos como los bueyes de los prados de arriba. Pensó en enfrentarles la mirada, pero después de todo lo que había pasado, decidió que era más inteligente apartarla.

Ana recordaba los nombres y apellidos de cada uno. Podía recitarlos. Todos los años que pasó en la escuela le habían dejado grabada una lista de nombres por orden alfabético. Algunos de ellos se le habían marcado en la memoria como cicatrices.

—¡¡Vamos a ver a la bruja!! —gritó un niño desde lejos.

—¿Se ha muerto ya tu abuela?

—¡¡Bruja!!

—¿Sabes hacer magia negra?

Los gritos de los cinco chavales se mezclaron los unos con los otros y sus palabras chocaron contra ella, intentando penetrar en la barrera que había construido hacía ya años.

Manu era el más alto. Como decía la abuela, uno de esos que había que vigilar de cerca. Era de la familia de los Tejos. Y los Tejos siempre daban problemas.

«Manuel Tejo Etxebarría». El último de la lista.

Manu pisó la esquina de la manta y buscó la mirada de Ana, desafiándola. La

profesora no veía nada; estaba pendiente de los más pequeños.

—Ni se te ocurra pisarla, Manu. Si lo haces, te parto los cojones —Leire apareció tras el grupo.

Ella también había crecido. Era la única capaz de poner en su lugar a su hermano.

—¿Qué tal va el negocio? —la sonrisa de Leire era tan amplia como la plaza.

—Tirando.

—¿Y tu abuela?

—Regular…

Leire apartó a su hermano y observó la mercancía que exponía Ana.

—El muérdago es muy fresco…

—De ayer mismo, del arroyo.

—¿Sabes? Este año, cuando los pequeñajos han hecho las coronas de Navidad, me he acordado de cuando nosotras hicimos aquella, con muérdago y con las hojas rojas esas…

—Nos quedó bien bonita —Ana rio.

—¡La mejor corona de todas! Hey, ¡podríamos hacer juntas otra corona! Y ponerle este muérdago para colocar en nuestras puertas…

—¿Lo dices en serio?

—Pues claro.

—Necesitaremos algunas bellotas. Sé dónde encontrarlas.

—Pasado mañana, ¿a las doce en la cruz del lomo?

—¡Hecho!

Sin darse cuenta, se pasó todo el regreso a casa, con la gallina todavía viva, canturreando una cancioncilla que hablaba de pastores y pastoras que se encontraban a escondidas en los prados de primavera. Y el calorcillo de esas palabras, que hablaban de la primavera, caldearon el frío helado que cortaba el camino del valle.



La niebla se empeñaba en arrastrarse sobre las montañas. Los árboles de la cima se hundían en las nubes blancas, no se sabe si para hacerles cosquillas o abrirles un tajo en la barriga.

Ana y Leire llevaban unas cestas sujetas a la espalda. En ellas iban echando las hierbas que recogían.

—¿Sabes dónde hay carlinas?

Ana negó con un gesto.

—Este año no hay. Pero podemos poner cardos.

—Y también quiero recoger líquenes, para el asma…

Ana rio a carcajadas.

—Ahora resulta que sabes de hierbas tanto como yo.

—Tú me lo enseñaste. Y yo lo recuerdo.

—Es mi abuela la que me lo ha enseñado todo —pensó en ella y se le encogió un poquito el corazón.

—Recuerdo que el cardo santo es bueno para la digestión, pero hay que usar muy poquito —Leire se acercó a un tejo—. Y recuerdo que los tejos son venenosos. Mucho.

Ana sonrió.

—Todo en ellos es venenoso, excepto el fruto.

—Excepto el fruto, sí —Leire suspiró largamente—. Los Tejos somos puro veneno, Ana.

—Tú no. Tú no eres como tu familia. Tú eres como los frutos rojos de los tejos.

Ana tocó el tronco del árbol, tanteando si estaba enfermo o no, y luego arrancó unas ramitas. Las envolvió en un trapo.

El silencio flotó alrededor, hasta que Leire lo rompió.

—¿Echas de menos la escuela?

—Solo te echo de menos a ti —le soltó Ana, de pronto—. Cuando me acuerdo de tu hermano y su pandilla… Uf. Me alegra haberlos, casi, perdido de vista. Pero me gustaba la maestra y aprender las cuentas… Eso sí que lo echo de menos.

—Ahora que ya no estás en la escuela, no tengo nada que aprender de ningún otro alumno… Aprender es genial.

Ana calló, incapaz de expresar la cantidad de pensamientos que se le apelotonaron en la cabeza.

—Tu hermano sí que seguirá estudiando —pudo decir al fin.

—Manu se irá a la capital enseguida. El muy desgraciado. Yo soy mucho más lista que él, pero como él es el chico, pues, hala, ¡a estudiar! Qué injusto es todo, Ana.

—¡Que le den!

—Que le den.



Ana colgó la corona sobre la puerta. Bajo el *eguzkilore* protector. Luego, adornó el abeto de la entrada con algunos lazos y cadenetas hechas con papeles de colores, hojas y hierbas. Debajo, colocó unas figuras hechas con bellotas, con las piedras del río y trocitos de tela.

—Pero ¿qué es esto? —preguntó la abuela.

—Un niño Jesús… La Virgen y San José.

—¡Un belén! Chiquilla, ¡cómo te ha dado por ahí! Nosotras no creemos.

Ana se encogió de hombros.

—Quizás necesitemos la ayuda del otro Dios, abuela.

La mujer se la quedó mirando. Las figuras, hechas con palitos, piedras y bellotas, eran muy lindas.

—A mí me encantaba jugar a las muñecas cuando era más pequeña que tú —dijo en voz alta y los recuerdos de unas Navidades, en una casa caliente, rodeada de regalos envueltos en papeles de colores brillantes, le cayeron encima como un manto de nostalgia—. Anda, haremos un establo a las figuritas, para que se refugien del frío.

Con maderas y palitos construyeron un pequeño establo. Ana colocó con mucho cuidado la figura de un bebé, envuelta en un trozo de tela blanca; una figura alta, que sostenía un bastón, y una figura con faldas de un azul muy brillante.

—¿Sabes que la virgen viste de azul porque simboliza que es la reina de los cielos? Antiguamente, el color azul era tan difícil de conseguir como el dorado.

Ana negó con un gesto.

—La virgen de la iglesia está arrodillada. Pero yo la he hecho para que se sostenga de pie —Ana la recolocó. La figura se sostenía a la perfección.

—Te has fijado ¿verdad? —la abuela rio—. Las mujeres siempre se agachan, hija. Pero tu virgen no tiene por qué hacerlo. Puede estar de pie. Y la puedes hacer tan alta como San José. Si quieres, claro.

Las dos mujeres se quedaron mirando el árbol y el belén.

—Abuela, este año ¿iremos a la misa de Navidad?

La abuela resopló.

—¿Tú quieres ir?

Ana asintió y la anciana no contestó enseguida. Imágenes de antiguas Navidades pasaron por su mente en unos instantes. Navidades muy distintas a aquella que, probablemente, sería su última.

—Iremos al pueblo. Pero me vas a tener que ayudar…

—Quizás con tus bastones…

—Quizás. Y solo si hace buen tiempo, si no, tendrás que ir sola…

—¡Hará buen tiempo!

—Ay, nena —la abuela se encogió de hombros—, eso ni tú, ni yo, ni nuestros dioses, incluyendo estos —señaló el nacimiento—, pueden saberlo.



Aunque Ana sabía que los dioses no se preocupaban de las cuestiones atmosféricas, les pidió que el día de Navidad no hiciese demasiado frío, ni viento, ni lluvia... Derramó sus palabras sobre el cadáver de un rascón que sacrificó ex profeso para la ocasión y, después, dejó el cuerpo pudrirse bajo el abeto. Lo rodeó con ramitas de majuelos de dos huesos y espino blanco y, por siete días, el

sol, la lluvia y el viento, acariciaron el cadáver. Por siete días, ella cantó palabras de esperanza y de amor, para que los cielos se cubrieran de azul y no de nubes.

Y, al parecer, los dioses la escucharon, porque amaneció un día claro de cielos azules. De esos de un azul casi imposible, esos de invierno, sin nubes, en los que el sol acaricia la piel de los humanos fingiendo una temprana primavera.

—¿Iremos a misa, abuela?

La mujer observó desde la ventana la montaña recortarse sobre un cielo de límpido azul.

—Vamos. Irá bien que me vean allá, Ana. Hay que estar a bien con los del pueblo.

—Me llevo bien con todos, abuela. Excepto… Bueno, con Manu y los suyos, ya sabes.

La abuela cerró los labios con fuerza.

—Los «suyos» no son un problema. Sin él, seguirían a cualquier otro. Manuel es un Tejo. Es venenoso —sentenció.

—Leire también lo es. Pero ella es muy distinta. Es como el fruto de los tejos…

La abuela sonrió.

—Pero será él el que herede, el que mande, cuando su padre muera…

—Y el que estudie —terció Ana.

—¿Marchará a la ciudad a estudiar?

—Sí.

—No me lo habías dicho.

Ana le dio la espalda. De repente, parecía muy ocupada buscando su abrigo.

—Le odio, abuela —dejó escapar entre dientes.

La anciana calló. Pero apretó tanto los puños que se le clavaron las uñas en la carne.



Salieron con tiempo de sobra. La ligera subida dejaba sin aliento a la abuela.

—Apóyate en mí, abuela.

—No hace falta. Lo conseguiré.

Ana sabía que lo conseguiría. Todo lo que se proponía su abuela lo conseguía. Era aún más cabezona que ella. Y había sobrevivido a los tiempos más difíciles. Era de los pocos ancianos que quedaban en el valle.

—Qué hermosas están las montañas —dijo la mujer, casi sin aliento—. El año que viene no estaré aquí para verlas, Ana. Les tendrás que dedicar tus oraciones por mí.

Era la primera vez que la abuela lo decía así, con todas las palabras. «No estaré aquí». Y Ana sabía que no pretendía dar pena; ella no era como uno de

esos mayores que dicen «Ay, puede que el año que viene ya no esté aquí con vosotros» para conseguir unos minutos de atención y dar lástima. La abuela sabía. Y si decía que no estaría, es que no estaría. Era un hecho. Y era la primera vez que sus palabras lo explicitaban tan a las claras.

Ana no supo qué decir. La congoja se le quedó atascada en la garganta. Así que dio la mano a su abuela y se la apretó con fuerza.

—Serán tiempos difíciles los tuyos, cariño. Sobre todo si es Manu quien gobierna en el pueblo.

—Podré con ello.

—Claro que podrás, mi cielo. Con la ayuda de los dioses, podrás con todo.



Los del pueblo se habían vestido con las mejores galas. Habían sacado de las arquetas y de los escondrijos de los armarios los collares de oro, los pendientes, los alfileres de corbata y las sedas.

Ana y su abuela venían de lejos y, como otros campesinos, cargaban con los cayados, los bastones, y los viejos abrigos de montaña. Sus botas estaban manchadas de barro. El contraste entre los del pueblo y los de las afueras era evidente.

La iglesia olía a cera y a oscuridad. Ana y su abuela se sentaron al fondo.

Ana respiró hondo, sin dejar de observar a Leire, que se había vestido con una chaqueta de punto verde, verde pardo, como los árboles de invierno. Llevaba unas bolitas rojas de pendientes, como los frutos del tejo.

Manu se sentaba a su lado. Con un chaleco azul, tan azul como el manto de la virgen que los miraba desde la capilla, y un pañuelo de seda haciendo juego al cuello.

El sacerdote habló sobre el perdón. La madre de Leire y de Manu se ocupó de una lectura. La abuela se revolvió en su sitio.

—El perdón es una fuerza que se recibe de Dios… El perdón nos hace humanos y es una muestra de caridad. Prudencia y caridad… Perdona nuestras deudas como nosotros perdonamos a nuestros deudores…

—Paparruchas —murmuró la abuela—. Anda, vamos a tomar la comunión. Que nos vean bien.

«Brujas». Las palabras, susurradas entre dientes, se arrastraron a su paso alcanzando todos los rincones de la iglesia.

A Ana le dieron ganas de pegarle un puñetazo al imbécil que lo había dicho. Pero se mordió las ganas e hizo todo lo posible para que se disolvieran con la hostia sagrada que pusieron en su boca. La hostia se disolvió enseguida, pero la rabia siguió burbujeando en su interior.

A la salida de misa, se formaron algunos corrillos. Ana y su abuela

permanecían solas en la plaza. Leire se acercó.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó a la abuela.

—Fatal, chiquilla. No tengo fuerza en las piernas y, si te digo la verdad, no sé ni cómo he conseguido llegar hasta aquí.

—Por su cabezonería, ¡pues claro! —Leire rio y se volvió para buscar a su familia con la mirada—. ¡¡Padre!! Podríamos dejarles el asno para que volvieran a casa.

Su padre puso cara de pocos amigos.

—Es Navidad, padre.

—Se lo debemos, Mikel. Después de lo que pasó con Manu… —dijo, casi a la vez, la madre de Leire.

—Mira, Leire —el padre resopló—. Si quieres llevarlas tú, hazlo; pero vuelve antes de que empecemos a comer.

—Me daré prisa.



El sol de invierno acariciaba la cara de la abuela y ella cerraba los ojos para disfrutar del momento. El asno avanzaba bamboleándose por el camino y las risas de Ana y Leire, cada una a un costado, la acompañaban como unos cascabeles.

Sabía que aquella sería su última misa de Navidad y, quizás, su última visita al pueblo. La última vez que subía en burro y veía el valle, las montañas, el musgo… Todo era más brillante, más hermoso, más intenso. El cielo era azul. De un azul casi imposible.

Leire les contaba sus planes para mejorar la cosecha. Cuando su hermano estuviera en la ciudad, ella se ocuparía de los campos. Aquella chica tenía la cabeza en su sitio. Ana la miraba embelesada.

Cuando llegaron al caserío, Ana ayudó a su abuela a bajar del asno.

—Qué bien lo hemos pasado —murmuró— ¿A que ha valido la pena el esfuerzo, abuela?

—Ya lo creo —la anciana sonrió.

Leire se despidió y se encaminó hacia el sendero.

—¿Vendréis para fin de año? —les gritó.

—No lo creo —contestó la abuela.

—Puedo venir a recogeros.

La mujer negó con un gesto.

—Ya he tenido bastantes misas. No necesito que nadie me cuente más pamplinas. Me basta con saber que, a partir de ahora, los días serán más largos. Por fin, llega la luz, chicas. Llega la luz —la mujer hizo una pausa perdida en sus pensamientos—. No creo que llegue a ver el solsticio del próximo verano, pero

he visto el del invierno…

—No diga eso.

—Las cosas son como son, Leire. Y no hay que darles demasiadas vueltas.

La chiquilla subió en el burro y se alejó por el camino.

—¡Ten cuidado, Leire! —le gritó Ana.

—Siempre lo tengo.

Su silueta se perdió en la espesura.



Los días pasaron y San Silvestre quedó atrás. Cuando todavía quedaban algunos días para la festividad de Reyes, llegó el primer día de mercado y Ana tuvo que bajar al pueblo.

Cuando entró en la plaza, se encontró con un silencio atípico. El aire se sentía más denso. Las palabras eran escasas y brotaban con dificultad. El aire helado parecía haber congelado las sonrisas.

—¿Te has enterado? —Vero se plantó ante ella y no esperó a que contestase para soltarle la nueva—. Están buscando a Manu. Ha desaparecido. Ayer tenía que haber llegado hasta la encrucijada, para tomar la diligencia…

—¿¿Quééé??

—…iba a la ciudad, a estudiar. Ya sabes. Salió de noche. La diligencia del correo de los lunes lo recogería en el cruce. Han encontrado su equipaje en el barranco, el asno llegó solo a casa, pero él…

El corazón de Ana empezó a latir muy rápido.

—¡El barranco! ¿Tomó el atajo?

—Claro. Es un camino peligroso, pero el burro lo había recorrido mil veces. Dicen que estaba resbaladizo… Que las piedras…

—El domingo llovió… Los animales resbalan sobre las rocas húmedas… —murmuró Ana.

—Sus padres están desesperados.

—¿Y Leire?

—Ni idea.

Le resultó difícil concentrarse en las ventas. Estaba más concurrido de lo habitual, la fiesta de los Reyes Magos llegaría pronto y había compras por hacer. Pero la animación y la alegría propias de esas fiestas habían desaparecido. Se hablaba de un único tema.

«Qué desgracia».

«Hay que mantener la esperanza».

«¿Qué esperanza? ¡El equipaje estaba en el barranco!».

«Los osos podrían haberse ocupado del cuerpo».

Ana sabía que era prácticamente imposible que los osos hubieran bajado al

barranco. Pero los lobos... Ah. Los lobos eran diferentes.

—Hay una cuadrilla buscando el cuerpo… Pero cada hora que pasa, se pierden más esperanzas…

Ana absorbía cada retazo de información con la mirada baja y el corazón encogido.

En cuanto dieron las dos, recogió la manta, guardó todo en la cesta que llevaba a la espalda y se encaminó a la casa de los Tejos. Su escudo familiar estaba labrado en la piedra gris; un árbol rodeado por una banda, que el tiempo y la erosión se habían ocupado de desdibujar hasta hacerlo casi irreconocible. El mejor edificio del pueblo estaba rodeado por un murete, y un jardín descuidado flanqueaba el enorme portón de madera.

Ana se quedó afuera. La ventana de la habitación de Leire tenía las cortinas abiertas.

Dio la vuelta a la casona y recorrió la valla que rodeaba el jardín y el huerto. Al fondo, se encontraban las cuadras.

Sabía que estaría allá, junto a los animales.

—¡Leire!

Ana saltó la valla y se dirigió hacia ella. La abrazó antes de decir nada.

—Lo siento mucho. Lo siento —las palabras se deslizaron entre el cabello ondulado de Leire—. ¿Hay noticias? ¿Lo han encontrado?

—No. Mis padres dicen que puede estar vivo. Pero ha pasado ya un día. Son esperanzas vanas. Lo sé yo, lo sabes tú y lo saben todos en el pueblo. Ellos se agarran a un clavo ardiendo. ¿Has sido tú? ¿Has pedido a tus dioses que muera?

—¿Yooo?

A Ana le dio la risa. Y al oírla, se sintió culpable. No podía reírse en aquella casona en la que reinaba el dolor.

—Hace dos años sí, Leire. Hace dos años lo hubiera matado yo misma. Pero ahora… Ahora se iba lejos por fin… Tú… ¿estás bien? Después de todo, era tu hermano.

—Estoy bien. Era un imbécil. Era mi hermano... Un hermano imbécil. —Escupió en el suelo— ¿Y tu abuela? ¿Cómo está?

—Regular. Bueno, peor que regular. Ahora, apenas puede andar.

Leire le dio la mano a Ana y se la apretó con fuerza.

—¿Seguro que estás bien, Leire?

—Sí. Mis padres son los que están mal. El heredero, ya sabes. El hombre de la familia… Bla bla bla. Y no encuentran el cuerpo. Eso lo llevan muy mal. Si no está ya muerto, lo estará enseguida. Si se ha caído al barranco…

—¿Quieres que lo busque? Nadie conoce el bosque como yo y esa parte…

—¿Tú? ¡Después de todo lo que pasó! Ni hablar. Si está muerto, está muerto.

Ana suspiró aliviada.

—Si tú me lo pides, voy a buscarlo —murmuró.

En esta ocasión, fue Leire la que la abrazó. Y ese fue un abrazo sin prisas. Ana se vio envuelta en un aroma de violetas que probablemente provenía del perfume que hicieron juntas hacía unos meses y se mezcló con el propio olor de Leire, ese que le recordaba al bosque y a la madera.

—Vuelve a casa con tu abuela, anda —deshizo el abrazo.

—Mañana bajaré al pueblo.

—Como quieras.



Cuando llegó al caserío, Ana se encontró a su abuela en la cama.

—¡No te imaginas lo que ha pasado! ¡Manu ha desaparecido! Llevan todo el día buscándolo. Se iba a la ciudad y nunca llegó a la encrucijada ni a coger la diligencia del correo.

—Ahí se pudra —su voz era más débil que de costumbre.

—Dicen que han encontrado su equipaje en el barranco. Pero el cuerpo no aparece.

—Si no lo han encontrado, es porque no está en la parte de los castaños, sino en la de las zarzas. Ahí no hay quien llegue.

—Un niño pequeño podría llegar. Sobre todo ahora que es invierno…

—Quizás —la abuela apenas tenía fuerzas para hablar.

—También podría haber caído en las rocas…

—No lo creo. Entonces habría ido por el camino de en medio. No sería tan idiota, Ana.

—Es … Era… Un imbécil.

—Ya. Pero no creo que lo sea tanto como para ir por el camino de en medio con equipaje.

Las dos mujeres sonrieron.

—De todas formas, las alimañas nos dirán enseguida dónde está. Mira al cielo, Ana. Los buitres nos lo dirán.

Ana arropó a su abuela con la manta de lana.

—Mañana bajaré al pueblo, con Leire.

—Haces bien. Ayuda todo lo que puedas, preciosa. Que te vean. Cuando ocurren desgracias, los lugareños siempre bus-can culpables. Y no nos interesa que nos señalen. No somos las brujas que ellos creen que somos.



Durante el entierro, llovió a mares.

«El cielo llora por nuestro Manuel» declamó el cura, intentando que su voz ahogase el sonido de la lluvia.

Y Ana pensó que tenía razón. En el cielo, todos debían estar llorando porque si Manu había llegado hasta allá, tendrían que aguantar a un indeseable.

Leire, vestida de negro, mantenía la mirada baja. Su madre lloraba, como esos angelitos del cielo que ahora tendrían que soportar a su hijo. El padre mantenía la mirada fija en ninguna parte. Apretaba tan fuerte su bastón de mando que se le habían quedado blancos los nudillos. Ni siquiera se daba cuenta de que Leire sostenía un paraguas que lo protegía de la lluvia.

Cubrieron el ataúd con una tierra convertida en barro rojo, tan densa y pesada como el ambiente que les rodeaba.

Cuando todos se alejaron, Ana se acercó hasta el túmulo de tierra y repartió por encima sus piedras de río.

«Para que nunca te levantes y te quedes ahí para siempre... Para que tu recuerdo se pudra como tu cuerpo hasta desaparecer. Para que tu memoria se pierda…»

Las palabras, murmuradas entre dientes, cubrieron la tierra reciente que se hizo más y más pesada.

Ana sacudió su paraguas y se acercó al grupo que permanecía en la salida, junto a Leire.

«Te acompaño en el sentimiento».

«Lo siento».

Las palabras vacías revoloteaban a su alrededor. Ana las espantó con su presencia.

Enseguida, las dejaron solas.

—Cuando la muerte llega, no hay mucho por decir.

—Nuestra corona de Navidad no ha funcionado muy bien. La muerte se ha colado en nuestra casa, nada más empezar el año.

—Bueno, Leire. Manu acababa de dejar vuestra casa… Así que… La protección de la corona ya no le servía de nada.

—Visto así…

Las siluetas de las dos chiquillas, juntas, protegidas por sus paraguas, se recortaban sobre la lluvia fina y constante.

—No lo echaré de menos, Ana.

—Pues anda que yo…

Las dos rieron de espaldas al resto de gentes del pueblo.



Lo supo en el prado. La hierba verde brillante de primavera se había convertido en un mar que ondulaba tranquilo. Las flores amarillas y las amapolas se dejaban acariciar por el viento y constituían las únicas pinceladas de color en una paleta de verdes infinitos.

La luz había vuelto al valle.

Leire y Ana estaban tumbadas observando las nubes.

El susurro de las ramas paró de pronto. Una nube oscureció el sol unos instantes.

—Vamos a casa, Leire. Creo que mi abuela ha muerto.

—¿Por qué? ¿Cómo puedes saberlo?

—Escucha.

—No oigo nada.

—Precisamente.

Cuando llegaron al caserío, nada parecía haber cambiado. La cocina estaba ordenada, como siempre. Un vaso de vidrio color ámbar atrapaba la luz que se colaba por la ventana.

—¿Abuela?

La encontraron en la cama. Apenas había salido de ella en los últimos meses.

Se había tapado con su colcha favorita. Una que, milagrosamente, había conservado desde su juventud. Era de un tejido muy brillante, de un rosa fuerte y vistoso. La envolvía como sus propios recuerdos.

—¿Está muerta?

Ana tragó saliva. Le buscó el pulso y se encontró con una piel tan fría que ninguna colcha, ni manta, ni edredón, ni siquiera los recuerdos, podrían calentar.

—¿Crees que querrán enterrarla en el cementerio?

—Da igual lo que digan o lo que quieran. Yo haré que la entierren allá, Ana, digan lo que digan.

—Ella preferiría estar en el bosque.

—Tu abuela te habría dicho que os convendría más que la enterrasen en el cementerio. Con los demás.

Ana bajó la cabeza.

—Lejos de los otros, por favor. Junto a los castaños.

Leire asintió con decisión.

—Voy a avisar a los del pueblo, ¿Vale?

—Prepararé el velatorio…

—Ponla bien guapa. Todos tienen algo que agradecerle. Pasarán por aquí, seguro —Leire dudó de pronto—. ¿Podrás hacerlo sola o quieres que te ayude?

—Puedo con todo.

Cuando Leire se fue, Ana rebuscó entre los cajones de su abuela. Nunca antes había revisado sus cosas. Eran sus cosas. Igual que las suyas eran las suyas. Allá estaban todos sus recuerdos; toda una vida encerrada entre naftalina y saquitos de lavanda.

Encontró enseguida su chaqueta favorita, de punto, de un azul increíblemente brillante. Después, eligió los pantalones de pana, también

azules…

Solo cuando descubrió su anillo, ese que hacía tiempo que se le había quedado pequeño y conservaba en una cajita de plástico, se permitió derramar algunas lágrimas.

Luego, lavó el cuerpo y lo vistió, como tantas veces había hecho la abuela con ella. Y cuando buscaba unos calcetines sin demasiados remiendos en el fondo de uno de los cajones, descubrió que de uno de ellos asomaba algo azul, muy brillante, demasiado brillante.

Ana tiró de aquella tela, tan suave, hasta sacar un pañuelo de seda. Un pañuelo de hombre. Uno que conocía bien, porque lo había visto por última vez en la misa de Navidad.

Suspiró hondo.

«¡Abuela!» pensó con un reproche.

Ana se sentó sobre la cama. Rebuscó entre sus recuerdos. La abuela se había puesto peor justo después de San Silvestre… Como si hubiera hecho un gran esfuerzo.

Dobló cuidadosamente el pañuelo de Manu y lo escondió en su sujetador.

«Que quede aquí contigo. Que lo entierren y que nadie lo encuentre. Para siempre». Las palabras revolotearon hasta posarse en el cuerpo y, después, se enroscaron en el pañuelo de seda, tan apretaditas como sus dobleces.

Ana suspiró hondo de nuevo y, entonces, rompió a llorar. Dejó salir todo lo que había guardado dentro de sí: el olor de su abuela a hinojo y anís que no volvería más, los abrazos y los recuerdos de la persona que la había sostenido desde que nació.

Entre lágrimas y suspiros, se fue despidiendo de lo que nunca más volvería; los paseos por el arroyo, recogiendo hierbas; su imagen, muy pequeña, sobre un taburete, observando y aprendiendo a hacer emplastos, pastillas y a desecar plantas y ramitas… El calor del cuerpo de su abuela en aquellas noches de tormentas en las que el caserío temblaba de miedo aún más que ellas. El olor a galletas recién hechas al llegar de la escuela…

Cuando se calmó, Ana rebuscó en el cajón de la mesilla de noche. Allí guardaba su abuela las gafas, arregladas mil veces; el libro sobre un niño mago que conservaba desde su infancia y el móvil, brillante y oscuro, que a veces limpiaba y contemplaba empapada en nostalgia.

«Servía para todo, Ana» le decía. «No te imaginas la de cosas que podíamos hacer con esto. El mundo entero estaba en nuestras manos. Era una ventana abierta a todo el planeta».

Ana no acababa de entender como algo tan pequeñito podía hacer todo lo que ella le explicaba con los ojos brillantes de emoción. La abuela ya no podría contarle más historias de su infancia y adolescencia. De cuando el mundo era tan distinto que parecía otro.

Ana tomó el móvil, le sacó brillo y se lo colocó entre las manos.

La peinó y, cuando terminó de arreglarla, le dio la sensación de que sonreía en paz.

Luego, preparó saquitos de hierbas, té y café para todos. Por último, decidió hornear unas galletas. La misma receta que le enseñó su abuela y que llenó su hogar de un aroma que ahora solo disfrutaría ella.



El día que la enterraron, junto a los castaños, salió el sol; no hubo lágrimas del cielo para su abuela.

Leire le dio la mano durante toda la ceremonia. Delante de todos.

Cuando se quedaron solas, Ana esparció semillas sobre su tumba. Saldrían violetas y campanillas. Flores azules que se alimentarían de su cuerpo y de su alma.

—¿Quieres que te acompañe hoy a casa? Puedo quedarme a dormir contigo.

—¿Hoy? ¿Una noche?

—Me quedaré todas las que quieras.

—¿Y si te digo que te quedes todas? —Ana buscó la mirada de Leire—. Todas las noches.

—¿Por qué no? —Leire sonrió.

Salieron del cementerio cogidas de la mano y caminaron bajo las ramas de los castaños y de los álamos, que a su paso, temblaron y susurraron palabras que solo ellas pudieron entender. El musgo, verde, amortiguó sus pasos y así, en completo silencio, se internaron en el sendero que las conduciría a casa.

Si una bruja te invita...

Sofía Rhei



SOFÍA RHEI

Sofía Rhei (Madrid, 1978) es licenciada en Bellas Artes, lleva dedicándose a la escritura de manera activa desde 2005 e imparte talleres de narrativa, poesía y cuento de hadas.

Exploradora de géneros y formatos, ha publicado obras de narrativa y poesía, títulos infantiles, juveniles y también destinados a un público adulto.

De su extensa bibliografía destacan *Róndola* (novela ganadora del premio Celsius), *Newropía* (galardonada con el premio Kelvin), *Alicia Volátil, El joven Moriarty, Los hermanos Mozart, La calle Andersen, Espérame en la última página* y *El bosque profundo.*

Como poeta ha obtenido el premio Javier Egea; como autora de libros infantiles, ha recibido la mención del Banco del Libro de Venezuela y el galardón Spirit of Dedication de la European Science Fiction Association, y su microficción ha sido nominada a los premios estadounidenses Rhysling y Dwarf Stars.

6 de noviembre

Pero… ¿Por qué tenemos que hacernos cargo nosotras? ¿Por qué no lo arreglan ellos, si son tan listos? —protesta Graña, con más énfasis del que le habría gustado. Últimamente le cuesta controlar su ira.

—Sabes muy bien que listos, lo que se dice listos… —interviene Ilse.

—Creo que ese empleo de "nosotras" y "ellos" fomenta un antagonismo que en estos momentos no es demasiado productivo —añade Begoña, con su sempiterna sonrisa bondadosa.

—Te vas a atragantar con tantos eufemismos —gruñe la bruja menos sociable.

—No creo que eso sea posible —asegura Begoña, abrazándola—. Me encantan esas palabras creadas para no molestar a nadie.

—Pues a mí me hacen hervir la sangre —asegura Graña.

—Vamos a ver… —interviene Ilse, dirigiéndose a ella—, fue todo culpa tuya. Primero los invitaste a tu fiesta de Halloween sabiendo que no es su celebración preferida. La víspera espectral funcionaba perfectamente cuando lo celebrábamos las tres solas, en la paz y armonía de nuestro covento.

—Era por integrarlos.

—Ya. En general, "integrar" es cuando una minoría se incorpora a la mayoría, no al contrario. En fin: lo segundo que hiciste fue colarte en sus casas por la noche y dibujar sigilos a escondidas. Eso está muy, muy mal, como sabes, y si se enteraran nos echarían a las tres del pueblo.

—Tampoco es imprescindible que vivamos aquí. Ya ha quedado demostrado lo poco que se preocupan por nosotras.

—No será imprescindible para ti, querida, pero yo tengo aquí a mis hijos y pronto seré abuela –aseveró Ilse.

—Y a mí me encanta mi casa —suspira Begoña—. A ver dónde encuentro otra con un torreón tan bueno.

—De acuerdo, pinté esos sigilos de nada —reconoce Graña—. Son así de pequeñitos, y además los hice con tinta invisible. Son completamente indetectables, salvo para los gatos. Y ni los gatos se van a chivar, ni todos esos… normaluchos tendrían manera de entenderles. Simplemente no escuchan.

Begoña e Ilse se miran y suspiran.

—Graña, no hagas las cosas más difíciles. El problema no es la posibilidad de que descubran los sigilos, sino el efecto que han causado. La gente está harta de no poder vestirse como quiere.

—¡Pero si les quedan estupendos! El pueblo nunca ha estado mejor.

—Sabes muy bien que desde su punto de vista tener que ir todos los días disfrazados de personajes aterradores no es lo que se dice positivo —le recuerda Begoña.

—Así es —afirma gravemente Ilse—. Ese hechizo está acabando con nuestra reputación como brujas del pueblo. Primero por obligarles a hacer cosas contra su voluntad, y segundo por no saber deshacerlo.

—¿Cómo te sentirías tú si te obligaran a vestirte de rosa, y de ese anticolor al que llaman camel, y llevar perlas y pendientes de oro en forma de osito y todo eso?

Graña reprime un escalofrío, pero la visualización propuesta por Begoña no contribuye a fomentar su empatía, sino todo lo contrario. ¿Qué clase de gente comete esas atrocidades estéticas?

—Se lo tienen merecido. No respetaron nuestra festividad.

Ilse mira al suelo y Begoña por la ventana.

—Eso es verdad —reconoce Ilse—. A mí también me gustaría que mostraran algo más de implicación. Después de todo, llevamos décadas ayudando a esta comunidad. Pero lo que veo es que nos tienen… incluso miedo. Tener que presenciar cada día la diferencia de poder entre nosotras y ellos… les está pasando factura. Pronto acabarán por temernos, y ya sabéis como puede acabar eso.

—Pero esa actitud suya no es culpa mía— se defiende Graña.

—Digamos que este incidente… no ayuda nada.

La bruja aludida rebufa y se revuelve en su asiento.

—Es indignante. ¿Cómo se creen que se las iban a apañar sin los ungüentos de Begoña, tus filtros emocionales y mis mandatos a las criaturas? Me encantaría verlos pagando fortunas a médicos, veterinarios y meteorólogos. Y buena suerte encontrando un covento, simplemente, ni siquiera uno mejor que el nuestro. Nunca nos han valorado. Tienen brujas solo porque los demás pueblos también las tienen, es decir, por seguir la corriente. Ese es su único criterio de decisión.

Se hace un silencio.

—Creo que has dicho algo muy importante, Graña —reflexiona Begoña con su voz pausada—. Has recordado nuestra función. Estamos aquí para ayudar, para solucionar problemas, para arreglar las cosas. Pues bien: eso es justo lo que tenemos que hacer. Arreglar.

—Eso no era lo que…

Ilse fulmina a Graña con una mirada enmarcada en kohl. Nada puede igualar la mirada de advertencia de una bruja gótica, especialmente si ya está en edad de ser abuela.

Derrotada con sus propios argumentos, Graña termina por ceder.

—Está bien…

Ilse deja escapar un suspiro.

—Cuéntanos paso a paso qué ocurrió con los sigilos y por qué se volvieron tan poderosos —le pide con tono asertivo.

—Activé los sigilos nada más trazarlos con nueza, ajenuz y alheña. Se suponía que tenían que durar esa semana nada más, y que después su efecto se disiparía solo.

—¿Utilizaste un nebulizador?

—Exacto. Con los sigilos solo quería asegurarme de que todos tuvieran un disfraz y que se acordaran de ponérselo. Lo que no me esperaba era que en la fiesta no se presentase ninguno de ellos.

—Por eso te ibas alterando más y más a medida que avanzaba la noche...

—Ni siquiera pude disfrutar en condiciones de nuestra festividad. Una cosa habría sido que faltasen tres o cuatro, pero… ¿todos? ¿Los ciento sesenta habitantes del pueblo?

—Fue bastante feo por su parte —reconoce Begoña.

—Estabas que echabas humo —le reprocha Ilse—. ¡Se supone que no te importa esa gente!

—¡Me importa sobremanera que me falten al respeto! —las brasas de las que salía ese humo le queman otra vez tan solo de acordarse—. Así que en cuanto recogimos y os volvisteis a casa… supongo que se me fue un poco la mano.

El silencio que sigue es un poco demasiado largo.

—Graña, por todos los espíritus del territorio, cuenta ya qué hiciste —suplica Begoña.

—Fui a la encrucijada de caminos y coloqué el Círculo de Trece.

—¡No! —palidece Ilse.

—Por Isis Trismegista, Graña… ¿en qué estabas pensando?

—No estaba exactamente razonando. Supongo que ya me había cansado de contener la ira y de estar amable y sonriente.

—Bueno, eso de sonriente… —objeta Begoña.

—Déjala terminar —le pide Ilse, y, a continuación, se dirige a Graña con esos ojos de cobra negra–. Entraste en *nuestras* casas. Tomaste los amuletos que custodia Ilse, y los que guardo yo, y los pusiste todos juntos. Después colocaste el Círculo… allí. En el lugar más significativo de todo el territorio, ese por el que todo el mundo tiene que pasar tantas veces. El nodo impregnado de sus hilos de presencia.

A Graña le tiembla la voz, pero no se sabe si es de culpabilidad, de orgullo profesional o de una ira que aún sigue latiendo.

—Coloqué los trece amuletos formando el Círculo en el centro de la encrucijada, y me puse en el medio. Nadie me vio, era de noche y llevaba la corona de distracción. Sí, la misma con la que me colé en las casas de toda esa gente. Alineé la energía de los amuletos, y la canalicé… de una manera increíble.

Nunca había sentido tanto poder.

—¿Y eso no te dio una pista de que se iba a liar? —interrumpe Ilse.

Begoña la reprende frunciendo el ceño. Es algo tan poco habitual en ella que surte un gran efecto. Pero Graña ni siquiera parece haber oído el comentario de Ilse. Está reviviendo aquel momento.

—...las vetas mismas del territorio se infiltraban a través de los amuletos, fluyendo en las trece direcciones hacia mí. Me llené de una fuerza tan inmensa que casi me levantó del suelo. Tuve la certeza de que en ese momento podría haber hecho cualquier cosa con los habitantes del pueblo.

—¿Y qué palabras dijiste? —pregunta Ilse.

—Ni me acuerdo —se lamenta Graña—. Estaba medio en trance. Algo de que debían respetar la Víspera de los Espíritus. Algo de que toda su ingratitud se les volviera en contra. Quizá añadí al final... "siempre".

Ilse se tapa la boca, con los ojos desencajados. Begoña respira hondo.

—Por eso los sigilos de sus casas se han activado de manera permanente, y ahora, cada vez que salen a la calle, tienen que llevar esos disfraces. Y a algunos se les ve realmente incómodos. El señor Sebastián no tiene edad de ir por ahí vestido de calabaza gigante. Y la abuela Rosa, con esa cabeza decapitada tan incómoda...

—A lo mejor los has vuelto... no lo sé, inmortales —sugiere Ilse, asustada.

—También se lo tendrían merecido. Por... por sosos, mediocres y borregos. Una eternidad de seguir las reglas sin conocerse siquiera a sí mismos.

Ilse se presiona las sienes entre el dedo pulgar y el corazón. —Vamos a ver... parece bastante sencillo. Para revertir los efectos, tendrías que repetir el hechizo anterior, pero al revés. Basta con que vuelvas a la encrucijada, coloques los mismos trece amuletos y desees que se revierta.

Se hace un silencio.

—No se puede —reconoce Graña con tono lúgubre.

—¿Por qué no? Si es porque en realidad no deseas que dejen de vestirse de ese modo, estoy segura de que podemos encontrar la manera de modificar tu...

Pero Graña sacude violentamente la cabeza.

—No, no es eso, que también un poco. Es que... no me atrevía a contároslo, pero ya no hay más remedio. Uno de los trece amuletos se cascó por la fuerza del hechizo.

Ilse y Begoña se miran, temiendo lo peor.

—¿Cuál?

—Hmmm... la pata de gato.

Begoña se lleva la mano al corazón y se olvida de respirar.

—¡Cómo has podido hacer algo así! —chilla Ilse.

—¡No tenía ni idea de que iba a pasar eso! ¡Era imposible de predecir!

—Un gato negro nacido en la víspera espectral y fallecido el mismo día.

Séptimo retoño de la séptima camada de su madre, por no hablar de que se pasó la vida siendo un gato de bruja. Y no de cualquier bruja —masculla Ilse con expresión ausente.

—¡Lo echo tanto de menos! —solloza Begoña—. ¡Esa pata era lo único que me quedaba de él! ¿Dónde vamos a encontrar un amuleto tan poderoso? Absolutamente en ninguna parte. Tenía tanto poder como todos los demás juntos.

—No eres capaz de controlar tu ira —le dice Ilse a Graña—. Cualquier bruja habría sentido que el hechizo se le estaba yendo de las manos y habría hecho lo posible para detenerlo. Pero tú te dejaste llevar. Y ser bruja significa tener el dominio de una misma.

El silencio, esta vez, es aún más denso, más desesperado. Ilse y Begoña se miran con una comprensión absoluta nacida de la necesidad.

—Vamos a retirarte la custodia de los amuletos. De todos, incluyendo aquellos cuya guardia te tocó en suerte...

Graña palidece. Es evidente que esto no se lo esperaba.

—¡No! ¡No podéis hacer eso!

—Has abusado de nuestra confianza. ¡Has entrado en nuestras casas para saquearlas! No podemos seguir manteniendo las cosas como hasta ahora.

—Pero esto es una medida demasiado extrema. ¡Es culpa vuestra por poner unos hechizos de protección tan frágiles! Existe un motivo por el cual cada una custodiamos la tercera parte de los amuletos.

—Exacto. Y ese motivo es, precisamente, evitar que se produzcan situaciones como la que acaba de darse —dice Begoña, con voz calmada.

La culpable mira al suelo. Le resulta terrible haber perdido la confianza del convento. Es como si un agujero se hubiera abierto bajo sus zapatos puntiagudos. Y no ese agradable y cálido agujero que conduce a las moradas telúricas del Señor Astado, sino uno del cual no puede percibirse el fondo, y que le da escalofríos.

—Tenemos que pedir ayuda —propone Begoña—. Esta situación nos supera. Nuestros poderes no pueden hacer nada por separado, y desde luego que no estamos en el mejor momento para realizar hechizos juntas.

—Necesitamos una mediadora. Alguien que nos comprenda a nosotras, pero que también los comprenda a ellos.

—No estarás pensando en…

—Pues la verdad es que sí, Jijona era exactamente la bruja en la que estaba pensando.

Graña casi se cae de la silla del sobresalto.

—No, no, no…. por favor, ella no. Cualquiera menos ella.

—A mí me parece adecuada. Pocas personas saben más de las costumbres de los humanos que una bruja dedicada a la Navidad. Es pagana y cristiana al mismo tiempo, no sé bien cómo lo hace —explica Begoña.

—¡No la conocéis como yo! —gime Graña.

—El hecho de que ella te conozca también es una ventaja —reflexiona Ilse—. Puede entender mejor no solo tu magia, sino tus puntos débiles.

—Ilse quiere decir que todas las personas tenemos alguna abolladurita en el carácter —se apresura a aligerar Begoña, a quien le preocupa la expresión de desconsuelo que está componiendo Graña.

—Y algunas tales cráteres que solo se pueden observar con telescopio —remata Ilse, enfadada.



En otras circunstancias, tras la partida de Ilse, que ocupaba un puesto natural y no establecido como líder del covento, Graña y Begoña se habrían quedado charlando a solas de cosas sin importancia. Begoña era todo el apoyo emocional con el que contaba una bruja con la anomalía de no tener familiares. Pero en esta ocasión, Begoña, entristecida por la pérdida del último resto de su gato, decidió restaurar sus emociones en soledad. Y dejó a Graña en la misma situación.

Graña había formado parte de cuatro coventos, muchos más que la mayor parte de las brujas. Lo normal era permanecer con el primero que te aceptara, ya que las pruebas de selección solían ser muy completas, y era posible predecir las mecánicas de convivencia mediante magia y psicología. Sin embargo, con ella esos exámenes habían fracasado tres veces... Una de ellas, con Jijona de por medio.

Pero desde que había tenido la suerte de conocer a Begoña y a Ilse, que buscaban una bruja que tuviera la misma especialidad que Graña, y a la que acogieron sin tener en cuenta su accidentado pasado, las cosas, de repente, fueron sencillas y armoniosas. Y así habían pasado más de quince años.

A Graña le aterraba la idea de perder, también, a Ilse y a Begoña, la química que tenían juntas, la serenidad y confianza que le proporcionaban. Tenía que hacer todo lo necesario para no quedarse sola, a su edad, desprotegida frente a un mundo que podía tolerar a los coventos, pero que se mostraba implacable con las brujas independientes.

Se había preguntado varias veces, a lo largo de su vida, si la culpa de sus sucesivos fracasos como integrante de un covento había sido su carácter. Se supone que una bruja debe ser decidida, proactiva y asertiva, sí, pero como sucede con todo en el mundo, no demasiado. Y ese equilibrio siempre le había resultado difícil de lograr.

16 de noviembre

Jijona llega en su carroza ornamentada de bolas brillantes, lustrosas ramas de acebo y muérdago y espumillón. Las ruedas están pintadas como enormes y perfectos roscones de reyes. Incluso huele a moscatel y especias. Los aldeanos que estaban en la calle, una momia y una cosa del pantano, se esconden, asustados.

—Me voy a quedar ciega —gime Graña al verlo.

—No está tan mal —trata de atenuar la siempre conciliadora Begoña. Pero su amiga le expresa con una mirada que ni ella misma se lo cree.

—Como mínimo… epiléptica con todo ese parpadeo de lucecitas. Se ha vuelto aún más excesiva con la edad.

—Lo importante no es la apariencia de su vehículo, sino sus capacidades —declara Ilse, tajante—. Estamos en una emergencia y necesitamos su ayuda, así que espero que todas nosotras la tratemos con cordialidad y respeto.

—Está bien —agacha la cabeza Graña.

Begoña le aprieta la mano.

—Todo va a salir bien —le susurra.

—Siempre dices lo mismo…

—Es que, al final, todo acaba siempre por salir bien —sonríe Begoña.



La recepción es en la casa de Begoña. Ha horneado catedrales de mazapán cuidadosamente decoradas con vidrieras de fruta escarchada, y crucifijos de pasta quebrada para empapar en una jalea que recuerda a la sangre.

—He hecho galletitas en forma de la jostia cristriana. Y he preparado el ponche especiado con auténtico vino de misa —explica. —Pero no sabía de dónde sacar unos ángeles para eso del cabello.

Jijona, que estaba a punto de probar la bebida, vuelve a depositar el vaso en la mesa.

—No tenéis demasiado pillado todo esto de las fiestas religiosas, ¿verdad?

—Se venden en pollerías, ¿verdad? —le pregunta Begoña—. Como todo lo que vuela. Pero me ha dado vergüenza preguntar… Malena no es nuestra fan número uno desde que tiene que vivir dentro de un disfraz de chupacabras.

—Precisamente por eso te necesitamos —interviene Ilse—. Nos está costando comprender el punto de vista de la gente del pueblo.

—Y a ellos el nuestro —insiste Graña.

Jijona la mira fijamente.

—¿Y cuál de esas dos cosas te parece más importante?

—¡Prueba los crucifijos, Jijona! —trata de atajar Begoña.

—Tienen un aspecto excelente, Begoña. Pero nadie quiere comerse una figura que representa el lugar donde murió el dios al que venera.

—Ooohh… claro, claro, tiene sentido…

—Quiero responder a esa pregunta —proclama, de repente, Graña—. Sí, es cierto que durante muchas décadas he pensado que nosotras éramos mejores y ellos, pues… menos útiles. Después de todo son muchos más, y nosotras más escasas. No saben utilizar sus poderes. Y son como muy parecidos entre sí, y lo hacen a propósito, lo de llevar ropas y peinados tan parecidos y tener solo dos tipos de mascotas y todo eso…

Jijona eleva la mirada al cielo y suspira profundamente.

—…peeero ahora, después de todo lo que ha pasado, he estado reflexionando mucho. He caído en la cuenta de que seguramente haya cosas que yo no sea capaz de percibir en ellos, cosas buenas. Creo que debo prestarles más atención. Seguramente tengan sus motivos para creer lo que creen y para vestirse de ese modo, para querer ser borregos.

—Graña quiere decir…

—Sí, ya sabemos lo que quiere decir —la corta Jijona—. Me alegro de que hayas evolucionado en tu punto de vista, es un buen principio.

—Tenemos una situación de emergencia —dice Ilse.

—Ya me imaginaba. Soy toda oídos.

Cuando Ilse y Begoña le exponen el problema, Jijona frunce el ceño.

—¿Y decís que el amuleto se rompió? ¿Cómo fue eso?

Graña se estremece de incomodidad y culpa. Siente una llamarada de ira al ser examinada precisamente por Jijona, entre todas las brujas. No es justo. La furia crece en su interior, se apodera de su estómago, empieza subirle por el esófago. Todo su cuerpo se carga de electricidad al recordar las afrentas y los dolores del pasado.

Pero entonces recuerda las palabras de Ilse, justo antes de retirarle la custodia de los amuletos: "no eres capaz de controlar tu ira". Y piensa que tiene razón. La furia es un caudal viviente que habita dentro de ella, la energía de la que se nutre para llevar a cabo muchos de sus hechizos, y en ocasiones se hace con el gobierno.

Ilse también dijo que ser bruja conlleva el dominio de una misma, algo que a Graña siempre le ha resultado contradictorio. Si su poder nace de la ira, ¿cómo es posible que ir en contra de esta sea algo bueno? Le ha dedicado su vida entera a ser bruja, y la idea de no haber conseguido el éxito en ese empeño le resulta demoledora.

Esa idea está vinculada con un poder más fuerte que la ira: la sororidad con su convento, la admiración y el respeto hacia Begoña y hacia Ilse, están trabajando para volver a guardar la energía del enfado en su lugar de latencia. Y Graña cede, y responde.

—Fue… como si se hubiera secado y fuera viejísimo, casi una momia. Cuando lo levanté para recogerlo, simplemente se rompió en pequeños pedazos

polvorientos.

—Impresionante. Nunca he oído nada semejante. Debió de ser un hechizo de los súper fuertes, ¿eh?

Graña mira al suelo.

—No seas modesta, no te pega nada —sonríe Jijona.

Begoña e Ilse se miran, expresando las muchas dudas que tienen acerca de que Graña vaya a sincerarse con la bruja navideña.

—Fue un error —masculla Graña.

—Vamos a intentar deshacerlo. Cosa por cosa: ¿qué hora era exactamente?

Jijona plantea preguntas precisas y le va sacando a Graña detalles que antes no habían salido a la luz.

—Es buena —susurra Begoña.

Ilse asiente. Pero su expresión está más cerca de la preocupación que de otra cosa.

Jijona toma nota de todos los detalles revelados por Graña con sumo cuidado, y cuando queda satisfecha, cierra su libreta con dibujos de acebo.

—Como imaginaba, la importancia de la fecha ha sido clave en este asunto. No tiene sentido tratar de replicar un hechizo como este en un día normal. No podemos hacer nada hasta el solsticio.

—Me lo temía —rezonga Ilse.

—En esa fecha repetiremos el hechizo, utilizando un amuleto que os prestaré —asegura Jijona, con seguridad—. Las cosas volverán a su curso.

A Begoña le tiemblan los labios.

—Pero… pero para eso falta más de un mes. ¡A la gente del pueblo le va a dar algo!

—Los humanos son más fuertes de lo que imagináis. Y esta situación tiene la ventaja de que están todos igual, de manera que no tienen más remedio que comprenderse unos a otros —apunta Jijona.

—Supongo que eso es cierto —asiente Ilse.

—No podremos salir de casa durante todas estas semanas —teme Begoña.

—¡Claro que no! ¿Qué cosas dices? Hablaremos con ellos y les explicaremos lo que vamos a hacer.

Las brujas del convento se miran entre sí, asombradas por ese concepto revolucionario.

—Les explicaremos que estamos trabajando en ello, y que es necesario que pase ese tiempo. Si nos mostramos amables ellos se mostrarán comprensivos. Les prometeremos algo para compensarles las molestias.

—¿Algo como qué? —se preocupa Begoña—. A veces he intentado tener detalles con ellos y creo que más de la mitad de las veces he metido la pata a lo grande. No tengo ni idea de qué les interesa.

—Para eso estoy yo, querida. Prepararé unos regalitos navideños. Nadie

puede permanecer enfadado mucho tiempo si le hacen un buen regalo en la fecha adecuada, créeme.

—Estamos en tus manos —reconoce Ilse.

—¿Te puedo ayudar a preparar esos regalos? —se ofrece Begoña.

—No hace falta, querida. Tengo todo cuanto es necesario en casa, los traeré el día del solsticio. Por ahora, lo que tenemos que hacer es convocar una asamblea para informarles.

—Nos van a comer vivas en esa reunión —se teme Graña.

Como si no la hubiera oído, Jijona prosigue:

—Les explicaremos lo sucedido, pediremos disculpas y les aseguraremos que todo estará arreglado antes de Navidad. Eso calmará considerablemente los ánimos. A los humanos, como al resto de la gente, les gusta tener cierta idea acerca de lo que va a suceder en su futuro inmediato.

Las brujas del covento se consultan mutuamente, en silencio. Están de acuerdo.

—¿Cuánto nos costará? —pregunta Ilse, que siempre ha sido la más enfocada en las cuestiones prácticas.

—Poca cosa. Tres amuletos. Uno de cada una.

Graña se obliga a cerrar la boca ante lo abusivo del precio. Observa a Begoña y advierte su expresión preocupada: tres amuletos menos, teniendo en cuenta que uno ya está roto, pueden menoscabar en gran medida las capacidades del covento. Ambas dirigen su mirada hacia Ilse.

—De acuerdo —decide esta, dejando claro en su voz que piensa que no existe ninguna otra solución posible. Son, efectivamente, poco más que mazapanes en manos de Jijona.



La asamblea, a la que se presentan tan solo unos pocos de los habitantes del pueblo, sale mucho mejor de lo que temía Graña. A la alcaldesa, que va vestida de planta carnívora, le causa una excelente impresión Jijona, y esa simpatía se extiende a sus conciudadanos.

Eso sí: no se callan los murmullos de “ojalá las brujas de aquí se parecieran más a ella” en todas sus variantes.

En su discurso de buenos sentimientos, Jijona desliza hábilmente que las brujas tendrán un detalle con los habitantes, y le pregunta a la alcaldesa cuantos hombres, mujeres, niñas y niños hay en el pueblo.

—Prometemos que todo quedará resuelto antes de las importantes fechas navideñas. ¡Dejaréis de llevar esos horribles disfraces y disfrutaréis de unas fiestas como nunca antes!

Un gran aplauso ahoga el comentario de Graña a Ilse:

—Pero en Halloween se los podrán volver a poner, ¿verdad?

No sabe qué es, pero algo en el tono de voz de Jijona le ha hecho sospechar que allí hay gato encerrado.

—¡Ya hemos vestido estas ropas para el resto de nuestra vida! —responde a Graña, sin saberlo, una anciana disfrazada de lechuza gigante mientras agita sus alas.



En la despedida de Jijona, en el único momento en el que Graña se queda a solas con ella, le pregunta algo que siempre ha deseado saber.

—¿Cómo te las apañas sin un covento?

Jijona compone una expresión de extrañeza. No queda claro si la pregunta le parece una soberana memez o si ella misma no tiene clara la respuesta.

21 de diciembre

—Seguro que al final no viene —anticipa, asustada, Graña. —No seas tan negativa —la reprende Begoña.

Pero incluso la más optimista de las tres tiene una expresión de cierta desconfianza en el futuro inmediato.

Las tres brujas esperan en el porche de Ilse, que es el que está más cerca de la entrada del pueblo por la que debería aparecer, en cualquier momento, el carro de la bruja navideña.

—Ya son las doce de la mañana —se impacienta Ilse.

—Menos mal que ayer y anteayer estuve preparándolo todo para las celebraciones del solsticio.

—Es complicado concentrarse en las tareas del día a día mientras recibimos tanta energía negativa de los aldeanos.

Graña, una vez más, refugia la mirada en el suelo. No le gusta que todo dependa de Jijona, pero, al menos, existe una esperanza de que esa situación termine.

Entonces aparece, en lontananza, la inconfundible carroza navideña. Una oleada de alivio inunda a las brujas del covento.

—¡Ayudadme a descargar! —pide la bruja navideña.

Es difícil creer que tantos bultos puedan salir de un solo carruaje.

—¿Qué es todo esto? —pregunta Ilse, con su habitual ceja asimétricamente elevada.

—Los detalles para vuestros conciudadanos. ¡Uno para cada uno! Y tres para vosotras.

Jijona les muestra a las brujas tres suéteres de suave tejido natural. El de Ilse es relativamente sobrio por sus tonalidades oscuras, e imita la textura escarchada del clásico pudding navideño. El de Begoña también es de temática dulce, y está compuesto de cenefas de pastelitos coronados con un adorno de acebo. El de Graña es el más brillante y colorido. Representa un ciervo que lleva bolas de Navidad en la cornamenta.

—¿Los humanos se pueden comer las bayas de acebo? —se sorprende Begoña.

—No, querida, solo se dibujan para representar la estación invernal. De otro modo, esos pastelitos serían semejantes a cualesquiera otros, ¿verdad?

Begoña asiente en silencio.

—Así que ponen una baya venenosa… pero solo como adorno.

Jijona suspira.

—No las ponen en la realidad, solo cuando hacen dibujitos. Es para representar la Navidad, si no, el dibujo solo representaría un pastel normal. No le des importancia.

Pero la bruja pastelera sigue sacudiendo la cabeza con incomprensión.

—Vamos al grano, por favor —se impone Jijona—. Ahora os vestiréis con estos pullovers e iremos de casa en casa a entregarles los suyos.

—¿Te has pasado todo el mes tejiendo? —le pregunta Ilse.

—¿Tienes familiares que saben hacer punto? —aventura Begoña.

—¿O los has robado? —se atreve a lanzar Graña.

—He hechizado una máquina, queridas. Y después he ocultado un sigilo en cada una de estas prendas, algo que no pueda encontrarse ni deshacerse fácilmente. Los glifos contrarrestarán el poder de los sigilos pintados en las casas.

—Muy ingenioso —reconoce Ilse.

—Tiene que ser una broma —dice Graña, que sostiene la prenda con dos deditos como si no quisiera establecer demasiado contacto con ella.

—Lo haremos —asegura Begoña.

Graña se resigna a introducir la cabeza por aquella prenda que nunca debería haber sido tejida. Pero cuando la bruja navideña no la oye, le dice a Begoña:

—Ya que tienen esas cárceles, ¿Por qué no las utilizan para meter en ellas a los que fabricaron estas lanas con brillitos y todas esas escamas destellantes? Si no existieran esos materiales nadie podría tejer jerseys con ellos.

—Solo serán unas horas…



Al terminar la ronda de entrega de suéteres navideños, Graña no tiene más remedio que admitir para sus adentros que la estrategia de Jijona ha funcionado. La sorpresa inicial de los habitantes al verlas con esas prendas jugó en su favor.

La gran mayoría se mostró cooperativa.

La cena de Yule es, por lo tanto, una ocasión doblemente festiva para las brujas. Begoña se ha esmerado en preparar los trece platos tradicionales. La bandeja de diferentes panecillos artesanos, de nueces, pasas y hierbas, tiene en el centro una vela de mantequilla que va impregnando los bollitos al fundirse. Alrededor de ella, la sopa de remolacha y corazones, las zanahorias púrpuras peladas y asadas con tallo y todo, la rosca de siete semillas, el pastel de rutabaga y nata en forma de cráneo y las cabezas asadas de cabrito, con sus ojos, sus carrillos, sus sesos y su deliciosa lengua. Y todo eso tan solo son los entrantes.

—Está todo delicioso, Begoña —asegura Jijona, aunque Graña se da cuenta de que no ha tocado las cabezas.

—Qué suerte tienes —replica esta—. ¡Puedes celebrar el solsticio y luego la Navidad! Diversión por partida doble.

—Tengo lo mejor de ambos mundos —presume la bruja navideña.

El ambiente es tan distendido, y la comida tan deliciosa que incluso Graña se inunda, a su pesar, de una especie de optimismo que otras personas calificarían, sin duda, de navideño.



La consecuencia de un día tan cargado de buenos presagios es una excelente disposición de las cuatro brujas para llevar a cabo el hechizo de manera impecable. Con los jerseys navideños debajo de las gruesas capas negras de paño, se dirigen a la encrucijada, y se detienen bajo el tejo, engalanado con bolas brillantes, espumillón de todos los colores y bombillitas prohibidas en muchos países por su capacidad de desencadenar la epilepsia.

—No le gusta disfrazarse —susurra Begoña.

—A mí tampoco —masculla Graña.

—Pues en eso coincidís con vuestros conciudadanos —les responde Jijona. Pero no lo hace a modo de reprensión. Simplemente trata de generar empatía en las brujas para que el hechizo salga de la mejor manera.

El círculo de cuatro coloca los doce amuletos, y, por último, Jijona saca una antigua estrella de Navidad de latón, de esas que se colocan en lo alto de las coníferas. No tiene un aspecto demasiado impresionante, pero emana poder.

—Era de mi abuela —les explica—. Funcionará.

Y así es. La energía combinada de las cuatro brujas, los trece amuletos, las coordenadas cósmicas, el enclave del territorio y el árbol venerable, se entrelaza potenciando cada uno de sus elementos. Es un todo muchísimo más poderoso que la suma de sus partes.

Graña comprende que el éxito del ritual radica en el hecho de que personas que suelen estar en desacuerdo hayan conseguido encontrar un momento de

armonía y hayan unido sus intenciones.

Y piensa que, después de todo, es exactamente eso en lo que se basan los coventos. Todos están compuestos por tres brujas de identidad fuerte, de personalidad rarita sin excepción y poco amigas de la autoridad. Personas que en otro contexto habrían tenido todos los motivos del mundo para evitarse las unas a las otras o para competir entre sí. Pero que en la unidad de sentido del covento encuentran un motivo para canalizar su poder en común, y para formar parte de un todo. Siempre se llevan mejor cuando están las tres que cualquier pareja de ellas por separado. Esa cooperación de los opuestos resulta algo a la vez contranatura y lo más natural del mundo.



La tremenda corriente de energía es casi igual de intensa que la que Graña sintió a solas unos meses antes, pero tiene un sabor completamente distinto. Pica en el paladar como la nuez moscada, el vino especiado y las galletas con demasiado jengibre. El hechizo está dirigido y dominado por la energía de Jijona, que solo las está utilizando a ellas para aumentar su poder.



Tras la oleada de electricidad estática, pulvísculo taumatúrgico y ondas telúricas ancestrales causados por la agitación de la realidad, incluso el territorio parece necesitar descanso.

Ilse, con solemnidad, le entrega a Jijona los tres amuletos prometidos.

—¿No deberíamos esperar hasta ver si el hechizo surte efecto? —pregunta Graña.

—¡Vamos, Graña, no seas tan desconfiada! ¿Es que no has sentido todo ese flujo?

—Jijona, muchísimas gracias por todo —zanja Ilse—. Y ahora, vámonos a descansar. Nos lo hemos ganado.

22 de diciembre

Las campanas de misa despiertan a Graña. Parecería que están sonando más violentas de lo habitual… Y además están llamando a la puerta.

La bruja se echa sobre el camisón negro una manta igual de oscura y baja las escalerillas de madera para abrir.

—Graña… tenías razón. Jijona nos la ha jugado.

La interpelada sacude la cabeza con somnolencia.

—Cómo… ¿cómo dices?

—Ven a comprobarlo tú misma.

Begoña arrastra a Graña del brazo hasta la esquina de la calle. Allí se ve la explanada de la iglesia, abarrotada de gente gesticulando de indignación. Todos y cada uno de ellos llevan los jerseys navideños de Jijona.

—Pues sí que les han gustado —dice Graña, aún somnolienta.

—No te fijes en eso. Mírales las caras —le indica Begoña. Y eso es justo lo que hace Graña. Y entonces lo comprende todo.

—Oh, no…

—Anoche no revertimos el hechizo— explica Begoña—. Simplemente se cambió su objeto. Esos pullovers no llevaban sigilos capaces de contrarrestar a los iniciales…. Sino todo lo contrario. Lo más seguro es que los hayan reforzado. El único motivo de que nosotras tres no estemos obligadas a llevar esas prendas es que no pusiste glifos en nuestras viviendas.

—Menuda pécora —susurra Graña.

Ese es el momento en el que algunos aldeanos ven a las brujas y se dirigen hacia ellas dando grandes zancadas, con cara de muy pocos amigos. O ninguno.

—¿Esta es vuestra manera de solucionar las cosas?

—Menuda tomadura de pelo.

—¡Es necesario tomar medidas!

—¡No podemos seguir siendo vuestros títeres!

La bruja navideña aparece entonces en la plaza, con una sonrisa blanca como la nieve invernal. Los aldeanos, como sumidos en un hechizo, detienen sus improperios al verla llegar.

Jijona los mira con orgullo y satisfacción, y dice:

—Así debería ser siempre el mundo.

Antes de que las tres brujas puedan reponerse de la sorpresa, y reclamarle, al menos, sus amuletos, ella ya está lejos, montada en su veloz carroza con ruedas de roscón de reyes. El repiqueteo de las campanillas suena exactamente como una carcajada.

—Os lo dije. Os advertí que algo saldría mal con ella —se ensombrece Graña.

—¿Cómo es posible que fuerais amigas? —pregunta Begoña—. No puedo imaginar a dos brujas más distintas

—No éramos solo amigas.

Y Graña piensa que, semejante a un covento, una relación amorosa puede ser un pegamento tan fuerte como para unir a las personalidades más incompatibles, al menos durante una temporada.

En ocasiones como esta, Graña habría ardido en cólera. Y el fuego de esa emoción la habría guiado, le habría susurrado qué palabras pronunciar y cómo hacerlo de manera que se convirtiesen en un hechizo. Pero ahora… no tiene ese combustible. Es como si hubiera desaparecido.

Se ha transformado en algo parecido a la empatía. Graña recuerda lo mucho que odia disfrazarse e imagina lo cabreada que estaría si llevara un mes teniendo que tolerar, en contacto con su cuerpo, una prenda que le desagradara. Al observar a los aldeanos, que entran, resignados, en la iglesia, es capaz de ponerse en su piel.

Sí, los poderes de cada bruja nacen de una emoción, pero eso no significa que tenga que ser la ira. En Begoña, por ejemplo, es el optimismo, una confianza creativa en que todo tiene solución y ella tiene la capacidad de encontrarla. Y en Ilse, una especie de desconfianza en todo, que se convierte en necesidad de control.

Graña solo tiene que encontrar otra fuente de emociones que pueda sustituir al enfado. Y es posible que precisamente pueda tratarse de esa empatía, la comprensión de las emociones universales.

—Escucha... creo que sé lo que tenemos que hacer.

Begoña se gira en su dirección, sorprendida.

—Te escucho, Graña.

—Hasta ahora hemos tratado a los humanos como seres sometidos a nuestros poderes, como si no tuvieran ninguna responsabilidad… y ninguna capacidad. Creo que debemos abordarlo bajo otra óptica.

Le expone su plan a su compañera y esta va abandonando, sin darse cuenta, la expresión de alerta y preocupación, para adoptar una de sorpresa y esperanza, mucho más habitual en ella.

—Creo que podría funcionar.

—Es un poco arriesgado —manifiesta Graña—. No sé qué le parecería eso a nuestras autoridades. Significa revelar algunos de nuestros secretos…

—No tienen por qué enterarse. Nadie viene nunca a este pueblo. La otra opción es volver a pedir una ayuda externa… Y correr el riesgo de que, una vez más, el remedio resulte peor que la enfermedad.

—Tenemos que intentarlo —decide Begoña.

24 de diciembre

Cuando suenan las nueve campanadas del día veinticuatro de diciembre, cuando el sol ya está razonablemente alto en el cielo, las brujas se dirigen a casa de la alcaldesa.

—Hola, Raquel —la saluda Begoña—. Nos gustaría hablar un momento contigo.

La alcaldesa las mira tratando de no soltar palabras de las que podría arrepentirse. Ilse le explica:

—Jijona nos traicionó. No tendríamos que haber confiado en ella.

La gobernante, que lleva un pullover con unos setecientos muñecos de nieve hechos con pompones, cada uno con su naricita de zanahoria, se frota las cejas con impaciencia.

—¿No podríamos dejar todo este asunto hasta después de las fiestas? Todos tenemos mucho que preparar estos días. Y después de todo, estos jerséis no desentonan.

—Habría que esperar hasta la Imbolga, el uno de febrero —se muerde los labios Begoña.

—No, eso sería demasiado.

—Tenemos la oportunidad de revertir el hechizo esta misma noche —asegura Graña.

Raquel suspira.

—Sabéis, a veces me pregunto por qué me presenté a alcaldesa. Siempre hay trabajo extra en los peores momentos. Tengo que hornear dos pavos, con todo su relleno. No sabéis lo puñeteras de pelar que son todas esas chalotas, por no hablar de las castañas. Y mientras tanto hay que planchar la mantelería, limpiar la vajilla de plata, freír las guarniciones, colocar los turrones en las bandejas y montar los canapés… al menos siete puñetitas de esas por persona, y cuando tienes veinticinco a cenar…

—Suena agotador —reconoce Ilse.

Graña piensa que, para ella, las fiestas de los aldeanos siempre habían sido un periodo de descanso. Nadie pedía ayuda a las brujas mientras estaban entretenidos con sus celebraciones. Pero este año sería muy diferente. La alcaldesa prosigue:

—Lo ES. Pero si no tienes todo perfecto la gente se queda muy decepcionada. Se supone que es la noche más importante del año. Qué… ¿qué creéis que habría que hacer para lo de los jerséis?

Graña toma aliento. Se le da mal explicar cosas que ella siempre ha percibido tan claramente como la gravedad.

—El poder —se esfuerza— es algo que existe en cada ser vivo. No es justo que los humanos renunciéis al vuestro y lo deleguéis en los coventos. Ese desequilibrio hace que todo el mundo esté siempre de mal humor.

—Pero, si ese poder está en nosotros, ¿para qué os necesitaríamos?

—Porque nosotras tenemos experiencia. Sabemos utilizarlo desde hace más tiempo.

La alcaldesa asiente.

—¿Qué propones, entonces?

—Que cada habitante del pueblo acuda esta noche a la encrucijada de caminos, a medianoche. Tienen que traer un objeto que sea importante para ellos. Entre todos, canalizando la energía y la voluntad de todos, revertiremos el hechizo.

—Pero… eso significa que haremos magia. Que seremos un poco brujas… y precisamente en nochebuena.

—Es vuestra celebración del invierno, vuestra fecha sagrada.

—Pero… precisamente por eso, hay gente que creerá que "sagrado" es lo contrario de "mágico". No sé… no sé si podré convencer a todo el mundo.

—No tienes que hacerlo —la tranquiliza Begoña—. Nos encargaremos nosotras. Y aún me sobrará tiempo para venir a ayudarte a hornear esta tarde.

—No sabes cuánto te lo agradecería. Mis hijos aún hablan de las torrijas que nos hiciste en noviembre para curarles el resfriado.



De nuevo, las brujas van de casa en casa. Recorren, una vez más, todas las viviendas del pueblo para hablar con sus habitantes, pero esta vez no les llevan regalos para ganarse su simpatía. No tratan de seducirlos con baratijas ni de engañarlos escondiendo sigilos en ellas. Simplemente, les dicen la verdad.

Es una conversación inusual. Los habitantes no están acostumbrados a ser tratados como iguales por las brujas. Y a algunos les cuesta bastante entender lo que les están diciendo. Otros no abandonan en ningún momento su expresión de desconfianza.

La charla que tiene lugar decenas de veces, que se repite a cada familia con pocas variaciones, consiste en explicarles los fundamentos del poder mágico y en ponerlos a su disposición. Y, en esencia, en pedirles ayuda. Esta vez es el convento el que necesita a los aldeanos, y no al contrario.



Hace rato que ha caído la noche y hace un frío que convierte los huesos en estalactitas. Las brujas están esperando al lado del tejo, que han decorado como si fuera un enorme árbol de Navidad.

—No van a venir —se lamenta Graña.

—Es comprensible que no quieran salir de casa con este frío —les excusa Begoña.

—No penséis eso. Aún estarán terminando de cenar. Ya sabes que es mucha comida.

—Quizá en el fondo les gusten esos jerséis —se lamenta Graña—. Todas las cosas horribles que decían sobre los disfraces de Halloween…. Pero esas prendas estremecedoras les encantan. Con toda la purpurina.

Pero Ilse sonríe, y las hace mirar en dirección al camino. Varios faroles indican que hay gente realizando el trayecto hasta la encrucijada.

La primera en llegar es Ramona, la carnicera, con su jersey de la mula y el

buey en colores neón. Lleva un pequeño barril en un carrito.

—Vino caliente para todos —ofrece.

Otros traen galletas, turrones, los postres que no les ha dado tiempo a comer en sus casas. Y todos llevan faroles y velas para iluminar el camino.

—Mamá, ¿de verdad vamos a hacer magia? —pregunta Noni, la hija de la alcaldesa.

—Es posible, cariño.

—¿Y saldrán chispas y rayos de colores como en las películas?

—No —interviene Graña—. Eso lo puedes hacer con simples petardos. Va a pasar algo mejor que las chispas.

—¡A ver si es verdad! —gruñe, levantando el garrote, el viejo Ramón. No parece él mismo con ese pullover que muestra la imagen de una parejita besándose bajo el muérdago.

—Cuidado con el bastón que nos vas a sacar un ojo —le reconviene su esposa.



—Hagamos un círculo —les explica Begoña.—. Si, eso es.

Ilse y Graña colocan, en el centro, los ocho amuletos de los que disponen. Parecen muy poca cosa. Pero después cada familia deposita un objeto. Las gafas del antiguo médico del pueblo, conservadas amorosamente por sus bisnietos. La primera jarra de leche que se utilizó en la granja de Matías. Un libro de recetas escrito a mano, transmitido de generación en generación. La mantita bordada de un bebé que no consiguió sobrevivir.

La alcaldesa deja entre los amuletos la pieza más valiosa del ayuntamiento: una muñeca de madera encontrada en las excavaciones arqueológicas del asentamiento primitivo.

Begoña aprieta la mano de Graña para comunicarle, sin palabras, que siente el poder de todos aquellos objetos. Y esta no puede por menos que estar de acuerdo.



Cuando todo está preparado, la alcaldesa le pregunta a Ilse:

—¿Y ahora qué tenemos que hacer? ¿No necesitamos varitas o algo semejante?

—No será necesario. Todo lo que necesitamos es… que recéis.

—¿Cómo? ¿A… a Jesús y a la virgen?

—A aquello en lo que creáis. Pedid por vuestra libertad. Y cuando sintáis que llega una corriente de energía, uníos a ella. Entrad en conexión.

—¿Podemos rezar a los Reyes Magos? Parece que ellos tienen más que ver con la magia.

—Cada cual debe concentrarse en aquello que le haga sentir bien. En eso que sea hermoso y cálido y luminoso, aquello que dé fuerzas en los malos momentos.

Los aldeanos reflexionan durante un instante.

—¿Todos listos? —pregunta Ilse.

Y las cabezas que forman un círculo, una por una, asienten. Las manos se enlazan, bajo la protección del tejo centenario. Y después los ojos se cierran para que cada cual pueda concentrarse en enfocar y manifestar su voluntad.

La magia no puede verse, pero sí que es posible sentirla. Y a todos los aldeanos presentes se les demuda la expresión cuando perciben, traspasando su carne, el empuje de algo que hace un momento no estaba.

—¡Seguid así! —les anima Begoña.

El éxito inicial motiva todavía más a los habitantes del pueblo, cuyas manos entrelazadas sienten poderosas. Pero ninguno sabría cómo canalizar y dirigir esa energía una vez convocada. Solo una bruja puede hacerlo.

Y Graña siente, con nitidez, cómo esa corriente de poder se dirige a ella, la interpela y la empuja. Comprende que ese hechizo debe dirigirlo ella, y que debe hacerlo no desde su recurso habitual, sino desde la comprensión de las emociones de los demás. De todos esos que en este momento la rodean. La energía es cada vez más tangible, va cobrando vida propia. Los talismanes resultan ser poderosos porque en los aldeanos hay magia, a pesar de su habitual negativa a percibirla. Las personas no son radicalmente distintas de las brujas, ni siquiera los hombres, ni los niños. Tienen el mismo poder natural que los animales, las plantas y los lugares. Son baterías cargadas que no saben de su energía.

La sensación de responsabilidad es abrumadora. Graña debe conseguir que el poder se dirija a los lugares adecuados, que deshaga dos potentes hechizos anteriores, y no puede permitirse fallar. Trata de concentrarse en el momento, de ser una con los aldeanos, y fija la mirada en la luna para infundirse ánimos. Pero es una novata trabajando con la empatía. Aprieta la mano de Begoña, pero esta no le devuelve los ánimos. Está completamente en trance.

Graña siente un hervor familiar en el estómago. Es su vieja amiga, la ira, que busca alimentarse del poder como una criatura llena de dientes y estómagos. Es urgente y voraz. Y esa presencia familiar le resulta reconfortante. La bruja se deja reconfortar por ella, sin darse cuenta de que la furia, traicionera, le sube desde el estómago al corazón.

¿Por qué no le mandas todo este pelotazo directamente a Jijona? Con un poco de suerte, incluso teniendo en cuenta la distancia, la pedrada la dejaría sin poderes una buena temporada. Claro que, por otra parte, podría matarla. Pero eres tú, Graña, quien tiene el poder y la obligación de decidir qué hacer con todo

este caudal.

Aunque no, en realidad, la culpable de la situación no fue Jijona. Fueron estos habitantes, esos borregos para los que nada resulta más adecuado que sus jerseys de lana. No acudieron a la fiesta a la que fueron invitados, ni uno solo de ellos, y a partir de entonces no han hecho otra cosa más que quejarse. Indignados por los agravios que han recibido, desde luego, pero incapaces de reconocer lo que ellos hicieron mal.

Una idea deliciosa cobra forma en la mente de Graña. Con todo el poder que tiene a su disposición, podría transformarlos a todos en borregos. Los viejos en carneros viejos, las madres en ovejas y los niños en crías. Seguro que eran más felices. Y ellas se quedarían tan tranquilas en el pueblo, cuidando de todo el rebaño. Unas ovejas bien alimentadas y felices son preferibles a esos aldeanos quejicas e ingratos. Y no pueden sujetar antorchas con las patas.

Durante unos segundos, esa idea le parece a Graña la mejor que ninguna mente ha tenido en toda la historia de la humanidad. Siempre ha sentido una admiración secreta hacia esas brujas que se rebelaban contra sus comunidades. De algo como eso, convertir en borregos a todo un pueblo, se hablaría durante siglos. Y quizá pudiera servir de gran advertencia, y hacer que los ciudadanos de todas partes les guardaran el debido respeto a sus brujas.

Pero entonces posa la mirada en la carnicera Ramona, que tiene los ojos cerrados. Nunca la había visto tan apacible y concentrada. Noni, la hija de la alcaldesa, también sonríe, es obvio que su mente está llena de pensamientos tan dorados como la miel. Incluso los abuelos más secos están conmovidos en el ritual de grupo…

Graña retoma el control de su monstruo de ira y, contra una parte de su voluntad, haciendo una renuncia más en la larga cadena de ellas que la ha llevado a ser bruja, toma las riendas del hechizo y visualiza cómo la energía entra en cada una de las casas, se dirige a los sigilos y destruye su poder, con el sonido de una burbuja de jabón al estallar. Vivienda por vivienda, realizando con su vuelo de bruja el mismo recorrido que llevó a cabo cuando se coló en ellas, Graña desactiva los glifos, y de paso saluda a los gatos, que corresponden con una inclinación de cabeza a esa manifestación invisible de poder.

Cuando la mente de Graña regresa al círculo, en la encrucijada, tiene un momento de desconcierto y aturdimiento totales.

—Gracias —susurra Begoña casi imperceptiblemente.

25 de diciembre

—Nos han invitado a la comida de Navidad en casa de la alcaldesa —les anuncia Begoña a Ilse y a Graña—. Pavo relleno, ya sabéis.

—Bueno, es lo mínimo que pueden hacer después de todo —masculla Graña—. Y además, seguro que la mitad de ese festín lo has cocinado tú.

—¡No sabes la de cosas que he aprendido! Resulta que el vino de misa es solo para la misa, quién lo habría imaginado. Y después de todo, con mis truquitos, soy mucho más rápida. Mientras una señora hace una docena de roscas, yo he trenzado cuarenta.

—Begoña, ¿estás segura de que quieres involucrarte más con ellos? No estoy segura de que se pueda ser dos cosas. Mira lo loca que ha terminado Jijona.

—Ella es ella y yo soy yo. Que una se haya pasado de rosca no significa que todas estemos condenadas. ¡Claro que se pueden ser dos cosas, y tres, y las que haga falta! ¿De qué nos sirve ser brujas si no podemos hacer lo que nos venga en gana?

—Estás de buen humor…

—¿Querrás venir? Ilse ya me ha dicho que sí.

—No lo sé… necesito descansar un poco de vida social. No estoy acostumbrada.

—Lo comprendo. Pero esto otro… no te lo puedes perder.

Begoña le tiende un sobre de papel artesano con toda la pinta de ser una invitación oficial.

—¿Y esto?

—Ábrelo… Lleva tu nombre.

Graña rasga el papel y encuentra una elegante tarjeta de cartón. En ella está escrita la invitación a una festividad futura, el uno de febrero.

—¿Van a celebrar la Imbolga? —se extraña la bruja.

—Por consideración y respeto hacia nosotras. Esto sí que significa algo, ¿verdad?

Graña asiente.

—No te preocupes, yo les asistiré en todo para que no metan la pata. No se puede hacer el tonto con las frituras. Haremos el banquete con ellos, y luego realizaremos por nuestra parte los ritos a Brígida.

—¿Ha sido idea tuya? —sospecha de repente Graña.

—No, te prometo que no. Raquel ha sido testigo de nuestros… de tus esfuerzos, y quiere agradecértelo. Esa es su manera de hacerlo. Y creo que no va a ser algo puntual. Sospecho que después de haber sentido la magia, los aldeanos estarán mucho más interesados en nuestras festividades y costumbres.

—Vaya. Ahora tendré que soportar mucha más vida social —se queja Graña—. Y lo peor es que me lo he ganado a pulso. Espero que no se nos presenten en los rituales.

—Habrá que dejarles eso claro. Pero no te agobies ahora por eso. Descansa, te reservaré una ración de pavo y relleno.

—Sobre todo de eso que hacen con miga de pan y hierbas —se ablanda

Graña.

—Por supuesto.

Begoña la abraza, llena de agradecimiento, y su amiga, por fin, se siente en armonía con el mundo.

—Graña… Feliz Navidad.

La Partida

Ester León



ESTER LEÓN

Ester León (Gijón, 1996) es graduada en Geología por la Universidad de Oviedo y se dedica a la enseñanza. En cuanto a formación literaria, tiene un título de correctora editorial de estilo acreditado por la Universidad Europea de Madrid.

Su obra suele orientarse hacia la fantasía alternativa y el realismo mágico y se dirige hacia un público tanto joven como adulto.

Publicó su primera novela *Arrójame a los lobos* en 2020. Se trata de una historia que une estos elementos con su otra gran pasión: el arte y la ilustración.

Además, se pueden leer relatos suyos en antologías como *El Tercer Ombligo de Cerbero.*

Es la noche más larga del año. Los árboles, como es su costumbre, murmuran sobre nieve y luz de luna. En el centro de un lago helado, una mesa rebosante de comida aguarda la llegada de dos mujeres. Justo al lado, escondido en el carrito de las bebidas, un niño trata de guardar silencio.

Curiosas criaturas, los niños. No les interesan en absoluto los temas de los adultos, ni siquiera cuando estos se esfuerzan en captar su atención. La única manera de lograrlo es prohibirles algo.

Al niño le han prohibido estar aquí. Específicamente, se lo ha prohibido su padre, que regenta la posada a orillas del lago. No ha sido una prohibición corriente, nada de eso. Ha sido una prohibición de las gordas, de esas que apelan al honor familiar y a algo muy poco lógico llamado «tradición». No se pronunció la palabra «magia», pero sin duda rondaba por allí. Las pausas tenían cierto deje ancestral.

No ha podido resistirse.

Las mujeres para las que se ha instalado el mobiliario en medio del hielo no son, de hecho, mujeres. Ese es solo el concepto que más se les aproxima. Ni siquiera está claro si una de ellas podría considerarse adulta. Por otro lado, llamar adulta a la otra sería como llamar charco al mar. O, más bien, al océano.

El hijo del posadero no sabe mucho de ellas. Esto es lo que sabe: vienen cada solsticio de invierno, solo hablan con su padre y son el motivo de que la familia tenga que quedarse encerrada en la posada durante toda la noche. Ah, y no comen mucho. Por apetitosa que luzca la comida de la abuela, a la mañana siguiente se la encuentran casi intacta. Esto, por supuesto, enfurece a la abuela. Suele calmarse al recibir el pago, siempre más cuantioso de lo que se podría esperar de cualquier persona cuerda.

Su padre se lo explicó de forma clara una vez: básicamente, la familia sigue teniendo un techo y un negocio gracias a ellas. Y eso, para todos los miembros, siempre ha sido muy digno de apreciar.

La Partida. Así es como la llama su padre. Nunca la ha visto por escrito, pero sabe que la «P» es mayúscula. Hay algunas letras que suenan a mayúscula. Una actividad que requiera que se instalen alfombras y mesas en la superficie de un lago helado merece una «P» bien grande, con líneas gruesas y alguna que otra floritura.

Siempre ha imaginado que la Partida tiene algo que ver con el ajedrez. Es el juego con el que se entretienen los pocos intelectuales que acuden a la posada, por lo que parece tener la entidad suficiente para requerir tal montaje.

Se equivoca.

—Has venido —dice una voz en aquel momento. No ha habido aviso previo. Ni siquiera el sonido de los pasos sobre el hielo.

El hijo del posadero contiene el aliento. Nunca había estado tan cerca. En ese momento, la voz le suena extraordinariamente normal. Incluso puede intuir una sonrisa cariñosa entre las sílabas, como si su dueña se alegrara de ver a alguien.

—Siempre dices lo mismo —le contesta otra voz, cuyas sílabas se arrastran, cargadas de lo que su hermana llama «ganas de tocar las narices».

La primera voz, la primera mujer, se ríe. El hijo del posadero aprovecha para echar un vistazo por la pequeña rendija que queda entre las cortinas del carrito. Es entonces cuando la ve. Cuando las ve.

La primera mujer, la que ríe, es un contrasentido. Es la persona más hermosa que ha visto nunca, tenga o no el rostro partido por una violenta cicatriz. Su cabello no tiene color, sino que refleja aquello que la rodea. Los ojos son amables. Simplemente amables. Parece lo único simple que hay en ella.

La segunda mujer es mucho más afilada, como si estuviera más definida que el entorno. Tiene la piel oscura, tan impoluta que podría ser azabache pulido. Los dientes, como una cuchillada en medio de un lienzo, relucen con un brillo mortífero que hace juego con el vestido y la capa, ambos del color de la nieve.

—Para eso están las tradiciones —dice en ese momento la Mujer De Ojos Amables. Galante, le retira la silla a su compañera para que tome asiento.

La Mujer Afilada le sonríe y, al hacerlo, parece un poco menos afilada.

—¿Qué nos han traído esta vez? —pregunta.

El hijo del posadero se lo sabe de memoria. Él mismo ha ayudado a preparar los manjares, varios de los cuales son especialidades de esa zona de las montañas. Venado con salsa de frambuesa, canela y diente de león; estofado con guiso de rododendro; empanadas de carne de caza y verduras del huerto de la posada y, como colofón, toda la selección de postres de la abuela.

Sin embargo, la recién llegada no parece referirse a eso.

—Sidra, vino blanco y… champagne — La Mujer De Ojos Amables echa un vistazo al carrito bajo el que está escondido el hijo del posadero.

—También como cada año, supongo.

—El champagne es nuevo. Y hay comida, por si no la ves.

La Mujer Afilada resopla, indignada.

—Le has explicado que no venimos a comer, ¿no?

—Se llama hospitalidad —contesta su compañera, con calma—. Además, no estoy segura de habérselo explicado a él.

—Oh.

—Sí.

—Aun así. Debería saberlo.

El hijo del posadero aguza los oídos. No sabe de qué esperaba que hablasen;

pero, desde luego, no de su padre.

—Veo que estamos de buen humor.

—Estoy de buen humor. Y, si no fuera así, estaría sobradamente justificado. El mundo está que da pena verlo. Creo que cualquiera podría no estar de buen humor.

La Mujer De Ojos Amables sonríe con indulgencia y hace un gesto con la mano que bien podría abarcar el pequeño valle o las montañas al completo.

—Pues yo creo que el mundo está bastante bonito esta noche. ¿No te lo parece?

Desde luego, el lago lo está. Las estrellas, protagonistas en ausencia de la luna, se reflejan en la superficie del hielo como si hubiera otro mundo atrapado bajo el agua. Uno podría pasarse horas contemplando los árboles nevados, algunos de los cuales han sido adornados con velas. Desde la posada, el horizonte está envuelto en encaje y glaseado.

El hijo del posadero considera que todo es de lo más sospechoso.

No es sospechoso que un lago se congele en invierno, como no lo es que nieve en las montañas. Claro que no. Lo que es sospechoso es que suceda siempre, todos los inviernos, en las mismas fechas. Da igual que el otoño este siendo cálido, da igual que las predicciones digan que el frío va a empezar tarde ese año: cuando se acerca el solsticio, la nieve empieza a caer y el lago se congela. Sin falta. Aunque su padre insiste en que es un fenómeno natural que no tiene nada que ver con la Partida, está claro que el lago sabe que debe congelarse lo suficiente para soportar el peso de las mesas, las sillas y los carritos.

Como se suele decir: sospechoso.

—La verdad es que no lo han hecho mal con la decoración. Eso te lo admito —concede la Mujer Afilada.

Bajo la mesa, el hijo del posadero se hincha de orgullo. Él mismo se ha encargado de traer la mayor parte de los adornos al lago, y no ha sido tarea fácil. El abuelo había perdido las llaves del desván, por lo que tuvieron que sacar los baúles por la ventana. Fue una tarde entretenida.

Las velas, talladas con motivos navideños, descansan sobre lechos de hojas de pino y bayas. Han colocado alfombras en la superficie del lago formando una especie de círculo sobre el que instalar los muebles. Además, la abuela y él se han pasado la semana tejiendo todo un nuevo juego de guirnaldas con hojas de acebo, naranjas y flores de muérdago.

—Tú tampoco lo has hecho nada mal —comenta la Mujer De Ojos Amables, lo que le granjea una mirada de lo más fría.

—Estás haciéndolo —acusa su compañera.

—¿Qué?

—Eso que haces.

—No sé de qué estás hablando.

—Sí, lo sabes. Te pones sentimental y… condescendiente. Y me miras con esa cara que me pone de los nervios.

La Mujer De Ojos Amables se encoge de hombros.

—Es la noche de la Partida —dice, como si aquello fuera explicación suficiente.

—Podría ganar esta vez.

—Sí, podrías. —Asiente, lo que solo hace enfurecer a la Mujer Afilada.

—Oh, venga ya. Ya vale. Quiero hablar contigo. Contigo de verdad.

—¿Es tu último deseo?

Hay una pausa. El hijo del posadero se permite abrir un milímetro más la cortina del carrito. Ambas mujeres sonríen como si compartieran una broma hilarante.

—Sí.

—En ese caso, te voy a machacar. Pero aún nos quedan unas horas.

Ambas se miran. Los ojos amables sostienen una mirada cada vez menos afilada.

Hay una pausa aún más larga. Por unos minutos, solo se oyen los cuchicheos de los árboles.

—¿Cuánto crees que tardará la nieve en desaparecer esta vez? —pregunta la Mujer Afilada. Lo dice como si no le importara, pero ninguno de los presentes se lo cree.

—No lo sé. Tal vez un mes.

—¡Un mes! Millones de copos esculpidos con patrones únicos, construidos uno a uno, para que duren solo un mes más.

—Quién sabe. Quizá la primavera se retrase.

—Sí, seguro. Como si lo hiciera alguna vez. Siempre se da prisa en llegar y vestir a todo el mundo sin perder un instante, la muy puritana. Flores, hojas, lluvias. Es obsceno, si quieres mi opinión.

Cabe destacar que, en ese momento, al hijo del posadero se le pasa por la cabeza que esa es una forma muy extraña de hablar de la primavera. Un segundo después, se regaña a sí mismo: nadie debería considerar extraño algo así, no mientras está escondido dentro de un mueble sobre un lago helado a punto de presenciar una Partida entre dos mujeres misteriosas.

—Estás divagando —dice la Mujer De Ojos Amables, que tiene aire de no extrañarse por nada. O, al menos, de no dejar que se le note.

—No. Estoy filosofando. Hay una gran diferencia.

—¿Te importaría explicármela?

La Mujer Afilada decide ignorarla.

—Deberíamos acercarnos a por las hojas ya. ¿Quieres que vaya yo?

En lugar de responder, la Mujer De Ojos Amables guarda silencio durante un momento.

—Tengo una sugerencia que hacerte —dice, de pronto, muy seria.

—No.

—Ni siquiera sabes lo que voy a decir.

—Sí. Sí lo sé.

—¿Y qué es, a ver?

—Vas a tratar de convencerme de no hacerlo.

La amabilidad se transforma en sorpresa.

—Así que tú también lo has pensado —responde con tono acusador.

—Claro que lo he pensado. Por eso sé que no podemos. No es una decisión que podamos tomar.

—Podemos tomar cualquier decisión.

—Esta no. *Tú* no.

La atmósfera acaba de cambiar. El hijo del posadero puede sentirlo. Ahora el aire sabe distinto, las llamas de las velas han dejado de oscilar. Le recuerda a cuando sus padres se encerraron en el despacho para hablar con el practicante que solía tratar a la tía Nana, que ya apenas podía levantarse de la cama. Aquel día, la posada se sumió en el silencio durante horas. El tictac de los relojes retumbaba en las vigas de madera. A la mañana siguiente, Nana no despertó.

—En realidad...

—No. Por favor, déjalo. —La Mujer Afilada está suplicando de verdad. Lo sabe porque, antes de seguir, toma aire—. ¿Vienes conmigo a por las hojas o voy yo?

—Juntas —contesta la Mujer De Ojos Amables.

Ambas se levantan y echan a andar por la superficie congelada cogidas de la mano. Sus pasos no dejan rastro en el hielo ni producen sonido alguno, pero el hijo del posadero se dice que deben de estar caminando porque, si no, ¿cómo van a moverse?

Es mejor no pensarlo demasiado.

Asomando un poco la cabeza fuera del carrito, ve cómo las mujeres se acercan al Viejo Tejo. Todo el mundo lo llama así, con el adjetivo delante del nombre, aunque no sabe por qué. Desde luego, no porque se pueda confundir con otros árboles, ni siquiera aunque sean de la misma especie. El Viejo Tejo es gigantesco, un titán de copa acampanada que reina en el bosque. En verano, su sombra eclipsa toda la orilla norte del lago. El tronco siempre está recubierto de musgo y plantas trepadoras y las ramas se inclinan sobre el agua.

El hijo del posadero no distingue bien lo que hacen las dos mujeres bajo el árbol y no se atreve a salir de su escondrijo. Cuando regresan a la mesa, la Mujer Afilada lleva un saquito en la mano. Sin decir nada, vacía uno de los cuencos de plata y vierte el contenido en su interior. Son hojas.

Las hojas del Viejo Tejo son venenosas. Muy venenosas. La abuela le ha contado que, en los tiempos de sus tatarabuelos, los guerreros de la zona las

utilizaban para impedir que los soldados romanos los capturasen con vida. Cuando eran muy pequeños, la hija de los taberneros del pueblo estuvo a punto de morir tras comer una por error.

Las dos mujeres no parecen de la clase de persona que cometería un error así. Eso lo tranquiliza. Si lo piensa bien, en realidad parecen de la clase que conoce con exactitud la cantidad que hay que ingerir para planificar el momento de la muerte.

De pronto, el aire invernal se torna bastante más frío.

—¿La apuesta de siempre, pues? —dice la Mujer De Ojos Amables, que se han vuelto algo tristes.

—La que pierde, se come las hojas —asiente la otra.

—Podríamos hacer otra apuesta.

El hijo del posadero considera que eso sería muy, muy buena idea.

—También podríamos alterar para siempre la realidad, pero eso no significa que vayamos a hacerlo, ¿no?

—Esta vez es diferente. —La Mujer De Ojos Amables juguetea con una de las bayas del adorno más cercano—. Pero no, supongo que no.

La Mujer Afilada asiente y extiende la mano. Su compañera se la estrecha. Y algo sucede. El apretón de manos siempre es un gesto más solemne de lo que parece, pero este es distinto. Por un momento, solo por un segundo, el hijo del posadero podría jurar que el mundo entero se queda en silencio. Dura un instante nada más, pero es ensordecedor.

El pacto queda sellado. Comienza la Partida.

—¿Champagne? —La Mujer Afilada se acerca al carrito de bebidas y la visión del chico queda inundada por su vestido. Se da cuenta entonces de que el blanco que creía nieve no es liso. Toda la falda está cubierta de patrones entretejidos con hilo de plata. Hay ciervos, ramilletes de acebo y árboles de hojas desnudas. La escena representa un bosque invernal, con algunos farolillos casi invisibles que penden de las copas más altas.

Por un momento, le da la impresión de que una de las ardillas salta de una rama a otra y se cuela entre las patas de un ciervo para llegar al árbol más cercano.

—Prefiero sidra —dice la Mujer De Ojos Amables, esbozando una sonrisa que al hijo del posadero le recuerda mucho a la de su hermana mayor. No sabe si eso le resulta más extraño que lo de la ardilla de hilo, lo cual es bastante perturbador.

—Sidra, pues. Pero con cuidado, que nos conocemos —advierte la Mujer Afilada.

—¿Y eso qué se supone que quiere decir?

—Venga. Te toca repartir.

Para sorpresa del hijo del posadero, sobre la mesa hay un mazo de cartas. Nada de tableros ni piezas talladas. La Partida es de cartas, como las que juegan

cada tarde los ancianos del pueblo en el comedor. Su hermana no se lo va a creer.

—No pienso repartir nada hasta que me expliques lo que quieres decir. —La Mujer De Ojos Amables se cruza de brazos.

—Bueno, no te caracterizas por tu buen manejo de la bebida.

—¿Me estás llamando alcohólica?

—No.

—Suena bastante a que me estás llamando alcohólica.

—La realidad pocas veces es lo que parece.

Ante el intento de respuesta filosófica de la Mujer Afilada, su compañera se limita a mirarla sin abrir la boca.

—Perdón —termina por decir, retractándose—. ¿Más sidra?

—Ya me parecía a mí.

Ambas beben en silencio. La Mujer De Ojos Amables empieza a barajar las cartas. A continuación, reparte unas diez para cada una. El resto quedan en un montón junto al centro de mesa de acebo y flores de tela.

—Cuéntame un secreto —pide la Mujer Afilada mientras observa las cartas que le han tocado.

—¿Tiene que ser mío? — La Mujer De Ojos Amables echa un vistazo a las suyas, pero no parece demasiado interesada.

—No.

—No sabría elegir. Conozco muchos secretos —contesta tras volver a poner los naipes boca abajo sobre la mesa.

—Cierto. A veces me da la impresión de que los conoces todos. Todo el mundo te cuenta los suyos.

—Porque estoy ahí. No tiene mucho mérito. La gente se siente más inclinada a confesar en la soledad de la noche.

—No es por eso. Es por ti. Nunca los juzgas. Nunca juzgas a nadie.

La Mujer Afilada, que parece a cargo de la primera jugada, deja una carta al descubierto en el centro de la mesa. Desde donde está, el hijo del posadero no logra distinguir cuál es, pero intuye que podría ser una de las cuatro sotas.

—Son mis hijos —contesta su rival, ignorando la carta de forma deliberada. Se encoge de hombros—. Pero sí que lo hago.

—Ya.

—Lo hago. Solo te gusta pensar que no.

—¿Me juzgas a mí?

Hay una pausa. Mientras el silencio revolotea, la Mujer De Ojos Amables apoya la mano sobre sus naipes. Con un movimiento brusco, deja uno de ellos en el centro de la mesa, junto a la sota.

Sin duda es un tres de oros. El hijo del posadero ve relucir las monedas desde su puesto.

—No, a ti no. Pero es diferente.

—¿En qué?

La Mujer De Ojos Amables suspira.

—Ya sabes en qué.

—¿Me has juzgado alguna vez? ¿A alguna versión de mí? Ya sabes… Antes.

Su contrincante vuelve a guardar silencio, pero esta vez para meditar la respuesta. Cuando se produce una pausa en una conversación, el silencio suele pertenecer a uno de los dos interlocutores. El hijo del posadero ha aprendido bastante sobre eso observando desde el rincón del comedor de la posada. Le permite averiguar muchas cosas sobre las relaciones entre las personas y los momentos que las han traído a esa conversación concreta. O, al menos, le permite imaginárselo.

En esta conversación en particular, la mayoría de los silencios llevan escrito el nombre de la Mujer De Ojos Amables. Cualquiera que sea.

—Sí. Pero ahora ya no lo veo así. Cuando entiendes a alguien, dejas de juzgarle —dice en ese momento, tratando de mantener la voz neutra.

—Debatible —le contesta su rival, que tiene la mirada clavada en las dos cartas que descansan frente a ambas.

—Tal vez. Pero me he dado cuenta de que tú siempre eres tú, aunque te cueste un tiempo recordarlo.

—Quizá tu juicio esté algo nublado esta vez. —La Mujer Afilada deja otra carta sobre la mesa, junto al tres de oros. Un caballo. Parece ser de espadas, a juzgar por el sable que empuña su jinete—. ¿No has pensado en eso?

—Lo que siento no me nubla el juicio. Todo lo contrario.

—¿En serio? Después de todo lo que has visto, de todas las venturas y desventuras de las que has sido testigo, ¿crees que el amor no nubla el juicio?

—No.

—Venga ya. Habíamos prometido ser sinceras.

—Yo no prometí nada.

La Mujer Afilada sonríe.

—Por favor.

La Mujer De Ojos Amables, por supuesto, cede. Tras observar sus cartas unos segundos, deja un cuarto naipe sobre la mesa. Es la reina de copas.

—Vale. Sí, creo que las emociones se cuelan en el camino del juicio y lo modifican. Pero también creo que el juicio sin emociones no tiene razón de ser. No es forma de vivir.

—Una de sus vidas, tal vez. Pero para ti no es lo mismo.

—Son parte de mí. Ya lo sabes.

Algo les está sucediendo a las cartas que reposan en el centro de la mesa. Tal vez lleve un rato ocurriendo; el hijo del posadero no está seguro. El oro de las monedas se ha convertido en plata y la copa de la reina ha comenzado a verter un líquido cristalino que está inundando la superficie de madera. El sable en el

que se había fijado es ahora de cristal y el caballo sobre el que va su portador relincha.

Solo dura un instante. Al momento siguiente, la Mujer De Ojos Amables recoge los cuatro naipes y los coloca en su lado de la mesa.

—Sé lo que intentas —dice con voz neutra.

—¿Y?

—No funciona. Ni siquiera creo que lo estés intentando en serio.

—Querida, vamos a tener que terminar la Partida. Ya has ganado el primer punto. Debemos hacer honor a la apuesta. No importa lo que haya pasado antes. Es el solsticio. Todo se decide aquí.

La Mujer De Ojos Amables permanece impasible.

—Podría hacer trampas —sugiere.

—¿Para perder? No con lo que hay en juego. Sé lo que significan para ti. —Hace un gesto con la mano que bien podría querer abarcar a toda la humanidad.

—No lo recuerdas, pero hubo un tiempo en que querías ganar. Tenías el mundo a tu merced, ¿sabes? Tuve que engañarte para hacer esto.

—Siempre has sido muy lista.

—No seas condescendiente.

—Sea como sea, no puedes amañar la Partida. Sabes lo que pasará si haces algo así —contesta la Mujer Afilada con gravedad.

—Que estaremos juntas.

—Que todo se romperá.

La Mujer De Ojos Amables resopla.

—¿Qué? —pregunta su compañera.

—Nada. Todo esto es tan propio de ti…

—¿Convencerte para que me dejes tomarme un veneno mortal?

—Sacrificarte a ti misma en lugar de buscar una solución alternativa. Es como lo del pato otra vez.

—No saques lo del pato.

De pronto, el hijo del posadero está muy interesado en lo del pato.

—Pues claro que saco lo del pato. Es relevante.

—No sabía nadar. ¡Era un polluelo! —protesta la Mujer Afilada.

—¡La madre estaba a medio kilómetro! Podrías haber rodeado el estanque con él en brazos. No tenías que meterte a bucear con él.

—Dijiste que había sido tierno.

—Digo muchas tonterías. —Otra pausa. El hijo del posadero está empezando a tener dificultades para mantener las piernas encogidas dentro del carrito, pero le gustaría mucho entender el juego del que está siendo testigo. No se parece a nada que haya visto en ninguna taberna—. Además, una cosa no quita a la otra.

—Define «cosa» en este contexto específico.

—De verdad que a veces me exasperas. —Los ojos amables destellan con una

llama efímera, pero no parecen arder de verdad.

El discurrir del tiempo es extraño esta noche, sin rastro de luna en el cielo. Las horas se alargan y se enredan, perezosas, entre los árboles. Las dos mujeres continúan jugando y el hijo del posadero bosteza un par de veces. Está demasiado interesado en la conversación para dormirse, pero la atmósfera es tranquila, casi familiar. Se siente seguro.

Lo cual no deja de resultar llamativo cuando uno presencia una partida de cartas a muerte.

Intenta entender el juego, pero está empezando a pensar que no hay nada lógico en lo que ocurre sobre la mesa. Cuando la Mujer Afilada reparte la siguiente ronda de cartas, observa la baraja completa antes de elegir. ¿Es que la otra mujer le está dando una especie de ventaja?

Pronto comprende que no es así. La Mujer De Ojos Amables parece tener derecho a ver las cartas de su compañera antes de elegir la siguiente jugada. Cuando lo hace, deposita tres naipes sobre la mesa y se queda mirando a la Mujer Afilada con expresión desafiante. A pesar de que las cartas son un seis, un rey y un cuatro, esta ni siquiera se molesta en responder. Al parecer, ha perdido otra ronda.

El único patrón que siempre se repite es lo que sucede cuando termina una ronda. No, no lo que sucede; pero sí que suceda *algo*. En esta ocasión, una rosa empieza a brotar de la mano del rey. No contenta con eso, la nueva flor se escapa del naipe y queda prendida sobre la mesa. La Mujer De Ojos Amables la arranca como si saliera de un arbusto y se la tiende a su rival.

—Recuerdo la primera vez que me regalaste flores —dice la Mujer Afilada, que está haciendo unos esfuerzos bastante fútiles por ocultar su sonrisa mientras recibe la rosa.

—No, qué va.

—Bueno, ya me entiendes. Eran tulipanes de papel.

—Dijiste que te gustaban los girasoles. Lo cual, por cierto, fue bastante ofensivo. Supuse que era lo que más se parecía.

La Mujer Afilada suelta una breve carcajada. El hijo del posadero nunca la había oído reír hasta ahora. Es un sonido crujiente, como el de pisar nieve recién caída.

—No se parecen en nada.

La Mujer De Ojos Amables frunce el ceño.

—Bueno. No tengo ojo para las flores. Qué cosa. Pídeme que te hable de los tipos de lechuzas y verás.

—Por favor.

Y eso hace. Al hijo del posadero no le resultan demasiado interesantes los tipos de lechuza, así que desconecta durante unos minutos. Si hablaran de tipos de dragones, sería otra cosa. Últimamente está muy interesado en ellos. Siendo

como son, a todas luces, las criaturas más increíbles que podrían existir, no es raro que lo esté. El año pasado pensaba eso de las cabras, pero era pequeño y no sabía nada de la vida.

Vuelve a prestar atención cuando oye una pregunta que le sorprende.

—¿Cómo es despertar? —quiere saber la Mujer De Ojos Amables.

Esta vez, es su compañera quien guarda silencio.

—¿En qué sentido?

—Ya sabes, cuando regresas al mundo. ¿Cómo te sientes? ¿Confusa?

—No. La confusión empieza después. Crece cuantas más cosas experimento. Cuando despierto, solo soy yo.

—¿Y sabes quién eres?

—Yo siempre sé quién soy —declara la Mujer Afilada con solemnidad. El hijo del posadero está bastante seguro de que le habría gustado que un trueno repentino enfatizase la afirmación.

La voz de la Mujer De Ojos Amables es tenue cuando responde.

—Yo casi nunca. Estoy ahí siempre… escuchándolos, viéndolos. Cientos de vidas, de personalidades. La mayor parte del tiempo tengo la impresión de no ser más que un reflejo. O nada en absoluto.

Su compañera lo sopesa durante unos momentos.

—No. Eso te hace ser más. Eres todo lo que son ellos y más. Eres tú.

—Eso nos lleva a un interesante debate sobre el significado de la definición. Cuando algo es todo… ¿no pasa a ser nada?

—Estás desviando el tema para no hablar de ti misma. Lo cual es propio de ti. Mira, ahí lo tienes: prueba de que eres algo —dice triunfante la Mujer Afilada.

—Estás usando una falacia.

—Yo no he usado una falacia en mi vida. De todas formas, si quieres mi respuesta: no. Nada es la ausencia de algo, no el sinónimo de todo.

Su compañera se relame, encantada de que haya entrado al trapo.

—¿Así que tu argumento va a ser la semántica?

—¿Estudia definiciones, no? Creía que querías hablar de definiciones.

—Vale, pero piénsalo en términos de conocimiento —le pide la Mujer De Ojos Amables—. Imagina una rana, como concepto. Si te digo su género y especie, te imaginarás un grupo de ranas general. Si te hablo de las cicatrices que tiene o de que al saltar se escora un poco hacia la izquierda, te imaginarás ya una rana concreta. ¿Pero qué pasa si solo te digo que es una rana? Que no te imaginas apenas nada, solo una generalidad inconcreta que podría corresponder a cualquier rana.

—Tengo una duda. ¿Se supone que tú eres la rana en este escenario?

—Sé que me has entendido.

—Sí, pero permíteme que te cuente mi forma de verlo. Por lo que he podido saber hasta ahora, las personas están hechas de historias. Todas ellas. Se pasan la

vida oyendo, imaginando o presenciando pequeñas narraciones, que lo son precisamente porque ellos les atribuyen coherencia narrativa. Es su forma de soportar el caos. Los alimenta, los ayuda a evolucionar e incluso los sana. Tu situación es muy similar, también estás hecha de historias. No tiene sentido luchar contra eso. Es algo bueno.

La Mujer De Ojos Amables observa a su compañera durante un momento. El hijo del posadero puede leer la fascinación en sus ojos incluso desde el carrito. También ve con claridad cómo trata de ocultarla por un segundo haciendo un gesto con la mano.

—De todas formas, quizá ninguna de nosotras seamos nada. Quizá yo nunca los creé a ellos de verdad. Quizá toda la realidad sea una alucinación.

—Alguien tendría que estar alucinando —apunta la Mujer Afilada. Su rival aprieta los labios.

—Vale, eso es cierto.

—De todas formas, yo intento no perder mucho tiempo con estas cosas. Tú eres tú. Yo soy yo. Realmente no hay mucho más que plantearse.

—¿Cómo puedes decir eso? Hay miles de cosas que plantearse. ¿Qué es el deber? ¿Cuánto influye en cómo es alguien lo que las personas crean de él? ¿A dónde van las conciencias cuando todo se acaba? —La Mujer De Ojos Amables ha ido subiendo la voz poco a poco.

—Claro, sí. Y es muy interesante —intenta tranquilizarla la Mujer Afilada—. Pero yo personalmente no tengo mucho tiempo para pensar en ello.

Su compañera termina por asentir. Parece saberlo y, aun así, encontrarlo triste. El hijo del posadero se siente un poco mal. Quizá él también deba invertir tiempo en pensar en esas cosas, pero no está muy seguro de entenderlas. Tal vez son la clase de asuntos de los que te enteras cuando eres mayor. Su hermana siempre dice que ella no se lo creía de niña, pero que hay muchas cosas que no tiene sentido entender hasta que eres mayor. Dice que es mejor no hacerlo.

Las mujeres siguen jugando, esta vez en silencio. La siguiente ronda de cartas, que gana por primera vez la Mujer Afilada, transforma la madera de la mesa en algo dorado que el hijo del posadero sospecha que es oro. Por lo que él ha podido presenciar, se ha filtrado desde el as de oros a la mesa, como si se tratara de agua derramada. Al extenderse por la tabla, esta ha ido cambiando. ¿Deberían preocuparse de que el hielo no vaya a aguantar el peso de una mesa de metal?

Las horas pasan y la claridad se abre paso muy poco a poco. Cuando la oscuridad casi total empieza a diluirse en sombras concretas, el ambiente en el lago cambia. El hijo del posadero lo percibe en las dos contrincantes, en sus gestos y miradas cuando creen que la otra no se percata. Al final, es la Mujer De Ojos Amables la que evidencia que se acaba el tiempo. No lo menciona, pero sus palabras sirven como prueba.

—Hay algo que quiero decirte.

Por supuesto. Cuando alguien va a pasar tiempo con otra persona y esta persona le agrada, siempre dejará la conversación difícil e ineludible para el último lapso de tiempo disponible, no importa cuán extenso o reducido sea este.

—Te escucho —le contesta la Mujer Afilada.

—Quiero disculparme. Sé que no lo recuerdas, pero quiero hacerlo de todas formas. —El discurso ha sido ensayado, resulta evidente desde la segunda frase. Aun así, parece un poco perdida mientras lo recita—. Me he apartado de ti muchas veces, incluso cuando tú intentabas acercarte. Te he hecho daño en el pasado y lo sé y lo siento mucho.

—Supongo que no sirve de nada recordarte que no tengo conciencia de nada de eso.

—No. Yo sí la tengo. Me alegro de que no te acuerdes porque así no me guardas rencor, pero aun así… He pensado que sería mejor explicarte por qué. Que podría servir de algo.

La Mujer Afilada se suaviza un poco mientras su compañera da golpecitos con las cartas en la mesa sin darse cuenta.

—Dime.

—Bueno, la verdad es que lo he pensado mucho y creo que ya lo he entendido. Ha sido por miedo. No quiero decir que te tuviera miedo a ti, pero… En cierto modo, sí. Por un lado, siempre sé que acabaremos así, pero no es solo eso. —La Mujer De Ojos Amables deja escapar el aire, parece tener dificultades para recordar cómo había imaginado esa parte concreta del discurso—. Supongo que siempre tengo miedo a que me hagas daño, porque sé que podrías. Eso es todo.

El hijo del posadero sabe que no se refiere a daño físico. La Mujer Afilada también parece saberlo. Tras observar a su compañera, extiende la mano. Al momento siguiente, cambia de opinión y se levanta. Rodea la mesa y se arrodilla al lado de la Mujer De Ojos Amables. Sin decir nada, la abraza.

—Quedarte sin armadura ante aquel al que has entregado tu espada debe de ser uno de los mayores actos de fe que existen. No te culpo por no tener siempre una fe tan desmesurada. Lo entiendo.

Permanecen así. Es imposible saber cuánto, pero las sombras empiezan a alargarse a su alrededor y, aunque el sol no va a asomarse entre las montañas todavía, el hijo del posadero puede notar la noche escapándoseles entre los dedos. Cuando amanezca, su padre abrirá la puerta principal y, como cada año, en el lago no habrá nadie.

No sabe si las mujeres han echado un vistazo a la última ronda de cartas, pero tal vez no importe. La Mujer De Ojos Amables ha ganado la mayor parte de las rondas anteriores. Al menos, de acuerdo con el sistema de puntos maníaco que están usando.

Al parecer, la Partida no ha terminado. Cuando las contrincantes se separan, la Mujer Afilada coge un último naipe de su mazo y lo coloca sobre la mesa. Es la reina de espadas, imponente y con el cuello adornado por un colgante que representa un copo de nieve. Sin decir nada, se inclina para sacar la joya de la carta, y se la tiende a la Mujer De Ojos Amables.

—¿Para que te recuerde? —pregunta ella con una sonrisa triste. El hijo del posadero se da cuenta de que le brillan los ojos. Tal vez esté a punto de llorar.

—No.

Ambas asienten con tristeza.

La Mujer Afilada coge las hojas del Viejo Tejo y las acuna en la palma de la mano. Por un momento, el hijo del posadero podría jurar que la Mujer De Ojos Amables va a quitárselas, pero al final no lo hace. Como si no significara nada, la Mujer Afilada se las mete en la boca.

Casi espera que caiga muerta en el acto, pero, por supuesto, no lo hace. Las hojas del tejo tardan en actuar. Lo que sí hace es acercarse a su compañera y cogerla de la mano. Sin decir nada, la besa.

Y, también sin decir nada, se va. Echa a andar por el lago y desaparece en el bosque.

La Mujer De Ojos Amables se queda sola. Al principio de la noche, el hijo del posadero habría dicho que la soledad iba con ella, que seguramente le resultara cómoda. Sin embargo, ahora resulta demasiado patente. Casi resuena.

—Dile a tu padre que todo estaba a mi gusto —dice de pronto.

El hijo del posadero abre la boca, atónito. Aguarda un momento, por si acaso existe la posibilidad de haberla oído mal. O de estar alucinando.

—Y dale las gracias —añade la mujer, girándose hacia el carrito.

No tiene más remedio que salir.

—¿Lo sabía? ¿Todo el tiempo? ¿Sabía que estaba aquí?

La Mujer De Ojos Amables, que ahora lucen bastante atormentados, lo ignora.

—¿Has oído alguna vez la historia de la Luna y el Invierno? —No.

Suspira, frustrada.

—¿Qué celebráis durante estas festividades? ¿Por qué todos estos adornos y ese revuelo en el pueblo? ¿Sabes eso, al menos?

—Sí —responde, algo ofendido—. Es la noche más larga del año, la del renacimiento. A partir de mañana, los días empiezan a hacerse más largos; el mundo y los dioses vuelven a la vida. Celebramos que estamos a medio camino de superar la oscuridad una vez más.

Y de que amaine ese condenado frío. Echa de menos sentirse los dedos de los pies por las noches.

—¿Y sabes por qué?

—¿Por qué, qué, señora?

—Por qué se os concede eso. Por qué se os bendice con el renacimiento.

—Creo que no la entiendo…

La Mujer De Ojos Amables parece mucho más vieja ahora, más cansada.

—Y tú hablas de oscuridad… Como si supierais… No conocéis la oscuridad. Esto que vivís no es nada, un mero rito de paso al servicio del equilibrio. En otro tiempo, sí que hubieras sabido lo que es habitar en las sombras.

—¿En otro tiempo? —pregunta el chico.

—Hace eones, el frío no tenía final. La nieve, el hielo, la noche. Incluso las estrellas se alejaron, prudentes. —Tiene la mirada clavada en la superficie del lago, como si viera algo en las profundidades—. Aunque a veces creo que lo hicieron para tener mejores vistas. La verdad es que era un mundo hermoso, tan salvaje…

—No creo que eso pudiera funcionar, señora, si no le importa que se lo diga. No puede ser invierno siempre.

—No, ¿verdad? —responde, aunque el hijo del posadero no está muy seguro de que lo esté escuchando.

—No. Todo moriría.

—Y casi lo hace —asiente la mujer—. El Invierno se hizo fuerte y conquistó al Tiempo, al Mundo y a todos los dioses. Las personas morían, incapaces de soportar el frío y la escasez de alimentos. Mis pobres hijos, pereciendo sin remedio… —Sacudió la cabeza—. Así que la Luna, que siempre os escucha, intervino.

»Se encontraron por primera vez en un cruce de caminos, en una llanura que ya no existe. Había unas ruinas al este; aún lo recuerdo. Cubiertas de nieve, por supuesto. Las huellas apenas duraban unos segundos antes de que la ventisca las volviera a enterrar, pero la cruz donde se unían los caminos era visible. Nunca he estado muy segura de por qué.

»El caso es que la Luna, que por aquel entonces era tan osada como estúpida, retó a un duelo al Invierno. Un duelo de ingenio. La perdedora tomaría el veneno del árbol sagrado y dejaría el mundo de los vivos. El Invierno, que en aquellos tiempos se creía imbatible, aceptó.

»La Luna siempre gana este tipo de duelos. Tiene demasiado tiempo para practicar, ¿sabes? Todo el día en el cielo, contemplándoos. Así que ganó. Y el Invierno, que siempre hace honor a su palabra, ingirió el veneno. Era tan fuerte que no murió en el acto. Su agonía se prolongó durante casi dos meses, debilitado hasta el punto de no poder impedir que el mundo comenzara a renacer, libre de su yugo. La Primavera acabó por llegar.

»Un tiempo después, fue el propio Invierno el que renació. La Luna no había previsto aquello, pero pronto comprendió que era necesario. El nuevo Invierno no tenía recuerdos de su vida pasada, salvo uno: sabía que debía encontrarse con la Luna en el cruce de caminos y jugar una Partida.

»Y así ha sido desde entonces. El mundo ha cambiado. Las personas han cambiado. Las placas del planeta se han movido, han chocado unas contra otras y han dado lugar a montañas y valles. El cruce de caminos se ha hundido en un lago. Pero no importa. Cada año, se baten en duelo. Cada año, la Luna gana. Cada año, el Invierno agoniza y muere.

»Eso es lo que celebráis.

El hijo del posadero observa la superficie del hielo.

—Suena bastante triste.

—Sí.

—Pero el Invierno renace cada año, ¿verdad?

—Sí.

Asiente, pensativo.

—Usted es la Luna, ¿no?

La Mujer De Ojos Amables lo mira sin decir nada.

—Por si sirve de algo, lamento que vaya a perderla —dice el hijo del posadero —. Otra vez, me refiero.

Ella desvía la mirada hacia la posada. Más allá, las luces del pueblo apenas son visibles. La brisa trae una melodía animada que se enrosca entre los jirones de luz del amanecer. Ya deben de haber comenzado los festejos.

—Todo sea por vosotros —dice, con un suspiro. Mientras echa a andar hacia la orilla contraria, al hijo del posadero le parece oírla murmurarlo de nuevo—. Todo sea por vosotros.

Magia para todos

Laura S. Maquilón



LAURA S. MAQUILÓN

Laura S. Maquilón (Abarán, 1992) es una diseñadora afincada en Terrassa.

Fue colaboradora y cofundadora de La Nave Invisible y de la iniciativa #LeoAutorasOct. También participó durante dos años como redactora en las revistas Windumanoth y Libros Prohibidos.

Con 16 años ganó el VII premio Humberto Tenedor de Narrativa con el relato *Una cita con el diablo*.

Ha publicado diversos relatos en revistas y antologías y en solitario, dos novelas cortas: *Izahi, a tus hijas* (Hati) y *El pasado es un cazador paciente* (Sportula); su novela más reciente es *Concierto en sol menor* (Crononauta).

Actualmente compagina su trabajo como diseñadora gráfica y escritora con la labor de editora en la Editorial Crononauta.

Podía repetir el procedimiento hasta la saciedad, pero ya no quedaba magia. No tanta como para convertir el mejunje en una poción que aliviara el dolor de su madre. Sin magia, no era más que un estúpido puré.

Procne desconectó el caldero de la corriente mágica y lo pateó con disgusto. Unas gotas de fluido naranja se derramaron por la encimera. No las vio; había cerrado los ojos, los puños, los labios, el corazón. No podía llorar. No podía dejar que su madre la escuchara. Debía ser fuerte por ella. Por las dos.

Se limpió la humedad de la cara con el hombro mientras se lavaba las manos. El agua estaba fría. Quería reservar la poca magia que quedaba para su tradicional té de la víspera de Navidad. ¿Quedaría para entonces? ¿Aguantaría hasta que vinieran a llevarse a su madre para renovar la magia? Entonces ya no sería Asteria, claro, sino la Bruja Roja, la sacerdotisa del Gran Tejo, la que trae el milagro y la alegría y la luz a la oscuridad invernal.

La muchacha soltó una risotada, tan amarga como el ajenjo de la pócima que llevaba horas intentando preparar. Un gemido brotó entonces de la habitación contigua, la que hacía las veces de salón, comedor y dormitorio.

Su madre yacía en la cama con la cara contraída de dolor. Los ojos rojos la buscaban en la penumbra mientras balbuceaba. Procne se sentó sobre el colchón, con cuidado de no aplastarle la melena lunar que había peinado con esmero por la mañana, como cada día.

—Voy a casa de Filo, ¿vale? Vuelvo enseguida.

Le besó la frente y su expresión pareció relajarse un poco, aunque Procne sabía que el dolor no había menguado ni una pizca.

«Solo tres días, —se dijo—. En tres días la magia volverá y podrás levantarte de nuevo».

La magia de la Navidad obraría el milagro. Pero ¿hasta cuándo duraría esa vez?



Filo vivía un nivel más arriba. No era muy diferente del suyo, salvo porque la luz llegaba con más facilidad hasta los puentes que conectaban cada manzana. Procne se asomó por el borde al olor acre del último nivel, allí donde no llegaba ni la magia ni la misericordia de los más pudientes. Allí donde no llegaba la Navidad. Al menos Filo aún podía permitirse tener una luz encendida en la puerta.

Llamó con los nudillos y esperó que su amiga le abriera. Su sonrisa y sus pecas la saludaron en cuanto la hoja se hizo a un lado.

—¡Has llegado pronto! —saludó, invitándola a pasar con un gesto—. ¿Qué llevas ahí?

Procne dejó el calderete sobre la mesa del comedor y buscó la cama inexistente con la mirada, aunque sabía que en casa de Filo tenían un dormitorio.

—¿Pronto para qué?

—¡Para la mani! ¡No se te habrá olvidado!

El recuerdo revoloteó por la mente de Procne como una luciérnaga.

—Pues casi. Necesito poción para mamá. No nos llega ya magia suficiente. No quiero abusar…

—Calla, qué abuso ni qué fauno muerto. Mira que nos quejamos el año pasado y este está siendo peor. ¡Y no es que saliera menos magia del Gran Tejo! Dame, que te lo enchufo.

Filo agarró el caldero por las asas y se lo llevó hasta la cocina. Procne la siguió sin protestar. No había acudido allí para avergonzarse.

—Hace unos días escuché a alguien decir que hay tanta iluminación mágica en los niveles más altos que parece siempre de día.

—Sí, yo también lo digo. —Filo conectó el calderete a la toma de magia de la pared—. Hace dos noches estuve tres niveles arriba, en casa de une amigue de mis padres. Desde un punto concreto pueden ver el Puente Mayor. Había más luces en ese tramo que en los cerebros de todo el nivel superior.

Procne sonrió un poco. Filo siempre conseguía arrebatarle una chispa de alegría con su lengua afilada. Además, la poción había empezado a hacer *glup glup* y pronto se oyó un pequeño estallido. La joven soltó un suspiro de alivio.

—Gracias.

—Lo que necesites, ya lo sabes. A mi padre le vendrá bien apagar la televisión un par de días. ¿Con eso tendrás hasta Navidad?

—Sí —dijo con convencimiento. Había medido muy bien las cantidades para no desperdiciar nada. Abrió la bolsa que le colgaba de la cadera y sacó varios frascos para llenarlos.

—Nos vemos en un rato, entonces.

—Ajá. —Devolvió los frascos llenos a la bolsa y desenchufó el caldero—. Muchas gracias. ¿Nivel cinco?

—Correcto. Llévate las gafas de sol, no sea que te deslumbres.

—Estoy acostumbrada a deslumbrarme cada vez que te veo, no te preocupes —replicó, apresurándose hasta la puerta.

—¡Eres una sinvergüenza, Proc! —oyó que su amiga le gritaba. Pero ya estaba bajando las escaleras y el mundo volvió a oscurecerse un poco.



Siempre se sentía sucia cuando subía del nivel cuatro. En aquella ocasión,

consiguieron llegar al nivel seis antes de que los gimnetas se les echaran encima. Los niveles cinco y seis ya eran bastante esplendorosos en comparación con el suyo, sobre todo en Navidad: las calles se iluminaban con velas mágicas que cambiaban de color, de los dinteles colgaban ramas de acebo y las jardineras parecían nevadas con los eléboros en flor. Y, aun así, no podían compararse con la majestuosidad de los últimos niveles, que hacían dudar a la población de la llegada de la Navidad. Allí siempre había magia, como si la Bruja Roja acabara de tocar el Gran Tejo.

Cuando era pequeña, Procne pensaba que en lo alto de Kéramos tenían una Bruja Roja y un tejo mágico solo para ellos. Más tarde supo que no, que toda la magia del mundo tenía el mismo origen. Por eso, mientras levantaba la barbilla para mirar las columnas facetadas y las luces que ensombrecían las estrellas, gritaba hasta desgañitarse junto al resto de la multitud.

La guardia llegó cuando ya sentía la garganta en carne viva y el «¡Magia para todos!» solo era un grito ronco. Supieron de su presencia antes de verlos, cuando la primera fila de manifestantes cayó al suelo entre espasmos. Entonces empezó la huida.

Filo tiró de la mano de Procne y descendieron a toda velocidad un par de niveles junto a un buen puñado de manifestantes, todos con miradas llenas de cansancio, hartazgo y sí, aún una chispa de esperanza. En el cuarto nivel, los pasadizos se volvían más tortuosos y las posibilidades de descender eran más reducidas, por lo que se separaron del grupo principal. Giraron a la derecha. Aún había buena visibilidad. Solo algunas viviendas exhibían pequeñas plantas en los alféizares, de esas a las que no les molesta pasar la vida a la sombra, como a sus dueños, pero la mayoría tenía velas; eran monocromáticas y algunas todavía derretían cera, en un intento de presunción que se trocaba en decadencia.

Al doblar una esquina, llegaron los gritos:

—¡Ahí están!

Procne empujó a su amiga para que se agachara y el proyectil de luz pasó sobre sus cabezas. Impactó en una de las figuras de delante, que emitió un aullido agudo sin dejar de correr y se escabulló por un callejón. Filo siguió en línea recta, con la respiración entrecortada y el grupo de gimnetas pisándoles los talones.

—Vamos… a separarnos… —susurró Filo casi sin aliento.

La otra asintió con la cabeza. Las cuerdas vocales no le respondían.

Alcanzaron unas escaleras. Procne descendió y Filo giró a la derecha por una estrechez entre dos viviendas. El nivel tres ya era tan bajo como para que a la guardia no le mereciera la pena perseguirla, pero lo hizo. Quizá habían llegado demasiado lejos, o quizá había demasiado en juego. Faltaban tres días para Navidad y en el nivel inferior ya no quedaba magia. ¿Cuánto debían esconder los superiores para mantener su estatus?

El fulgor de las pocas velas que iluminaban las callejuelas aún conseguía

arrancarle destellos a su melena oscura. En cuanto llegara al nivel dos, sería prácticamente invisible, como toda la gente que vivía allí y más abajo. Buscó con desesperación el siguiente punto de descenso, tratando de ignorar el dolor en las pantorrillas y el pecho. De pronto, una bola de luz le rozó el brazo e hizo que la manga se le prendiera. La apagó con un par de manotazos, pero esa interrupción fue suficiente para que el soldado le diera alcance, agarrándole la ropa. Sin pensárselo dos veces, asió el disparador mágico del gimneta ante la mirada atónita de este.

—¡*Sas kaló*!

La magia que contenía el aparato chisporroteó bajo los ojos desencajados del guardia. No era mucho mayor que Procne, apenas tenía un poco de pelusilla en las mejillas y, desde luego, no esperaba estar persiguiendo a una bruja. Se suponía que servían a la comunidad, que no se rebelaban. Ingenuo.

—Bu —le escupió. Ni siquiera le hizo falta pronunciar un hechizo que diera forma a la nueva magia que ahora atesoraba en la mano. El gimneta se dio la vuelta y salió corriendo. Era difícil ascender en la guardia cuando volvías de una manifestación con el trasero echando humo.

Procne respiró hondo y sintió el pinchazo protestón de todos los músculos. Esperó con el centelleo en la palma y el hechizo en los labios, pero nadie más apareció. Echó un breve vistazo al nivel superior, deseando que su amiga también hubiera conseguido dar esquinazo a la guardia. La buscaría más tarde; primero debía comprobar cómo estaba su madre.

Fue bajando por los niveles con más tranquilidad, entre carraspeos, hasta que consiguió que el hechizo le curara la herida del brazo y regenerara la tela de la camisa. No había llevado ningún recipiente para la magia y no estaba el asunto como para desperdiciarla. Cuando el resplandor de los últimos hilos del hechizo se evaporó por fin, Procne se percató de que no se encontraba en una oscuridad total, como habría sido de esperar en el nivel inferior. La rodeaban paredes oblicuas, donde el encalado formaba burbujas y se había caído en varios puntos, dejando a la vista ladrillos ennegrecidos. No había plantas ni velas ni una mísera decoración: en el nivel inferior no sería Navidad hasta que la Bruja Roja tocara el Gran Tejo y les regalara un nuevo ciclo de magia.

El Gran Tejo aguardaba al doblar la esquina. Era lo único de aquel nivel que el gobierno de Kéramos se molestaba en iluminar: la Plaza de la Encrucijada en cuyo centro se erigía el anciano ejemplar, alto y robusto. Había sido el origen de la ciudad y esta se había desarrollado en torno a él, decenas de años atrás, cuando la primera bruja roja extrajo la magia que albergaba y cambió el mundo.

Procne refunfuñó al encontrarse con el resplandor que se filtraba entre las casas, procedente de la plaza. La magia había cambiado algunas costumbres, había provocado el resurgir de antiguas religiones y había sustituido al resto de fuentes de energía que utilizaban los seres humanos para vivir. Según lo que les

enseñaban en clase, el cambio climático se detuvo gracias a esa explosión sobrenatural que nadie había vaticinado, cuando, en lugar del anciano barbudo que espiaba a los niños durante el año, había sido una mujer con ojos de fuego y un sombrero de ala rojo la que había repartido un regalo inolvidable en la noche más mágica del año.

—Un regalo tan tóxico como el árbol del que procede —susurró Procne mientras contemplaba la majestuosidad del Gran Tejo. Intentaba no ir mucho por allí para evitar que los sentimientos comenzaran a batallar en su interior, como estaba ocurriendo en esos momentos. Al fin y al cabo era una bruja, podía manipular la magia con palabras sin necesidad de artilugios, y le encantaba que eso sucediera. Sin embargo, odiaba todo lo demás, y lo único que deseaba era que el árbol amaneciera un día convertido en tocón y leña.

«¿Qué pasaría entonces con mamá?», se preguntó. Asteria vivía en un bucle infinito en el que necesitaba magia para seguir viviendo y, al mismo tiempo, cada vez que renovaba la magia del mundo, su dolencia crecía y sus fuerzas se agotaban con mayor rapidez, así como la magia que era capaz de extraer del árbol. Ahora solo tenía que aguantar tres días más. ¿Lo conseguiría? Procne se juró que, si no lo hacía, correría lo más lejos que le permitieran sus piernas. No pensaba convertirse en la próxima Bruja Roja ni portar la maldición que regalaban con el puesto.

A no ser…

«A no ser que eso sirva para salvar a mamá».

Clavó los ojos en el tronco arrugado del Gran Tejo y sus rasgos parecieron devolverle la mirada.



Su madre nunca le había explicado cómo extraía la magia del Gran Tejo, pero no perdía nada por probar. Procne podía asumir la maldición si con eso la salvaba, y adelantar tres días la Navidad formaría un revuelo tal que hacía que mereciese aún más la pena el esfuerzo. Además, era el día del solsticio, un momento mucho más adecuado para hacer brujería. También existía la posibilidad, por pequeña que fuera, de que pudiera extraer solo un poco de magia, la necesaria para asegurar que su madre llegara con vida a la renovación del ciclo.

Deseó que Filo estuviese ahí con ella. Recordó su último beso, ya lejano, cuando Procne descubrió que no era amor romántico lo que sentía por su amiga pelirroja y que seguramente no lo sentiría por nadie. Pero un beso le habría venido bien en ese momento, y un abrazo, algo cálido y reconfortante con el olor a miel que destilaba Filo.

Sin embargo, el cuerpo solo le devolvió un escalofrío, y la muchacha se obligó a caminar hacia el Gran Tejo con la excusa de entrar en calor.

Nunca había estado tan cerca. Podía sentir la vibración de la magia en el aire, como un imán que la llamaba para que se aproximara más y más. Miró hacia arriba, a las ramas que se expandían como si su misión en la vida fuera cubrir toda la plaza, una plaza que se elevaba hasta alcanzar el nivel superior, cuyas columnas y capiteles se asomaban desde las alturas, desafiando a las gentes del nivel inferior a llegar hasta ellas. Giró la cabeza hacia los tres caminos que desembocaban en la encrucijada. Todo confluía en aquel punto y nadie parecía estar atestiguando el momento.

Sin pensárselo más, dio un último paso, tocó la madera con la palma y susurró:

—Sas kaló.

Al principio no ocurrió nada. La magia permaneció suspendida en el aire como gotas en la niebla. Procne la percibía, el vello se le había erizado y le chisporroteaba. Tenía sentido que no funcionara, o su madre extraería la magia en cuanto empezara a encontrarse mal.

—Tú eres el recipiente, pero no puedes albergar toda esa magia —dijo una voz procedente del árbol.

Quien hablaba era una mujer que surgió de detrás del tronco y se le acercó. Portaba una antorcha en la mano, que de pronto pareció la única fuente de luz en la plaza. Todo lo demás se había apagado. Procne fue incapaz de distinguir las fachadas de los edificios o el fulgor procedente del nivel superior. Solo estaban la desconocida, el tejo y ella, en un pequeño círculo iluminado por la luz intermitente del fuego.

La muchacha tragó saliva para deshacer, sin éxito, el nudo que se le había instalado en el estómago y observó a la mujer. Llevaba una diadema con una luna creciente que sobresalía de los mechones rizados y un vestido de gasa demasiado ligero para estrenar el invierno. Sus rasgos eran redondeados, su cuerpo, orondo, y su expresión, afable. Procne agachó la cabeza, consciente de ante quién estaba.

—Asteria también hace eso cada vez. Es un poco molesto. ¿Cómo está? Sé que no ha muerto.

—Mamá… está mal. Yo… Solo quería un poco de magia —se atrevió a pedir cuando contuvo los balbuceos—. No nos queda.

La mujer alzó la mirada unos instantes y, cuando volvió a clavar la vista en Procne, se había convertido en alguien totalmente diferente. Los ojos, que antes habían sido de un neutro tono gris, refulgían ahora con un dorado llameante y en la boca se le esculpió una mueca grotesca.

—Ya le dije a Asteria que esto pasaría. ¿Tomarás tú una decisión diferente?

—¿Qué…? ¿Qué decisión?

—No te ha contado nada.

Procne quiso saber qué se suponía que debería haberle contado su madre, pero entonces el rostro de la mujer volvió a mutar: las comisuras de la boca

descendieron, los ojos se anegaron y se tornaron turquesas como el mar.

—Siempre ha sido una carga para ella, pero ahora ya puedes valerte por ti misma. No te deja desamparada.

—Solo quiero salvarla —murmuró con la boca seca.

—Oh, pero no puedes hacer eso —le contestó tras regresar al primer rostro—. Ella eligió no salvarse. Después de todos estos años, dudo que cambie de opinión. Lleva demasiado mal en su interior.

—¿Sabes qué le pasa?

—Claro que lo sé, ¿por quién me tomas? —Volvió la segunda expresión. ¿Era de ironía? ¿Enfado? Procne no habría sabido decirlo—. Soy yo la que le da la magia del tejo, *toda* la magia, para un año. Pero Asteria decide quedarse con una parte. Ahí no puedo intervenir. Las humanas sois complicadas.

—¿Mamá se queda…? Si no puede hacer nada de magia. Me ha enseñado hechizos, pero ella nunca los hace.

—Me preocuparía si los hiciera. No se juega con la magia mortal.

—¿Magia… mortal?

Procne se apoyó contra el tronco, en un esfuerzo por mantenerse atenta a las palabras de su interlocutora sin caerse.

—Asteria debería habértelo explicado. El Gran Tejo concede dos tipos de magia para mantener el equilibrio —explicó no sin cierto hastío—. La que da vida a las cosas, la que hace que se muevan, vibren, cambien. Y luego está la que trae muerte, enfermedades… el fin, en resumidas cuentas. Las humanas tenéis una relación extraña con la muerte. Y Asteria decidió quedársela toda para ella. Ella y todas las demás. La pregunta es: ¿harás tú lo mismo? Me planteo seriamente si no sería mejor entregarle el don a otra familia, antes de que el desequilibrio acabe destruyéndolo todo.

Procne, ahora sí, se dejó caer. No sabía si estaba entendiendo bien lo que la mujer le contaba. Las palabras tenían sentido; sus implicaciones, ya no tanto.

—Lo que en realidad estás diciendo es que… ¿mi madre, o sea, las brujas rojas han preferido morir torturadas que dejar que la magia siga su curso?

—Lo has entendido antes que Asteria, eso te lo reconozco. Ahora es cuestión de saber qué vas a hacer tú.

—¿Yo? Pues no lo sé. Pensaba que sería…

La mujer volvió al rostro amable, si bien sus palabras no lo fueron:

—¿Más fácil? No te sientas mal, os pasa a todas la primera vez.

—Pero ¿quién moriría? —La bruja lo dijo sin pensar, aunque, una vez formulada, le pareció una pregunta importante.

—¿Todo el mundo? ¡No! ¡No pongas esa cara! —respondió el rostro afligido ante el pánico de Procne—. Quería decir que todo el mundo acaba muriendo. Y la magia debe tener un coste para que no se abuse de ella, como todo. Su precio es más inmediato que el de quemar petróleo como si no hubiera un mañana, si

bien es cierto que ese coste no supone acabar con el mundo a largo plazo. ¿Eso te consuela?

—No, yo…

Ni siquiera tenía muy claro qué había escuchado. Albergaba la esperanza de que, al pronunciar el hechizo, el Gran Tejo la hubiera mandado al otro lado de la plaza y aquello solo fuera una pesadilla en su estado de inconsciencia.

—Necesito pensarlo. —Es todo lo que podía decir.

La cara amable le sonrió a la luz de la antorcha.

—Lo entiendo. Al fin y al cabo, has venido tres días antes de lo habitual. Ya es más de lo que hicieron las anteriores. Vuelve cuando lo tengas claro.

Sopló y el mundo se quedó a oscuras.



Por mucho que parpadeara, Procne no conseguía deshacerse de la neblina que le encharcaba la vista y los pensamientos. Se alejó de la plaza con paso inseguro, más fruto de la inercia que del raciocinio. La luz que rodeaba al Gran Tejo se fue fundiendo con la oscuridad del nivel inferior de Kéramos; aun así, los ojos de la bruja lo percibían todo distorsionado, turbio, como si una capa más se hubiera añadido a la realidad que ya conocía.

Llegó a casa, comprobó que no había cambios en el estado de Asteria, le dio una nueva dosis de poción y se fue a la cama.

No pegó ojo.

A ratos se le aparecía de nuevo la mujer de tres caras, otros sentía la textura de la madera del tejo entre los dedos, se giraba y apenas conseguía distinguir el colchón donde yacía su madre, a escasos metros de distancia. Tenía que preguntarle muchas cosas, pero no quería agotarla todavía más. ¿Qué le preguntaría? ¿Si lo que había visto era real? ¿Si lo que le había dicho aquella figura divina era cierto? Y, si lo era, ¿por qué había tomado esa decisión?

Cuando se acercaba a comprender las razones de Asteria, la rabia le bullía en el estómago. Procne había pasado la mitad de su vida cuidando de ella. De las dos. Ahora tenía dieciséis años y sentía que le habían robado. Que su infancia y su adolescencia podrían haber sido totalmente diferentes. Quizá seguirían quedándose sin magia a final de ciclo, por mucho que solo encendieran la estufa en las noches más frías, por muchas velas que encendieran y dejaran la magia para las urgencias. Pero habría tenido a su madre, y eso habría marcado la diferencia.

Procne hizo una bola con las mantas, se las puso sobre el estómago y las abrazó. No sustituían a Filo en absoluto, pero eran mejor que nada.

El amanecer la pilló con los ojos abiertos mirando al techo y los pies igual de fríos que cuando llegó a casa.

El desayuno fue frugal: una taza de té frío que había infusionado una semana atrás en previsión de la escasez de magia y un par de lonchas de queso. Estaba metiendo el calderete y un par de cazos en una bolsa para llevarlos al lavadero cuando llamaron a la puerta.

—Menuda cara de muerta tienes. ¿Llegaste bien anoche? —le preguntó Filo nada más verla—. No estabas cuando vine a buscarte y me volví a casa. Te estuve esperando hasta que me quedé dormida.

—Lo… lo siento —murmuró mientras se hacía a un lado para dejarla pasar. Lo había pensado mientras huía de los gimnetas, pero luego se le olvidó por completo por qué había ido hasta la Encrucijada en primer lugar.

—Bueno, lo importante es que estés bien, pero necesitamos algún tipo de alerta por si acaso.

Filo cerró la puerta y la abrazó. Procne no supo de dónde procedía la desesperación que emanaba de aquel contacto, pero se entregó a él por completo. Tanto, que apenas pudo retener el aguacero de lágrimas.

—Oye, pero tú no estás bien. ¿Qué ha pasado? Siéntate. ¿Es tu madre?

—Sí, bueno —dijo con voz ronca. Carraspeó un par de veces, aunque eso solo le provocó escozor en la garganta—, no. No la he despertado todavía. No es eso. Es que…

El rostro de Procne se perdió entre los gruesos mechones de su melena negra y las manos blancas de Filo lo rescataron de las sombras.

—Si alguien te ha tocado, te juro que…

—No, no es eso. No es eso. O sea, me dieron, pero me curé y está bien. Es… —Se rascó con fuerza el costado—. Estuve a punto de despertar al Gran Tejo.

—Despertar al… —La joven pelirroja abrió mucho los ojos—. Eso habría sido un puntazo final para la manifestación. ¡Adelantar la Navidad! Jaque mate clasistas derrochadores. ¡Magia para todos! —Procne hipó en respuesta al entusiasmo de su amiga, que se había puesto a hacer gestos de artes marciales. Filo se enderezó en un momento y eso desencadenó más hipidos. No estaba hecha para reír y llorar a la vez—. Lo siento, me he dejado llevar. ¿Por qué solo «a punto»?

La bruja la condujo hasta su colchón y se lo contó todo; estrujó sus recuerdos para acercarse al máximo a las palabras de la aparición. Necesitaba filtrarlo lo menos posible para que Filo pudiera darle una respuesta sincera que no estuviese manchada por su propia preocupación.

—¡Alucina! Normal que te haya sobrepasado la situación. —Filo envolvió los hombros de Procne con un brazo y la estrechó con fuerza. Consiguió que dejara de rascarse la pierna como si fuera a arrancarse la piel—. Si te lo dijo tal que así, no parece tan malo, pero si tu madre y sus predecesoras no eligieron ese camino…

—Huele mal.

—A pis de nivel ocho.

—¡Filo!

—¿Qué? ¿Tú sabes cuánto tiene que recorrer desde ahí arriba hasta llegar al alcantarillado? Es imposible que huela mejor que el mío.

Procne le dio un cachete suave en el brazo.

—Tú sí que eres imposible. ¡Esto es serio!

—¡Y por eso intento hacerte reír! O se te quedará esa mueca triste en la cara.

La bruja bufó.

—Centrémonos, por favor. ¿Qué hago?

Filo giró la cara hacia el otro colchón bajo la ventana. Asteria no se había movido un ápice. Contó varios segundos hasta que vio el pecho de la mujer ascender con pesadez. Expiró con cierto alivio.

—Imagino que no has hablado con tu madre —le dijo a Procne mientras le apretaba las manos.

—No ha abierto los ojos. No sé si estará en condiciones. Tiene que guardar sus últimas fuerzas para llegar hasta el Gran Tejo.

—Pero si tú te adelantas no las necesitará, ¿no?

La joven se rascó la barbilla y fue ascendiendo hasta el cogote. Dioses antiguos, le picaba todo.

—¿Y si hago que muera todo el mundo? Así, de golpe. ¿Cómo vivo con eso?

—No tiene por qué morir todo el mundo, ¿no? Por lo que has contado, entiendo que es algo así como trabajar y que te duela la espalda. A nadie le gusta que le duela, pero es un aviso para que no se te rompa de golpe. Hay gente abusando del uso de la magia porque no le duele nada, mientras los demás nos rompemos cada día más.

—¿Entonces crees que debería hacerlo? No quiero quedarme como mamá, pero tampoco… —En los ojos de Procne se leía la súplica, pero ni siquiera ella tenía claro cuál era su petición.

—Por suerte o por desgracia yo no tengo esa responsabilidad, cielo. —Filo le apartó un par de mechones del rostro y se los colocó tras una oreja—. Ayer te la jugaste pidiendo un reparto más equitativo de la magia. Quizá esta sea la respuesta.

—¿Y si sale mal?

—Yo estaré contigo, por muchas sillas y mesas que se queden vacías. Esto es la revolución.



Por primera vez desde que se conocían, hablar con Filo no disminuyó la ansiedad de Procne. Habría sido mucho más sencillo si su amiga le hubiera dicho que no, que si su madre no había elegido ese camino tendría sus razones. Pero siempre es

más fácil dar media vuelta que cruzar un río a nado, desnuda y en invierno. Filo no tenía miedo porque toda ella era fuego; su ánimo y su valentía derretían todo a su alrededor; su fuerza evitaba que la corriente la arrastrase.

Procne se dio cuenta de que durante mucho tiempo había seguido su estela y que solo en contadas situaciones había elegido un camino alternativo, una vez hubo confirmado que la senda no estaba hecha para ella. Como cuando estuvieron saliendo un tiempo y comprobó que sus amores no tenían nada que ver. O la noche anterior, cuando acordaron que era mejor separarse para dar esquinazo a los gimnetas.

Sin embargo, en aquella ocasión ella era la pionera. Filo sería su apoyo nada más, eligiera lo que eligiese; Procne era la guía. Y eso lo volvía todo aún más terrorífico.

Cuando su amiga se fue, Procne terminó de limpiar los cacharros y ordenó el salón. Decían que tener el espacio despejado ayudaba a pensar y a tomar decisiones; si había algo de magia en ello, allí no quedaba nada. Cuando terminó de recogerlo todo, seguía igual de confusa que al principio.

Y solo le quedó Asteria.

Preparó un desayuno especial: sacó las galletas que repartían cada año a todos los ciudadanos y que ella guardaba para la víspera de Navidad, y las colocó en el plato junto a la taza de té frío. Mezcló la poción en la bebida; echó dos dosis, a sabiendas de los riesgos que asumía con ello. No durarían hasta Navidad. Pero necesitaba a su madre lo más despejada posible y aquella era la única vía.

La mujer se removió un poco mientras la incorporaba y añadía cojines tras la espalda.

—Vamos, dormilona, ya está bien entrada la mañana y ni has desayunado.

El dolor cruzaba el rostro de Asteria y profundizaba sus arrugas. Parpadeó dos veces, aunque apenas abrió los ojos. Procne desmenuzó un trozo de galleta sobre una cuchara, que acercó con paciencia a los labios entreabiertos de su madre.

—Sé que deberían ser para mañana, pero creo que hoy también necesitas fuerzas. Además, este año las han traído con chocolate.

Asteria aceptó la cucharada y luego le dio un trago al té que le ofrecía su hija. Durante el desayuno, Procne le habló de la luz cegadora de los niveles altos y de la humilde decoración de los niveles intermedios, con sus velas y plantas festivas.

—Mientras gritábamos, alguien activó un hechizo musical y empezaron a sonar campanillas y cascabeles. Luego te aplauden y te ponen una alfombra roja, aunque el resto del año te pudres aquí abajo. ¿Cómo lo aguantas?

Su madre le sostuvo la mirada durante unos segundos. La poción iba surtiendo efecto, la expresión de dolor se suavizaba. Procne quería esperar hasta que se despejara del todo para sacar el gran tema.

—Siempre me has dicho que con la llegada de la magia cambiaron muchas

cosas. Y quizá lo hicieron, hace tiempo. Pero ahora mismo la gente enferma y se muere en los callejones de los niveles inferiores de esta ciudad y a la mayoría solo le importa cuatro días al año, y solo porque tú les das magia. Y, aun así, lo venden como si tú fueras una más del teatrillo que tienen montado. Yo… No quiero ser parte de eso.

—Cuando te toque… —Asteria consiguió farfullar algunas palabras entre toses—, elegirás lo que quieras ser.

—¿Y si lo tengo que decidir ya? —tanteó.

—No. No tienes porqué.

—¿Crees que vas a poder? Mírate. Cada año es peor.

—Aguantaré.

—¿Por qué? Puedo hacerlo yo. Cuando pasado mañana vengan los gimnetas, les diré que me lleven a mí.

—No. Iré yo. Aún eres muy joven. Es mi responsabilidad.

Asteria había dicho suficientes palabras seguidas sin ahogarse ni detenerse. Parecía que el momento había llegado.

—¿Muy joven para qué? ¿Para quedarme con la magia mortal, esa que te está consumiendo por dentro?

Las cuencas de los ojos se hundieron más en el cráneo de la mujer, y el cuerpo se le contrajo como si lo hubieran atravesado de lado a lado. La piel empalideció aún más. Un escalofrío recorrió la espalda de Procne y hasta le pareció percibir un leve olor a cadáver. Las náuseas le ascendieron a la garganta, pero se las tragó para seguir presionando. No pudo hacer lo mismo con las lágrimas.

—No me mires así. ¿Pensabas que me iba a quedar de brazos cruzados mientras te veía morirte? ¿Por qué nunca me has dicho nada?

—No era el momento.

—¿Y cuándo iba a ser? ¿Cuando desaparecieras y me quedara sola, como he estado todos estos años?

Asteria no contestó. Apretó los labios hasta que quedaron lívidos y contuvo el aliento. Las lágrimas se derramaron, hasta empapar la almohada y la melena plateada. Procne se levantó para evitar ponerse a gritar. Entendía que su madre necesitaba tiempo, pero también sabía que este se agotaba, con esa sabiduría que solo posee quien ha vivido tres generaciones. Se sentía mayor.

—Lo siento —murmuró la mujer cuando la joven se hallaba de espaldas. Procne se giró para mirarla sin acercarse—. Tienes razón, debería… Yo hice igual que tú con tu abuela y pensé que podría hacerlo mejor, que aguantaría más.

—¿Aguantar el qué? ¿Tan malo es si eliges repartir *toda* la magia?

—Nadie lo sabe. —Asteria apoyó la mano en el colchón para intentar incorporarse del todo y un graznido de dolor le surgió del pecho. Procne se apresuró a ayudarla y se sentó junto a ella. Por primera vez en semanas, las

miradas de ambas quedaron a la misma altura—. Desde que la primera Bruja Roja desencadenó la magia, todas nos hemos guardado esa parte peligrosa.

—Pero ¿por qué? No lo entiendo, mamá.

—Nadie sabe qué pasaría. Suena a abrir la caja de Pandora. Podría no ser nada o podría cambiarlo todo.

—¿Y no crees que hace falta cambiarlo todo?

Asteria buscó las manos de su hija y les dio un suave apretón.

—Mi pequeña revolucionaria, por eso no quería decirte nada. Eres joven y estás llena de rabia.

—¿Y cómo no voy a estarlo? ¡Mira cómo estamos!

—Escúchame. —La mujer bajó la voz para obligar a Procne a acercar el oído hasta sus labios—. Es peligroso que todo el mundo conozca la identidad de la Bruja Roja. Por eso vivimos aquí, por eso no tenemos ese reconocimiento que tanto deseas.

—No lo entiendes. No es cuestión de reconocimiento. ¡Es de dignidad! ¿Crees que los vecinos no se están muriendo en sus camas? El cambio es necesario.

—Pero no sabes cuántas muertes va a acarrear realmente. Esa fue mi elección. No cargar con ellas. Darle otra oportunidad al mundo, como llevamos haciendo desde hace siglos. ¿Crees que soy una cobarde por ello?

Procne le sostuvo la mirada a su madre. Toda ella parecía más un fantasma que un cuerpo real, pero los ojos vibraban con fuego. La llama de los suyos se apagó poco a poco, conforme la empatía se abrió paso a través de la rabia.

—No, no creo que lo seas.

Asteria esbozó una sonrisa que más bien pareció un espejismo.

—¿Podrás perdonarme? —vocalizó con el rostro anegado de lágrimas.

La joven asintió mientras sorbía por la nariz. Luego se echó a los brazos de su madre y dejó que el llanto la arrollara.



Procne solía pasar la víspera de Navidad pensando en la magia, en el renacer. Aquella vez, sin embargo, su mente rondaba la muerte como si fuera un pozo de aguas hipnóticas. A ratos se sentía caer, caer y caer, atrapada entre las dudas y el miedo.

Su madre había conseguido darle nombre a ese terror que había surgido en sus entrañas tras el encuentro bajo el Gran Tejo. Conocerlo no le había ayudado a combatirlo. No creía que estuviese preparada para asumir las consecuencias de liberar toda la magia; tampoco lo estaba para acabar como Asteria. Así pues, ¿cuál era la respuesta correcta? ¿Con qué decisión podría vivir mejor?

La última Bruja Roja le había dicho que lo sabría cuando llegara el momento, y que para eso aún faltaba mucho.

Se equivocaba.

Pasaron la noche comiendo el resto de las galletas y bebiendo té caliente gracias a las últimas gotas de magia que había reservado. Encendieron la velita de la vigilia, que solo prendían esa noche al año. Procne lo llamaba «tirar la casa por la ventana», aunque, en aquella ocasión, el evento fue de todo menos festivo. El peso oscuro que anidaba en su alma también se había adueñado de la casa. Asteria ni siquiera pudo moverse. Hacía demasiadas horas de la última dosis de poción. La velada transcurrió en silencio, ambas abrazadas en la misma cama, y las canciones que entonaban todos los años ni siquiera se asomaron a sus recuerdos.

Con el primer rayo de sol, Procne notó un espasmo bajo el cuerpo. Su madre la miraba con ojos vidriosos. La joven abrió los labios para preguntar. No tuvo tiempo. El último aliento se evaporó de entre los labios de Asteria y el colchón se hundió bajo la nueva carga que cubrió los hombros de la bruja.

Tragó saliva y no se movió. Permaneció así horas o minutos, memorizando el rostro tranquilo y libre de dolor de la mujer que la había visto crecer y que se había quedado postrada en cama demasiado pronto. No recordaba verla con una expresión tan calmada, casi feliz. Había oído a gente decir que preferían recordar a sus seres queridos con vida, pero Procne se empapó de la paz que respiraba su madre en la muerte, como si aquel debiera haber sido siempre el estado de las cosas, en lugar de la agonía que había soportado. Aunque le dolía su marcha, no podía llorar; esa extraña felicidad la llenaba de alivio.

En algún momento decidió levantarse y preparar a su madre antes de la incineración, para que el fuego se llevara todo lo que había acumulado en su interior. Buscaría su túnica de Bruja Roja y su sombrero, la lavaría y la cambiaría y luego le pediría a Filo que la ayudara a trasladarla al bosque. Recogió las sobras de la noche anterior y fue hasta el baúl.

En ese instante llamaron a la puerta.

Con movimientos mecánicos, Procne regresó sobre sus pasos hasta la entrada y abrió la hoja. No pudo ocultar la sorpresa cuando vio a un hombre y una mujer con la faldilla y la capa de lana de los gimnetas plantados en el umbral.

—Hemos venido a por la Bruja Roja.

De golpe, la joven recordó qué día era. Junto al recuerdo también bulló la ira.

—La Bruja Roja no está —les dijo mientras cerraba la puerta.

Una mano se interpuso.

—¿A qué te refieres con «no está»? —respondió la mujer, empujando. Procne colocó el pie por detrás para impedir su entrada—. Es Navidad. En una hora es la ceremonia del renacimiento.

—Bien, pues buscaos a otra para hacer el paripé. La Bruja Roja no está —repitió dando un empellón.

—Eres su hija, ¿verdad? —señaló el hombre con un tono chirriante que hizo

que a Procne le dieran ganas de freírlo en el portal—. Te recuerdo del año pasado. Has crecido un poco.

—En cambio, apuesto a que tú sigues siendo igual de idiota —soltó casi sin darse cuenta. Se sintió bien, como si el espíritu de Filo la hubiera poseído—. He dicho que La Bruja Roja no está. Id a buscar la magia de la Navidad en otra parte.

Intentó cerrar con más fuerza, pero él lanzó una patada y la puerta rebotó. La mujer aprovechó para empujar la hoja y el golpe en la nariz tiró a Procne hacia atrás.

—Yo creo que sí está. Si no está la anterior, te tocará a ti.

—¡La Bruja Roja ha muerto! —gritó desde el suelo—. ¡Ya no quedan más!

—Eso lo veremos —amenazó el gimneta. Entró y la agarró del brazo, y su compañera hizo lo mismo. Procne se resistió, pero no podía hacer nada contra los guardias. La izaron y, al girarse, la mujer distinguió la figura inmóvil de Asteria sobre el colchón.

—Pues parece que dice la verdad.

—¡Ni la mires! ¡No la nombres! ¡Dejadnos en paz!

—Lo siento, niña, pero son órdenes de arriba. Piensa que con la magia que liberes podrás darle un entierro digno y te sentirás mejor.

Procne gritó con todas sus fuerzas, y siguió pataleando y deteniéndose tan solo para recuperar el aliento y reunir fuerzas suficientes para retorcerse de nuevo. Durante el trayecto, el vecindario del nivel inferior se fue asomando a las puertas y ventanas maltrechas. Su madre le había dicho que fuera discreta, pero en ese momento le dio igual. Debería estar con ella y no de camino al espectáculo más hipócrita del año.

—¡Asesinos! ¡Vosotros la habéis matado! ¡Habéis matado a la Bruja Roja! ¡Habéis matado a la Bruja Roja!

Aulló hasta quedarse sin voz, hasta que consiguió que todo el mundo saliera de sus casas y fueran tras ellos, en dirección al Gran Tejo.

Cuando la Encrucijada se llenó en todos los niveles, a Procne ya no le quedaban cuerdas vocales para vociferar ni energía para resistirse. Los gimnetas que habían ido a su casa aún la sostenían. Le habían colocado una capa de lana que la cubría del cuello hasta los pies y arrastraba por el suelo, toda roja con ribetes blancos. También un sombrero, que ocultaba el caos que era su melena y el fuego que le ardía en los ojos. A vista de todo el mundo, era la Bruja Roja, alguien sin nombre ni rostro y, por tanto, sin identidad ni vida ni nada con lo que empatizar. Solo estaban allí para verla pronunciar unas palabras y que el Gran Tejo refulgiese y la magia se pasease entre ellos de nuevo y se expandiera por todas las canalizaciones de Kéramos. Y, una vez eso tuviera lugar, lo que sucediera con ella les traía sin cuidado.

Sin embargo, a la Bruja Roja le habían roto la voz y, aunque la hubiera tenido, se negaba a usarla. Solo Filo la había ayudado en toda su vida. El resto se

había dedicado a sobrevivir como podía, lo cual había comprendido y aceptado hasta que permitieron que la llevaran hasta allí a rastras sin mover ni un dedo. Pues ella tampoco lo movería. La humanidad había vivido sin magia durante milenios, podría hacerlo de nuevo. Que se apañaran.

En las alturas, una voz grave llovió procedente de los altavoces. Como una divinidad, la voz de la gobernadora descendió desde el nivel celestial, apenas visible desde abajo, y empapó las balconadas y la plaza. Procne era consciente de que había mucha más gente reunida de la que podía percibir, visitantes de otras ciudades, algunas muy lejanas, que deseaban ver el milagro con sus propios ojos.

Y, mientras esperaban, el cadáver de Asteria se pudría sobre el colchón, con los restos de treinta años de magia mortal pugnando por salir al mundo.

—¡Feliz Navidad, keramistas y visitantes! Como cada año en estas fechas, recordamos la venida de una nueva luz, renovamos la magia que nos hace capaces de conseguir imposibles, un regalo de la tierra para transformar el mundo y convertirlo en un hogar más limpio y habitable. ¡Ya está todo listo! La Bruja Roja está preparada. No os hacemos esperar más. Alzad vuestros cantos para recibir el milagro.

Todas las bocas se abrieron y entonaron el himno. El estómago de Procne se contrajo con el agudo de cada campanilla, las venas le ardían bajo la presión de la ira contenida. Los gimnetas la empujaron hacia el árbol y, con el movimiento, ya no pudo contener más la bilis que le bullía en las entrañas. Se dobló sobre la cintura sin que ninguno de los guardias pudiera detenerla y vomitó a los pies del Gran Tejo.

«Ha sido poético», murmuraba la voz de Filo en su cabeza. Cuánto deseaba que estuviese junto a ella en esos momentos.

La plaza enmudeció en todas sus dimensiones y luego se llenó de murmullos y gritos ahogados. Procne terminó de escupir y se limpió la boca con la capa.

—¡Oh! ¡Oh! Mil perdones, buenas gentes. —Se oyó de nuevo esa voz omnipresente que abarcaba todos los niveles. Sonaba menos segura y Procne se anotó un punto por ello—. Este año tenemos bruja nueva y está un poco nerviosa. Démosle un fuerte aplauso para animarla.

Las palmadas resonaron en la Encrucijada. Acallaron pronto, en cuando vieron que la bruja novata no hacía ningún ademán de moverse y ni siquiera miraba hacia el Gran Tejo.

El gimneta se acercó y la sacudió del brazo.

—¿Qué haces? ¡Vamos!

—¡Tócalo, Bruja Roja! —vociferó alguien entre el público.

—¡Danos la magia! —gritaron más allá.

Al principio sonaban como peticiones razonables, sin embargo, conforme pasaban los segundos sin que la joven reaccionara, se tornaron más y más agresivas. Procne fue consciente del peligro, pero le dio igual. No había más

brujas rojas a la vista. Si querían magia, no podrían tocarla.

—¡Ey, esta chica es su novia! —bramó alguien por encima del resto.

El corazón se le desbocó. Miró hacia el origen del sonido para ver cómo la multitud se abría y dejaba pasar a una mujer andrajosa y de espalda erguida, que le retorcía el brazo a Filo mientras la arrastraba hacia el centro de la plaza.

—Si no nos da la magia —dijo la mujer—, podemos quedarnos con las cosas de ambas. ¡Sé dónde viven!

—Podríamos empezar por esas botas, por ejemplo.

Procne dio un paso hacia delante. Sus ojos se clavaron en los de Filo, a los que nunca había visto albergar tanto terror. Su amiga no podía decirle qué debía hacer y ella se sentía totalmente perdida.

La multitud esperó unos segundos y, ante su falta de reacción, se cernió sobre Filo como una bandada de buitres. La agarraron para que no escapara y la arrojaron al suelo. Procne levantó la mano e intentó atraer la magia.

—¡*Sas kaló*!

Pero no quedaba ni una gota en el aire que pudiera transformar en un hechizo. Un aullido de su amiga se elevó por encima de las risas y las amenazas. La vio dar patadas al aire, intentando alejar a la gente; no le serviría de mucho.

—¡Que nos dé la magia! —jalearon desde arriba.

—¡La magia o la novia!

La Bruja Roja no aguantó más y, con un grito silencioso, tocó el árbol y pronunció el hechizo.



Había esperado que una gran ola de oscuridad sacudiera Kéramos y que la multitud al completo cayera desfallecida sobre los adoquines de la plaza y los suelos pulidos de los balcones.

Por el contrario, la magia bailoteó en el aire, hizo cabriolas como un animalillo y se esparció como la nieve en una ventisca. Sonaron distintas melodías en varios puntos, acompañando aquel baile al que la gente se fue sumando con vítores y rimas. Empezaron a formar corrillos en torno a brujos de otros colores, que aprovecharon la magia flotante para hacer hechizos sencillos y luminosos. Los niños miraban con embeleso, se reían y alzaban las manitas, ansiando alcanzar aquel regalo precioso extraído del Gran Tejo.

Procne no quiso mirar. Temía que de repente las carnes se deshicieran y solo quedaran las túnicas verdes y violetas y rosadas. Que las risas se tornaran en gritos de terror y que todo el mundo se volviera hacia ella por romper una norma jamás escrita.

Tenía que desaparecer.

Corrió hacia su amiga, que ya se había levantado y se sacudía la ropa y las

manos. La abrazó con fuerza, como si quisiera fundirse con ella. Filo le devolvió el abrazo, un poco tembloroso al principio, pero cálido y firme al final.

—¿Estás bien, Proc?

—Mamá… Mamá ha muerto. Necesito que te encargues de ella.

—¿Que qué? —La pelirroja se apartó para mirarla a los ojos bajo el ala del sombrero—. Espera, espera. ¿Y qué pasa contigo?

—Tengo que irme. No puedo quedarme aquí.

—¿Cómo que no…?

—Lo he hecho —la interrumpió—. He dejado ir todo. No… no sé qué va a pasar. No lo sé. No sé si quiero saberlo.

Procne rompió a llorar y Filo volvió a estrecharla entre los brazos.

—Todo va a salir bien. —Le tarareó al oído una melodía inventada hasta que notó que su respiración se acompasaba—. Voy contigo.

—No. No. ¿Y qué pasa con tu vida aquí? Tus estudios, tu familia, tu…

—Son mis problemas, ya me encargaré de ellos.

—Pero…

—Proc, escúchame —le rogó. Le dio una ligera sacudida y la obligó a mirarla a los ojos—. Casi me… no sé. No sé qué iban a hacerme. Pero ni cuando los gimnetas aparecen en las manifestaciones he pasado tanto miedo. ¿Qué ocurrirá si todo sale mal y quieren vengarse? Yo no puedo manejar la magia, no…

La bruja vio cómo su amiga, que siempre se había mantenido altiva y segura, se hacía pequeñita ante ella. El último trozo de alma que aún no se le había roto se le partió en mil pedazos al ser consciente del peligro al que había expuesto a Filo por no hacer caso del consejo de su madre.

—Lo siento mucho, yo…

De pronto, se encontró con un dedo sobre los labios y los brazos de Filo rodeándola de nuevo.

—Vámonos de aquí, por favor —le suplicó.

Y, tras unas palabras que nadie más llegó a escuchar y un estallido del que nadie se percató, las dos desaparecieron sin dejar rastro.



Era un día de magia ardiente, en el que esta fluía como el viento por las tres calles que partían de la plaza de la Encrucijada, se expandía por los pasadizos y puentes de Kéramos y se esparcía más allá de la ciudad. Había magia suficiente para hundirla, para cambiarlo todo y empezar de cero, pero una parte de Procne sentía que merecía tener otra oportunidad. Se la había concedido su madre, y muchas brujas antes que ella; había roto con todo lo demás, ¿qué menos que mantener eso? Quizá al anochecer todos estuvieran muertos igualmente, o quizás poco a poco esa nueva magia les ayudaría a mejorar. Fuera como fuese,

ahora quedaba en sus manos. Ella ya se las había manchado suficiente.

Utilizó el poder que la envolvía para empacar sus escasas pertenencias en la distancia y transportarlas a las afueras antes de provocar un incendio. No pensaba dejar que su madre se pudriera hasta que la magia mortal se liberara de su cadáver. Se merecía algo mejor en la muerte de lo que tuvo en vida.

—Quizá así la encuentren y, no sé. Reflexionen, al menos. —Suspiró—. ¿Por qué soy tan ingenua?

—No eres ingenua, cielo. Solo tienes esperanza. Míralo por el lado bueno, quizá acabe habiendo magia para todos de verdad.

Filo la abrazó mientras contemplaban las olas resplandecientes de la magia bajo el sol del mediodía, el contorno luminoso del que había sido su hogar, sin atreverse ninguna a darle la espalda. Un humo denso surgió de uno de los laterales y se elevó hasta el Puente Mayor; no llegaron a ver las llamas. Las lágrimas resbalaban en silencio por sus mejillas. El dolor y el miedo que habían permeado en la piel de ambas brotaban con la humedad, pero estaban dejando poso. Procne lo advirtió en el rostro de su amiga cuando se giró hacia ella y le pareció ver algo que antes no estaba, algo que solo recordaba haber percibido en la profundidad de los ojos de su madre. Y supo, con una certeza que nunca antes había tenido, que, para bien o para mal, el mundo ya no volvería a ser el mismo.

La sangre de la ondina

Rocío Vega



ROCÍO VEGA

Rocío Vega (Castro-Urdiales, 1990) es técnico superior de Realización de Espectáculos Audiovisuales y técnico en Cocina y Gastronomía.

En 2015 inició su carrera de escritora de fantasía y ciencia ficción y desde entonces ha escrito relatos, novelettes, obras de teatro, guiones de cortometraje, cómic y novelas.

Ganó varios premios literarios en su instituto, el premio de relato histórico de la Universidad de Cantabria en 2006 y 2008 (con mención del jurado en 2007), el premio de relato corto Gabino Teira en 2011 así como los premios Ignotus en 2019 a mejor antología (*La Compañía Amable)* y mejor cuento (*Por una amiga*).

Entre sus obras destaca la serie de novelas cortas *Horizonte Rojo* (Editorial Café con leche) y la serie de *La Compañía Amable* (Editorial Cerbero).

Enesti supo que estaba en problemas durante la llegada de la dama Ferael, cuyo tocado de cristal bañaba de reflejos el vestíbulo del palacio. Las lágrimas de hielo que pendían de los candelabros tomaban esos reflejos y los refractaban mil veces. Pura belleza y dolor. Destellos irisados salpicaban paredes, muebles, nobles y criados, y obligaban a apartar la mirada a quienes los tuvieran. Hasta Enesti, a quien Urrik había convidado a seguirlo a un pasillo anexo para hablar con discreción, hubo de cubrirse la cara con el abanico, a falta de mano opaca.

—Mi queridísima ninfa —le dijo el cortesano empujándose las lentes pico arriba—, me encontraba yo revisando la lista de invitados con la única idea de adelantarnos para acomodar a las personalidades más exigentes cuando, entre los nombres, he descubierto una calamidad.

La voz de Urrik sonaba calma, con una gota leve de urgencia, pero las plumas del cogote se le habían tensado tanto que parecía que se hubiera peinado una cresta. Aunque el invierno ralentizaba los humores de las gentes del agua, en el pecho de Enesti se produjo un deshielo inmediato.

—¿A qué os referís? —preguntó con voz temblorosa—. ¿Cuál es ese desastre?

—Uno que sin duda se debe a vuestra inexperiencia, dulce Enesti, y sin embargo os pone a vos y a toda la corte en peligro. —Urrik hizo aparecer de entre los pliegues de su chaqué una pizarrita de cera, la herramienta que se usaba en la corte para escribir con un punzón, dada la incompatibilidad de la humedad con el papel—. Mirad aquí, de vuestro puño y letra: habéis invitado a Rade, la dríade.

El estómago de la ondina se agitó como un banco de pececillos.

—Así es —respondió en apenas un susurro—. Lo consulté previamente: su arboleda tributa al ducado desde tiempos inmemoriales y es una dignataria bien considerada. Muchos acuden a ella en busca de sabiduría, incluso el Duque Diraón y sus ascendientes.

—Bien conocida es la amistad de la dríade con el ducado, sí.

—¿Cuál ha sido mi fallo, entonces?

Urrik señaló otro nombre con una pluma colorada.

—Aquí abajo, dulce Enesti. Anande, la Princesa Vampiro.

Desde el vestíbulo llegó otro clamor de trompeta y el anuncio de más invitados. Esta vez se trataba de Blauco, señor de Colinaviva, que Enesti imaginó seguido de sus hijos de hierba. En su investigación al confeccionar la lista de asistentes, había descubierto que estaban en edad de comprometerse y muy cotizados, pues el viejo Blauco no tardaría en marchitarse y Colinaviva era una tierra fértil y extensa. Invitarlos había sido la decisión evidente, y el propio

Urrik, que supervisaba sus preparativos como antiguo senescal, la había felicitado por ello.

Enesti parpadeó, confusa.

—¿Acaso no firmaron la Princesa y el Duque un tratado de paz hace ya seis años? ¿No son dos sobrinos de Diraón pupilos de Anande?

—Sí, es cierto.

—¿No habría sido una terrible falta de etiqueta no invitarla al baile del solsticio, Urrik?

—Lo habría sido.

—¿Cuál es la catástrofe entonces?

Urrik hinchó el pecho y un suave ulular tiñó su voz, ya de por sí grave.

—Rade y Anande son enemigas mortales, mi dulce Enesti. ¡Todo el mundo sabe que allá donde se encuentran, intentan matarse, así sea en el fin del mundo! Mucho me temo que, si aparecen, teñirán de sangre el palacio. —Una pluma roja salió volando entre aspavientos—. ¡El baile del Duque, arruinado!

La ondina se sintió abrumada por un agua turbia. Hasta su piel se oscureció como el mar durante una tormenta. Llevaba meses planeando el baile del solsticio, desde el mismo momento en que el Duque decidió degradar a Urrik y colocar a Enesti en el puesto de senescal. Había soportado las burlas y los rumores con la cabeza alta: pese a lo que otros dijeran, Enesti no había obtenido la posición en la corte entre las sábanas, pues el Duque era inmune, en tanto sabía, a los encantos de las ninfas. Se trataba en verdad de un asunto de nepotismo: una rama de la familia de Diraón se había asentado en Playaguijarro hacía décadas, y así la prima lejana, acompañada por la misiva de su abuela, había hallado refugio y medra lejos del mar y cerca del lago. Que el Duque despreciara a la pomposa ave que había administrado su palacio durante los últimos años no fue más que el último impulso que necesitó para poner el pie en el escalón.

Dirigió una mirada aprensiva hacia Urrik y a punto estuvo de pronunciar una súplica, pero en sus ojos oscuros y penetrantes halló un destello de gozo. Sí, sin duda. El antiguo senescal había supervisado sus esfuerzos como un águila… y había permitido aquel tropiezo tan cataclísmico con la estulticia de una gallina. No le daría muestra de angustia en la que regodearse.

—Ah, pero Urrik —dijo en el tono más calmo que pudo conjurar—, ha sido el mismo Duque quien me ha encargado que lo hiciera.

Las plumas tensas en la testa de Urrik temblaron de un modo apenas perceptible.

—¿De… de veras? Pensé que había dejado todo en nues… vuestras manos, como siempre.

—Su Gracia cree que este pleito ha durado ya demasiado y desea que regrese la paz entre sus súbditos. ¿Y qué mejor momento para dejar atrás las enemistades que en el solsticio, cuando muere lo viejo y se planta la semilla de lo nuevo?

—Eso suena… peligroso, mi querida Enesti —respondió Urrik con aprensión—. Muchos han intentado mediar ya entre las dos y lo único que han conseguido es, en el mejor de los casos, una decepción. Según el humor que tuviera una u otra, algunos han perdido la cabeza en más de un sentido. —Bajó el pico y le habló en tono confidencial—. ¿Estáis segura de que esto es lo que quería el Duque? ¿Aquí, en su mismo palacio?

Ella se encogió de hombros.

—¿Quiénes somos para dudar de sus decisiones, estimado Urrik? Estamos en la corte de Diraón, hemos de fluir como el agua. Claro que para algunos está en nuestra naturaleza y para otros es más difícil de entender.

Urrik detestó sus palabras. Con un aspaviento y el revoloteo de un par de plumas, sentenció:

—Sea, pues, lo que Su Gracia y vos digáis. Pero no me busquéis cuando todo esto explote como un hongo venenoso: yo poco podré hacer. Ni siquiera soy ya senescal.

Y con esas se marchó, y Enesti no se permitió saborear su exiguo triunfo ni un segundo. La luz del atardecer se filtraba por las ventanas ojivales que tachonaban el pasillo, fría como la escarcha que perlaba el vidrio. ¿Cuánto tenía para prepararse? ¿Una hora, media? La cabeza le daba vueltas y un torrente de cristales helados arañaba sus venas. ¿Por qué había tenido que mentar al Duque? Cuando el cataclismo vaticinado por Urrik le diera la razón, este se apresuraría a señalar que, de acuerdo a Enesti, todo había sido cosa de su primo. Y tal vez Diraón fuera parcial hacia la familia, y quizá la inexperiencia de la ondina le restara culpa, pero eso solo le salvaría la vida. Acabaría de igual forma exiliada en Playaguijarro, humillada dos veces: primero ante la corte y luego ante su familia.

«Solo a ti se te ocurre cambiar la inmensidad del mar por agua estancada», le dirían sus hermanos, sin comprender que ellos no tenían al alcance el océano entero, solo una playa fea a la que las aguas escupían caloca con la que confeccionar vestidos bermejos.

Procuró serenarse para volver al vestíbulo, donde seguían llegando los invitados. Acababa de hacer entrada una comitiva de feéricos altos y esbeltos, ataviados con sedas oníricas que dejaban poco a la imaginación y la espoleaban al tiempo, y ahora las trompetas anunciaban a doña Vexala, señora de Cumulocumbre. Las lágrimas de las lámparas tintinearon con una racha de ábrego, prolongadas gota a gota por el breve deshielo. La cama nubosa en la que llegaba la señora, un garugón que tronaba por lo bajo, descargó una llovizna cálida que se congeló al tocar el suelo. Vexala descabalgó al poco y la nube se deshizo en neblina, pero el efecto se mantuvo igualmente, pues en Cumulocumbre despreciaban las piernas y preferían flotar con libertad aun cuando sus cuerpos moldeables les permitieran adoptarlas si les apetecía. Al prever esto, Enesti había dado orden a un criado de que siguiera a doña Vexala y

su séquito para fundir y reabsorber el agua antes de que resbalara algún otro invitado menos ducho en el manejo de la humedad.

«No soy ninguna necia a la que hayan regalado el puesto», se dijo mientras engullía un canapé de setas y niebla con la esperanza de acallar su nerviosismo. «Sé lo que estoy haciendo, pese a que Urrik crea que no».

Pero al oír anunciado el nombre de Rade, el canapé se le atoró en la garganta y a punto estuvo de asfixiarse. En la puerta se recortaba su imponente comitiva, dominada por la silueta de un tejo tan o más antiguo que el linaje del propio Diraón. Un árbol ante todo grueso, tanto que para introducirlo se precisaron complicadas maniobras de porteros y ujieres, además de sus propios porteadores. Era todo raíces oscuras, nudosas, retorcidas, con un tronco como un corro de trolls arbóreos vistos de espalda. En sus ramas anidaban aves y animalillos del bosque, protegidos por la copa verde que desafiaba al invierno. Estaba colocado sobre una jardinera de dimensiones exageradas, que porteaban sobre su lomo cuatro escarabajos de caparazón metálico a los que alguien, quizá Rade, había ataviado para la ocasión con coronas de camelias. A uno se le había deslizado hasta la boca y la mordisqueaba con disimulo.

Lo seguía su dríada. La edad le había oscurecido la piel, ya de un marrón oliváceo, tanto como la había arrugado. Parecía corteza flexible, nudosa y gruesa. Se recogía la melena en un moño salvaje de cabello y hojas lanceoladas, del que pendían frutos rojos redondos. No vestía ropa alguna. Su único adorno era su propia piel, cosida a roeduras y muescas restañadas, como escarificaciones que relataran las vivencias de un ser poco menos longevo que la misma tierra.

Los escarabajos depositaron la jardinera donde se lo indicaron los ujieres, a un lado en el salón de banquetes. No era el único árbol presente, pero sí el más amenazador; entre las precauciones que había dispuesto Enesti se encontraba el alejarlo de toda comida y bebida debido a su toxicidad. Ignoraba si la propia Rade sería igualmente venenosa, pero había decidido no tomar medidas al respecto por miedo a ofenderla. Hasta una recién llegada a la corte había oído hablar de su rencor legendario.

Enesti se abanicó mientras miraba por la ventana. El crepúsculo caería de un momento a otro, mucho antes de que pudiera pensar en un modo de arreglar las cosas.

—¡Enesti! —saludó una voz cantarina a su espalda—. ¡Me encanta cómo lo has preparado todo!

Al volverse se topó con la belleza radiante de Garai, su única amiga en la corte. También compartía sangre con el duque, aunque en un grado más cercano que Enesti, y su familia poseía tierras de importancia. Tenía el cabello más lustroso que Enesti hubiera visto jamás; en un par de ocasiones le había confiado la tarea de peinárselo, algo que le resultó más íntimo que el jugueteo entre las olas que hubiera disfrutado con cualquier otro. Para el baile de invierno se lo

había recogido de forma que le caían dos chorros de oro a ambos lados de la cara, enmarcando el rostro hermoso y juvenil desde el que la miraba un solo ojo verdiazulado.

—¿Pasa algo, querida mía? —preguntó la lamiña al percibir su expresión—. ¿No están buenos los canapés?

—Garai —dijo Enesti sin aliento—, creo que he cometido un error imperdonable y no sé si puedo arreglarlo.

—¡Madre mía, estás empapada! Ven, vamos fuera y me lo cuentas.

Tiró de ella con tal decisión que Enesti no pudo hacer otra cosa que seguir el *clap, clap* de sus pies de pato sobre los suelos marmolados del palacio y los adoquines de colores que alfombraban el patio. Un viento frío agitaba las ramas peladas, ondeaba pendones y se enredaba en túnicas y faldas. No eran las únicas en buscar un refugio discreto allí fuera: como un borrón verde, uno de los hijos de hierba de Blauco se escondió entre los setos, quizá con un fauno. Más allá, una salamandra descansaba del húmedo interior sobre un banco de piedra, cada vez más ennegrecido.

Enesti le contó a su amiga el aprieto en el que se había metido. Garai no disimuló su disgusto por la traición de Urrik ni por que no hubiese acudido a ella a la hora de confeccionar la lista de invitados, y la ondina no pudo hacer más que agachar la cabeza. Pero Garai no perdió tiempo en ofenderse y se dispuso a cavilar en busca de una solución.

—¿Hay algún modo de que culpes de esto a Urrik? Después de todo, era él quien te supervisaba.

—Urrik lleva años haciendo malabares diplomáticos en la corte. ¡Nunca hubiera cometido el error de invitar a Rade y a Anande a la misma fiesta!

—Eso es cierto. Pero, ¿y si no ha sido otra cosa que una venganza? ¿Y si hubiera tramado esto para perjudicarte a ti, por sucederlo en el cargo?

—Garai, eso es justo lo que ha hecho.

—¡Hum!

—Puede que decir la verdad lo condenara a él, pero no me eximiría de culpa. Fui yo quien insistí en que desempeñaría mejor el cargo que el viejo Urrik, y eso demostraría mi incompetencia.

Garai, que había sacado el peine de oro para juguetear con él mientras pensaba, pasó el pulgar por los dientes metálicos con un soniquete curioso.

—Eso es impensable, entonces. ¿Y qué me dices de ocuparte del trabajo tú misma?

Enesti enarcó una ceja.

—¿A qué te refieres?

—Pues que lo grave del asunto es que se maten precisamente aquí y le arruinen la fiesta al Duque. Pero, ¿y si mataras tú a una de las dos de forma, digamos, discreta? —propuso Garai con tono convencido. La ondina parpadeó y

se pasó un pañuelo por la frente—. No puede ser muy difícil: una es un árbol y la otra un vampiro.

—Sí, a las dos las mata el fuego y resulta que soy una ondina. —Enesti alzó los brazos al cielo—. ¡Por todos los peces del océano!

—No te enfades, amiga; solo intento ayudarte…

—No voy a matar a nadie: ni quiero ni sabría cómo hacerlo, y si lo intentara acabaría desaguada, envenenada o ambas cosas. —Derrotada, Enesti volvió la mirada a la linde del patio, donde el sol se ponía con un destello de limón podrido—. Se ha acabado el tiempo, Garai. Si Anande no ha llegado todavía cobijada en una caja rodante lo hará dentro de poco. Mejor emplear nuestras cavilaciones en planear cómo escapar y mantener intacta mi imagen. —Soltó un profundo suspiro—. Tal vez sea yo la que deba morir, aunque de mentira. Nadie habla mal de los muertos.

El ojo de Garai se llenó de lágrimas.

—¡No digas eso! No podría fingir que te has muerto; para que resultase creíble, tendrías que morirte de verdad, y de ser así yo me pondría muy triste. ¡Mira, solo de pensar en ello ya empiezo!

El sol se esfumó. Su único reemplazo fueron los faroles del tejadillo que rodeaba el patio y los braseros que los criados habían ido encendiendo con la caída del crepúsculo. Enesti se giró para contemplar los ventanales escarchados tras los que se adivinaba el brillo de los candelabros. Los músicos empezaron a tocar una pieza alegre; el murmullo de las conversaciones a viva voz le recordó al rumor de las olas.

—No podré volver a la playa tras haber vivido aquí —dijo con un hilo de voz —. Mi piel añora la sal y mi nariz, el aroma de las algas. Pero aquí hay mil variedades de afeites y perfumes, sedas tan livianas como la espuma, más joyas que el nácar o la madera de deriva.

—Puedes mudarte a mi cueva —respondió Garai posándole una mano en la espalda—. Es menos espaciosa, pero no te faltará humedad, y la voz y la música retumban en su interior como si ella quisiera unirse, o contestarte. Allí podrás ponerte seda, lino… hasta capas de algodón, si te apetece.

—Gracias, Garai. Lo pensaré —dijo la ondina, aunque poco deseo tenía de vivir como una paria.

—¿No te parece lamentable que haya gente incapaz de llevarse bien, como tú y yo? Deben de ser las dos señoras más viejas de este baile. ¿No crees que tienen edad para haber olvidado sus rencillas? —Se le colgó del brazo con el gesto torcido. Pero igual que se había desinflado se tensó con una nueva idea—. Bueno, Enesti, ¿y si lo intentaras?

—¿El qué?

—Reconciliarlas.

La ondina soltó una risotada.

—¿Hacer lo que no han logrado ni el Duque ni sus antepasados, ni los diplomáticos más brillantes de la corte?

—Sería una hazaña. El Duque te querría bien.

—Una gesta imposible —respondió ella, impermeable al entusiasmo que volvía a invadir a la lamiña.

—¡Te ayudaré!

Enesti sonrió con sinceridad tristona.

—Tal vez nos acaben matando, por tediosas.

—Ah, que lo intenten. Somos muchachas del agua, tan escurridizas como alevines.

La esperanza de Garai era contagiosa, y probablemente estúpida. Escapar era una opción todavía válida. Pero se daba cuenta de que no quería escapar: amaba la vida en la corte como no había amado nunca el litoral pedregoso. Con un hondo suspiro, se decidió por regresar al salón de banquetes.



El Duque aún no había descendido de sus aposentos para recibir a los invitados y dar inicio formal a la fiesta. Le gustaba hacerse de rogar, y todavía más engalanarse y acicalarse para lograr un aspecto impecable, de hermosura y regencia, lo que jugaba en favor de Enesti. Tampoco Anande había hecho acto de presencia, pero sabía que la Princesa jamás se privaba de aprovechar invitaciones, y faltar al baile de invierno de un antiguo enemigo, ahora amistado, sería un insulto.

El salón de banquetes se había ensanchado para albergar a tanta gente importante, sin importar su tamaño o especificidades. Además de geniecillos minúsculos que flotaban como volutas de humo había trolls, calcotauros, serpientes aladas, gigantes del hielo y hasta un dragón pequeño, cuyos cuernos rozaban los candelabros cuando algún invitado le hacía reír. En aquel crisol de voces y colores le fue difícil encontrar a Rade, pero como su tejo seguía encajado en la misma esquina, empezó a buscar desde allí. El árbol no se movía, a diferencia de otros, y su corteza no crepitaba al hablar ni respirar, y sin embargo poseía una entidad innegable. Logró apartar la vista de él cuando la distrajo la ventosidad de uno de los escarabajos, que pululaba por ahí ya desnudo, y a juzgar por el olor, ahíto de camelias. Se topó entonces con la dríada, que charlaba animadamente con un espectro de tinta mientras daba sorbitos a su copa de néctar.

Enesti tomó una bocanada de aire y se acercó con su mejor porte, su mejor sonrisa, su mejor ánimo.

—Me alegro de veros, doña Rade. Espero que el viaje hasta aquí haya sido agradable.

El espectro de tinta se esfumó sin decir nada con una única salpicadura negra en el suelo de mármol. Pese a que lo hubiera invitado el Duque Diraón, señor del lago, no parecía amigo de los seres acuosos, y tampoco Enesti podía culparlo.

—Siempre es molesto desarraigarme, y no soy doña, solo Rade —respondió la dríada con voz rasposa—. Sin embargo, es un placer que el Duque me haya invitado, y auguro que la velada resultará una delicia.

—Os agradezco el esfuerzo, Rade —dijo Enesti, con la delicadeza con la que una camina entre raíces traicioneras—. El Duque os tiene en alta estima, y aunque vos y yo no nos conocemos, he oído tantas cosas buenas que siento lo mismo.

—Qué ondina más simpática. Aunque qué ninfa hay que no sea encantadora. Yo, tal vez. —Rade tomó otro sorbo de néctar—. Decidme una cosa, vos que sois la nueva senescal: ¿se trata de un regalo o de un ardid?

—¿Perdón?

—No me gusta andarme por las ramas, algo que pronto descubriréis. La invitación de Anande. ¿Es un trato o una treta? Hasta donde sé, Su Gracia está conforme con su nueva alianza con la Princesa Vampiro; ¿me soborna al darme la ocasión de acabar lo que debió terminar hace milenios, o busca una excusa para romper el tratado de paz?

Enesti apretó el abanico contra su pecho porque, al gotearle las manos, amenazó con resbalársele.

—Ah, pero Rade, no iréis a hacerle daño a la Princesa… —dijo en un intento de fingir inocencia—. Es el solsticio, la noche sagrada, perfecta para enterrar rivalidades.

—Nunca he creído en enterrar rivalidades; prefiero enterrar rivales. Es la mejor manera de acabar de raíz con conflictos y ofensas —respondió Rade con sencillez cruda—. Anande tiene conmigo una deuda que ninguna hemos olvidado. Terminará esta noche.

Las cejas de la ondina saltaron de una expresión a otra: consternación, sorpresa, duda, extrañeza, enojo, desespero y por último, súplica.

—Rade, os ruego que lo reconsideréis. Nadie desea un derramamiento de sangre esta noche tan especial…

La dríada soltó una carcajada ronca.

—Me temo que os habéis equivocado invitando a una vampiro.

—Señora, apelo a vuestra sabiduría. ¿Ha de ser hoy, justo hoy, de todos los días y milenios que ha perdurado vuestra enemistad? ¿Por qué ofender al duque y a la corte?

Rade se tensó y los frutitos que pendían del moño se encogieron, indignados.

—Niña, tu duque y tu corte no son más que una gota en la inmensidad de un río. Nosotras las bebemos por millones cada jornada. Los antiguos pactos y cierto afán gregario me empujan a participar en estos convites, pero los árboles

no se arrodillan; al menos no el mío.

—La-lamento haberos ofendido, Rade —dijo Enesti, acongojada.

—Sois demasiado insignificante en la escala universal como para haberme ofendido. —Rade adoptó un tono condescendiente, aunque no del todo desapegado—. Diraón comprenderá que estoy obligada a matar a Anande. Fertilizaré mi árbol con sus cenizas, no más provechosas que los cadáveres que ya se pudren entre las raíces, pero nutritivas en el sentido de la victoria moral. —Su atención se desvió hacia una sátiro que anadeaba entre la concurrencia—. ¡Ah, Terinsa, mi vieja amiga! Disculpad, muchacha.

La dríada se alejó sin más despedida y Enesti creyó que se desharía en un charco de un momento a otro. Un charco congelado más que el criado asignado a la comitiva de doña Vexala fundiría y haría desaparecer sin dilación. «Eso debería hacer», pensó sin aliento. «No me quedan peores humillaciones que sufrir, después de todo».

Abandonó despacio el salón, como un ser insignificante en el que no mereciera la pena posar la vista, y cruzó el vestíbulo, saludando con desgana a los invitados que esperaban para entrar. Siguió por el camino empedrado que los criados limpiaban de los excrementos de las monturas y acompañó a algunos dignatarios hasta la puerta del palacio, que daba a un cruce de caminos flaqueado por coníferas y arbustos espinosos. Apenas se observaba un jirón de luna entre las nubes. Se olía la nieve. Los primeros copos de la estación en la noche del solsticio: cuán delicioso habría resultado el baile, y de qué forma tan estúpida lo había arruinado ella.

Dudó. Hacia la derecha quedaba Laguna, el fastuoso pueblo de casitas de plata y cristal. Allí la conocían de sobra: había pasado muchas horas hablando con artesanos para elegir ropajes, comida, bebida y decoración. Hasta los músicos contratados eran oriundos del lugar, y sus familias habían celebrado con satisfacción que los hubiera escogido para el convite.

Por el camino de la izquierda, tras una semana de viaje, regresaría a Playaguijarro. Y antes de decidir si echaba a andar o si dejaba de lado aquella pantomima desesperada y volvía a intentarlo otra vez, el chirrido de unos ejes llamó su atención entre las tinieblas, precisamente por la senda que la devolvería a casa.

De las sombras surgió un carruaje negro y rojo, de ruedas grandes y tan alto como una casa ambulante. Dos antorchas de un verde espectral iluminaban el pescante vacío, donde ningún cochero arriaba a ningún caballo. Y se movía, no obstante, con determinación predestinada. Un miedo atávico atenazó el núcleo acuoso de la ondina; cuando el coche se detuvo con un último chirrido, se le heló el goteo del espinazo. Hubo una breve pausa y la puerta doble del flanco se abrió al tiempo que se desplegaba una escalinata de madera. No se atrevió a buscar una forma en el interior por mucho que se demorara. Al fin entrevió una pierna

enfundada en medias finas y botas altas; la mujer que emergió lo hizo con mesura, teatralmente. La luz verde daba a su rostro apariencia de porcelana pintada. Tenía pómulos altos, nariz aquilina y ojos como luciérnagas en una noche de verano, solo que de un rojo volcánico.

Anande, la Princesa Vampiro, flotó escaleras abajo como traída por la brisa.

—Vaya, vaya. El Duque Diraón me agasaja con un refresco temprano… —dijo con un ronroneo mientras se acariciaba el terciopelo de las mangas.

—Siento decir que os equivocáis —respondió Enesti, trémula—. Aunque tendría que haberlo previsto, lo admito. Soy Enesti, la senescal de Su Gracia.

—¿Aquí, en el cruce, cuando deberíais estar dentro, disfrutando de la fiesta que habéis preparado?

—Está nevando —dijo la ondina, que más que buscar una excusa constataba lo evidente.

Un copo flotó hasta posársele en la nariz. Anande sonrió, quizá de forma genuina.

—Sí. Acompañadme en el coche; de ninguna manera pienso flotar hasta el palacio, y espero que no fuera esa vuestra intención al venir a mi encuentro. —No era una petición: la aristócrata voló de nuevo a la cabina con un frufrú de terciopelo e hizo un gesto con la mano, acabada en uñas rojas y un poco demasiado largas, para invitarla al interior.

Enesti tragó saliva y se aupó con ayuda de los asideros. Una presencia invisible cerró la portezuela y recogió la escalerilla, y con el restallar de un látigo lejano, el carruaje se puso en movimiento.

La cabina era más bien una sala de estar, con sofás, estanterías, una mesa baja donde reposaba una copa con posos rosáceos y, por algún motivo y tras un biombo de papel, una bañera. Anande se dejó caer en uno de los sofás y alargó la mano hasta la copa, aunque tras arrugar la nariz con disgusto no llegó a tomarla. Los ojos ya no le brillaban tanto a la luz de un par de lámparas coquetas como afuera, pero cuando se posaron sobre Enesti, esta tuvo que reprimir un escalofrío. La Princesa Vampiro era una mujer de belleza pérfida. Le habían contado las atrocidades que cometía junto al pequeño ejército de espectros y sanguijuelas que comandaba, algunas dignas de cuentos para asustar a los niños. Desconocía si Diraón la temía o solo la odiaba, pero era cierto que los acuanos habían comenzado la guerra y Anande le había puesto fin, motivo por el que había exigido rehenes. No querría hacerle daño a la senescal del Duque y arriesgarse a las represalias, ¿verdad?

—Alteza —comenzó Enesti—, antes de que lleguemos a palacio debo preguntaros acerca de vuestras intenciones respecto a otra invitada.

—¿De veras? —Los labios de Anande se curvaron en una sonrisa para nada inocente—. ¿Respecto a quién?

—A Rade la dríada. Supongo que sabéis que también ha sido invitada.

La vampiro alzó las cejas, sorprendida.

—¿Rade está en el baile? —Se recostó en el sofá y estiró los brazos sobre el reposacabezas—. Vaya, vaya.

Enesti no estuvo segura de si creerse su sorpresa.

—Estoy enterada de vuestra enemistad y animosidad y quisiera que tratáramos de evitar los actos hostiles durante la fiesta.

—¡Actos hostiles! Suena interesante.

—El Duque Diraón os tiene a ambas en alta estima, y lo único que lamentaría más que perder la amistad de alguna es hacerlo durante su baile del solsticio.

—Perfectamente comprensible. —Anande se acarició la mejilla con una uña roja—. Sé cuánto ama Su Gracia esta festividad.

—Por tanto —Enesti tomó aire, con los pulmones atestados, como llenos de espuma turbia— me gustaría tener vuestra palabra de aristócrata de que por vuestra parte no va a iniciarse ningún… proceso hostil.

—Desde luego —respondió la vampiro sin reparos—. Jamás me atrevería.

—¿De veras? Es decir, ¿accedéis a no atacar a Rade de ninguna forma, aunque ella lo intente a su vez?

Anande soltó una risita.

—Solo hay una cosa que odie más que a Rade: la perspectiva de no poder seguir odiándola por toda la eternidad. —Los ojos de Anande pasaron de un granate tranquilo al rojo encendido—. Y creedme: adoraría hundir la boca en su cuello y probar su savia, sostenerla cuando las piernas le flaquean —Unos colmillos que hasta entonces no habían asomado destellaron en la comisura de los labios. La lengua los rozó con avaricia entre palabra y palabra— y contener sus temblores mientras me hunde los dedos en la espalda. —El coche se detuvo y el vaivén abrupto sacó a Anande de sus pensamientos. Los colmillos quedaron de nuevo escondidos tras los labios gruesos y el rojo volvió a un tono menos intenso—. Pero… Tendré que contenerme.

Las puertas se abrieron, bajó la escalerilla y Enesti, mareada como si la vampiro la hubiera mordido a ella, se despidió y regresó a la fiesta a toda prisa. Las trompetas sonaban aún por nuevos invitados y el salón de banquetes parecía más concurrido que nunca, sobre todo ahora que la pila de regalos había duplicado su tamaño. Encontrar a Rade le fue imposible. Garai, sin embargo, la halló de inmediato. La tomó del codo con una sonrisa apartándola a un lado.

—¿Dónde estabas, querida?

—No lo sé —respondió Enesti, aturdida—. Bueno, sí. En el coche, con la Princesa.

Garai sonrió esperanzada.

—¿Y la has convencido?

—Me ha dicho que no piensa levantar un dedo contra Rade. Ha sido convincente.

—¡Bien!

—Pero también mentira.

—Oh.

—Hemos vuelto al punto de partida. Se acaba el tiempo y lo único que se me ocurre es… seguir a una de ellas, vigilante, y tratar de parar lo imparable.

—¡Es buena idea! Yo seguiré a la otra.

Resolvieron que lo apropiado era que Enesti siguiera a Anande debido a su conversación anterior con la dríada… y a que, en realidad, era a quien menos temía. La ondina vigiló la entrada de la Princesa Vampiro como un halcón, escondiéndose detrás de los camareros que ahora también ofrecían copas de sangre en las bandejas. La observó charlar con dos embajadores de Bosqueumbrío, licántropos malencarados que mordisqueaban canapés de carne fresca. La siguió en su paseo por el salón mientras saludaba a viejos enemigos. Se tropezó con Urrik sin quererlo. El antiguo senescal la observó con curiosidad y regocijo, pero no dijo nada. Enesti blindó su semblante y continuó fingiendo que deambulaba por la fiesta como anfitriona y no como espía.

Garai fue a su encuentro poco después. Muchos invitados habían salido a disfrutar de la nieve y, aprovechando que el salón se vaciaba, la lamiña la informó de los movimientos de Rade.

—Si ha visto a Anande, no ha dado señales —dijo—. Ha estado charlando con Blauco largo rato; me parece que quiere mediar en una propuesta de matrimonio… O quizá esté intentando casarse ella, eso no lo he escuchado bien.

Enesti no se permitió sentir alivio; el baile aún se prolongaría varias horas y en cada una de ellas debía mantenerse alerta, por esperanzadora que fuera la falta de hostilidad inmediata.

—Lo que sí he oído —siguió Garai mientras se abanicaba discretamente— es el motivo por el que están peleadas. O, al menos, lo que se rumorea que provocó su rivalidad hace mucho tiempo.

—Sorpréndeme —suspiró la ondina, que como todas las criaturas del agua desdeñaba los sentimientos intensos que se prolongaban durante años, pues era su naturaleza fluir y adaptarse a las circunstancias.

—No puedo asegurar que así haya sido, pero a las dos personas a las que he preguntado al respecto, lo bastante viejas como para saber lo que se sabía hace décadas y no ahora, afirman que lo que las separa es cosa de amores.

—¿De veras? —¿Quién tenía tiempo de recordar esos asuntos, a no ser que fueran realmente ofensivos?—. No me lo digas: Anande mató a un amor de Rade. Según dicen, las dríadas son muy vengativas con quienes dañan a sus seres queridos.

—¡Ni te lo imaginas! Al parecer, el cuento es que ellas mismas, hace mucho, tuvieron un amorío que acabó… muy mal, debe ser.

Enesti entornó los ojos. Las palabras que Anande le había dedicado a Rade en

el carruaje cobraron un nuevo sentido.

—Ya veo.

—¡Pero lo de que hace mucho no es una exagerción! La dríada debía de ser apenas un retoño, y Anande aún respiraba. Qué lástima; por su carácter, cualquiera diría que su amor es inevitable.



Repicó una campanilla de cristal, que anunciaba la llegada del Duque, pero las conversaciones no murieron hasta que sonaron las trompetas. Por la puerta contraria, acompañado por su séquito, hizo aparición Diraón y con él la luz clara de los candelabros se volvió exigua, de forma que solo su figura destacase gracias a las linternas de hielo invernal.

Dio un discurso fanfarrón y relamido que Enesti ya había escuchado antes y al que no prestó atención. Los invitados se encontraban inmóviles, copa y canapé en mano, y respondían a la perorata con carcajadas corteses; la ondina había perdido su oportunidad de colocarse en un punto más estratégico desde el que observar a Rade o a Anande. Sin embargo, Garai se alejó para suplirla con un *clap, clap* casi impercetible, y al no tener un cargo ni ser nombrada en el discurso pasó desapercibida. Enesti, en cambio, recibió una ronda de aplausos cuando el Duque le agradeció su trabajo, poco antes de dar orden de disfrutar de la velada.

La luz volvió a su estado original y una riada de sicofantes acudió a Diraón para intercambiar con él unas palabras antes de que olvidara por completo las caras de sus interlocutores debido a su repetición. Enesti navegó contracorriente buscando a la vampiro, solo para topársela de golpe cuando menos lo esperaba.

—Tengo vuestro olor pegado a la nariz —dijo Anande con una sonrisa atrevida—. Lleváis siguiéndome toda la velada.

Enesti se ruborizó de un lila pastel muy delicado.

—Solo quiero asegurarme de que os complace, Alteza.

—Vaya, vaya. Espero que no se trate de un ardid de Diraón para amarrarme a su corte o, aún peor, para engañarme. —Enarcó las cejas de una forma que podía ser tan interesada como burlona—. Debe de haberse enterado de que mi debilidad son las ninfas.

—No… Diraón no me ha pedido nada. —Tragó saliva y apartó la mirada en un intento de volver a su color azulado habitual. Fue entonces cuando se percató de que Garai le hacía gestos para llamarla—. Disculpadme, Alteza. Debo atender un asunto.

Exhaló con alivio al alejarse de la vampiro, pero la expresión de Garai volvió a ponerla en guardia.

—Mientras hablaba el Duque, he visto a Rade echar unas gotas de algo oscuro en una copa de sangre —le dijo a toda prisa—. Creo que era…

—Esencia de tejo —completó Enesti.

Salió a toda prisa en busca de una bandeja preparada para la Princesa Vampiro. Garai le tiró de la muñeca y señaló a un criado, que ofrecía bebida a un grupo de trasgos. Ni su gracia natural venció a su prisa, y trastabilló hasta él de forma impropia.

—Gracias —dijo tomando la copa envenenada ante la expresión atónita del criado, que no imaginaba qué querría hacer una ondina con aquella sangre.

Salieron al patio a toda prisa. Amparada por la oscuridad y los copos que caían, echó la copa a un parterre. La nieve se fundió humeando con malicia y las flores invernales que había debajo se tornaron negras.

—Eso habría matado hasta a un muerto —comentó Garai con disgusto.

Enesti recogió nieve virgen de un seto; la fundió con un pase de manos y volcó la copa, ahora limpia, en un intento de detener la corrosión que se había iniciado en el parterre. «Rade estará esperando a ver cómo bebe Anande», pensó ceñuda. Sin pararse un momento más, se mordió el espacio entre el pulgar y el índice y apretó el puño sobre la copa. Esta sangre era más acuosa y translúcida que la otra, pero confiaba en que Anande lo tomara como una reserva distinta de las bodegas del Duque.

—Ten —dijo poniéndola en manos de la lamiña—. Déjala con discreción en alguna bandeja al alcance de Anande, antes de que se congele. Yo voy a vigilar a Rade.

—¡Qué lista eres, Enesti!

No estaba tan segura de ello, pero la confianza de su amiga le dio alas para buscar a la dríada, algo que poco antes habría preferido evitar. La encontró junto a su árbol, que de cerca lucía aún más inquietante y lóbrego, como una entidad primigenia que tocara con sus raíces el núcleo del mundo mismo. Al verla, Rade chascó la lengua con disgusto y le dio la espalda. Enesti no se alejó, así que la vieja dríada le dijo:

—No tengo nada más que hablar contigo. Puedes marcharte, nereida.

—He intercambiado unas palabras con Anande —dijo casi sin aliento—. Sobre vos.

—Lo celebro —respondió la interpelada de mal humor, aunque terminó por observarla de reojo con una ceja enarcada—. ¿Y qué?

—No estoy tan segura de que quiera mataros. —Enesti se abrazó para evitar estremecerse. Rade giró el cuello levemente, casi encarándola ya—. Me da la sensación de que os… admira.

La dríada frunció los labios, pensó Enesti (o quiso pensar), ahogando una sonrisa de satisfacción.

—No creía que fueras tan tonta como para creerte las palabras de esa mujer. Es una depredadora; harías bien en recordarlo, muchacha, pues dudo que las de tu clase sobrevivan mucho cuando les sorben hasta la última gota.

—Sé que miente —continuó, paso a paso por el suelo de espinos—. Pero para mentir dice verdades, pues esa es la mejor forma de hacerlo.

Rade se envaró, no con una furia arrasadora, sino con la incomodidad de lo que no esperaba.

—Bien, pues ve de mi parte y dile que disfrutaré cuando, al final de la noche, su cuerpo corrupto adorne mi árbol. —Ante la vacilación de la ondina, Rade le dedicó gestos efusivos con los brazos—. Márchate ya y déjame en paz. Me estás dando jaqueca con toda esa humedad.

Dejó a la dríada en su tejo y se escabulló entre la gente para volver con la vampira. La encontró charlando con el Duque en una zona bien visible; los invitados habían dibujado un círculo vacío a su alrededor, ya fuera a propósito o sin darse cuenta.

—Mi señor —dijo al acercarse con una genuflexión—. Espero que estéis disfrutando de la fiesta.

—Promete ser inolvidable —contestó él, gozoso—. Anande, ¿conocéis a Enesti, mi nueva senescal?

—Es difícil no conocerla —respondió ella con una carcajada—. Se ha asegurado de que esté bien atendida en todo momento.

—Bien, bien. Os dejo, entonces; doña Vexala ha reclamado mi atención y ya sabéis cómo es. Ha sido un placer, Anande. Espero que disfrutéis del baile.

El Duque se deslizó fuera de la vista sin hacer mención alguna a la presencia de Anande en la misma fiesta que Rade; a juzgar por su expresión al saludar a Enesti, esta dudaba de que se hubiera dado cuenta. «Si se acaban matando, tal vez no lo descubra hasta mañana…», pensó siguiéndolo con la vista.

—Vaya, vaya, volvéis a buscarme —dijo la Princesa mientras su dedo acariciaba el cristal escarchado de la copa—. Empiezo a pensar que os resulto irresistible.

—He hablado con Rade de vos, mi señora —contestó para interrumpir su galanteo. Anande no disimuló su sorpresa, aunque aplicó los labios a la copa—. No os mentiré: existe una animosidad considerable por su parte, pero hubo algo que me llamó la atención en su forma de… expresarla.

—¿De veras? —Anande se relamió la sangre de los labios—. Contadme más.

—Varias veces ha manifestado su deseo de… ¿cómo decirlo? No me gustaría sonar demasiado atrevida… —Hubo un destello de frustración en los ojos violentamente encendidos de la Princesa y Enesti prefirió no estirar más la cuerda—. Su deseo de… vuestro cuerpo.

Anande entornó los ojos. Negó con la cabeza, pero había dudas en su mente. Se distrajo bebiendo otro sorbo y, admirada, alzó la copa y dijo:

—No imaginaba que el Duque estaría tan ansioso por complacerme. Qué delicia. ¿Acaso ha sangrado él mismo en la copa? —Paladeó, pensativa, quizá recordando algún encuentro durante su conflicto, una hoja de espada lamida tras

la refriega—. Mi cuerpo, decís. Imagino que decapitado.

—No puedo afirmar lo contrario, pero me sorprende esa fijación, esa… hambre.

—¿Hambre?

—A falta de una palabra mejor.

Anande bebió un trago largo y Enesti escondió la mano herida a la espalda. Los músicos atacaron una pieza animada y muchos bailarines dejaron las conversaciones para salir a bailar.

—¡Mmmm! —exclamó la vampiro con gozo—. Magnífico. ¡Y justo a tiempo! —Le ofreció la mano—. Venid, Enesti. No podéis rondarme con tal intensidad y negaros a brindarme al menos un baile.

La ondina aceptó la mano de Anande y se vio arrastrada al centro de la sala. Con los pies en la tierra, la vampiro no era menos ágil. La tomó de la cintura y dejó que posara la mano en su hombro, y con ademán decidido comenzaron a dar vueltas al ritmo de los compases. Su compañera de baile era galante y apuesta y quizá en otro momento, uno en el que le apeteciera sangrar, se hubiera dejado seducir de veras. Pero la danza de Anande las condujo a una zona concreta del salón, justo delante del tejo, y ni a una muchachita atolondrada le habría pasado desapercibido. Prefirió no mirar entre la concurrencia, por miedo, y se centró en la vampiro.

El rostro de Anande ya no lucía pálido, ni sus ojos hundidos. Un saludable rubor teñía sus mejillas. Parecía casi viva, joven, quizá incluso gentil, con un matiz relajado poco compatible con la depredación. Y de igual modo, su agilidad y porte la abandonaron de pronto, como si hubiera vuelto a un estado anterior, más natural. Hasta se tropezaron la una con la otra y la Princesa soltó una carcajada.

—¿Qué me ha dado vuestro Duque? Me siento… embriagada. Pero no de una sangre avinada, sino fresca, vital… salada.

—¿Has disfrutado de lo que había en la copa, Anande? —preguntó una voz áspera como la corteza.

Enesti soltó a la vampiro y dio un paso atrás por temor a que Rade se arrojara sobre ella para despedazarla con las garras. La Princesa alzó las cejas con incredulidad.

—¿Has sido tú? —Se llevó la mano a los labios, sorprendida—. ¿Cuándo?

—Cuando no mirabas. —Rade hablaba seria. No con mezquindad ni disfrute, sino casi sin inflexión. Casi como si se tratase de un deber cumplido del que informaba.

Anande sonrió.

—Así que la ondina tiene razón. Quería negármelo a mí misma por cualquier medio; supongo que no tiene sentido luchar contra lo que está escrito.

—Por desgracia —respondió Rade—. ¿Cuándo habías planeado matarme tú?

—Más tarde, claro. Quería disfrutar del baile primero. —La vampiro se le acercó tentativamente—. Y darte celos, también.

Rade miró a Enesti como si fuera una de las lombrices que horadaban la tierra de su tejo. La ondina dio otro paso atrás y se topó con Garai, que tiró de ella como si tratase de protegerla.

—¿Qué ocurre? —preguntó la lamiña—. ¿Qué has hecho?

—No lo tengo claro, pero creo que ha funcionado.

—Estás muy hermosa —siguió la Princesa—. No es la bebida, lo he pensado al entrar y verte.

—Calla, Anande —musitó la dríada, olvidada ya la presencia de Enesti—. No sabes lo que dices.

—Siempre has sido tan bella como siniestro tu árbol. Qué cosas hemos vivido a su sombra, ¿verdad? —Buscó su mano y Rade no se la dio. Eso no detuvo el avance de la vampiro—. Vamos, Rade, no te resistas. Largo tiempo hemos interpretado el rencor y ya no tiene caso.

La dríada se envaró y le dio la espalda.

—No era teatro. Me rompiste el corazón.

—Yo no podía fundirme con la corteza y desaparecer hasta sanar, no. Mi corazón se rompió tanto que morí —respondió Anande con suavidad—. Aún está roto.

Sus palabras ablandaron el semblante de la dríada.

—Monstruo cruel.

—Tú también has querido acabar conmigo. —Anande se acercó un poco más buscando otra vez su mano.

—Pues ya lo ves, por darme prisa he ganado —dijo Rade con un nuevo aliento. No solo no rechazó la caricia de Anande, entrelazó los dedos con los suyos—. No tardará mucho en hacer efecto.

—Ya lo ha hecho —dijo Anande entre carcajadas, sumando su otra mano al gesto de afecto—. He visualizado tu rostro durante tanto tiempo que había olvidado los pequeños detalles. Me gusta este nudo de aquí. —Tocó con un dedo una de las protuberancias del hombro derecho de Rade—. Y me gusta esta marca. —Pasó una yema por el esternón de la dríada, más cerca de ella de lo que a Enesti le parecía apropiado—. Te he odiado tanto como te he echado de menos. ¿Por qué nunca hemos hablado, Rade?

La dríada dio un respingo al notar las manos de la vampiro sobre su cuerpo, pero no se movió un ápice. Cerró de hecho los ojos cuando Anande, con aspecto más bien atontado, tocó su cabeza con la frente.

—Qué amarga es tu venganza, Anande, haciéndome dudar cuando todo está dicho. —Posó una mano en la espalda de la vampiro y suspiró—. Yo también a ti, pero es tarde.

—No lo es. —La vampiro la rodeó con los brazos—. Somos seres milenarios.

El tiempo no significa nada para nosotras. Podemos hacer lo que queramos.

—Solo necesitaba que te disculparas conmigo. —Rade bajó la cabeza, pesarosa.

—Y yo que te disculparas conmigo. Pero —Tomó a la dríada del mentón y la miró a los ojos— ¿qué es esto, si no la disculpa que necesitaba?

—Una disculpa letal.

—No esperaba menos. Siempre has sido peligrosa para mí.

Rade sollozó.

—Lo siento mucho, cariño —Rodeó el cuello de la vampiro con los brazos—. ¿Me perdonarás, aunque sea lo último que hagas?

—Por supuesto —dijo Anande con satisfacción—. Jamás me he sentido mejor que ahora, ninfa mía. Lo que has echado en esa copa ha reparado mi corazón, y juraría que hasta late, solo un poco.

—¡Ay, Anande! —La dríada se echó a llorar—. No me sueltes.

Garai empujó a Enesti para que salieran de entre la gente, pues no pocos invitados se habían acercado, entre temerosos y maravillados, ante lo que parecía la reconciliación más improbable. Cuando las vio por última vez, juró que se besaban.

—¡Ha sido hasta bonito! —exclamó la lamiña camino del patio—. ¿Crees que durará? Parecen muy enamoradas…

—Lo único que espero es que la próxima vez que vayan a intentar matarse, yo me encuentre bien lejos.



Cantaban los mirlos a primera hora mientras en el salón de banquetes, casi vacío, los últimos invitados sopesaban qué regalo llevarse. Se trataba de una decisión complicada, dado que podían contener cualquier cosa y nadie sabía cuál hasta abrirlos. Enesti había escogido una caja pequeña. La sostenía con la cara vuelta a la ventana, al resplandor gris de la nieve caída en el patio. El tejo de Rade se alejaba a lomos de los escarabajos tras el coche de Anande.

—Parece una comitiva fúnebre —dijo Urrik, a su lado.

—Pensaba que se habían marchado ya —respondió ella.

—Que yo sepa hubo un intento, pero ya se sabe cómo son estas cosas.

Un poco más allá, en un diván, Garai roncaba suavemente aferrada a su peine de oro. Una criada que barría se detuvo a arroparla.

—Tengo que felicitaros, Enesti. Habéis logrado lo que creía imposible… y me habéis demostrado que poco me queda ya en la corte.

La ondina lo miró de reojo sin saber qué decir. El antiguo senescal continuó hablando entre suspiros:

—Lo viejo se apaga y resurge lo nuevo. Hoy el sol sale antes que ayer, pero

más tarde que mañana.

—Es ley de vida —respondió ella.

—Sí. Y tenedlo en cuenta. El ciclo no se detiene jamás.

Enesti abrió la caja de su regalo y extrajo el contenido. Los dos lo miraron con atención. Era una piedra. Un trozo de roca plagado de oquedades, con dos o tres conchas adheridas de un hermoso resplandor perlado, y no por ello menos afiladas. Urrik se echó a reír.

—Siempre he pensado que esta tradición resultaba absurda. Yo he tenido más suerte este año: me ha tocado un juego de té.

La ondina se llevó la roca a la nariz y aspiró profundamente. Luego sonrió.

—En realidad, esto me viene muy bien —dijo, satisfecha.

—¿Ah, sí? Pensaba que en la corte no se estilaba el uso del papel, pero imagino que tenéis en mente una pila bien necesitada de contención.

Ella volvió a olfatear la roca y cerró los ojos. Era el pedazo de su tierra, o más bien de su mar, que la anclaría a la corte en los años venideros.

El corazôn de una bruja

Marina Tena Tena



MARINA TENA TENA

Marina Tena Tena (Madrid, 1989) estudió Magisterio en la Universidad Complutense de Madrid. Ha trabajado como profesora y educadora social y desde 2018 se dedica también profesionalmente a la escritura.

Su literatura navega entre el terror y la fantasía oscura, y habitualmente transita la literatura infantil/juvenil haciendo hincapié siempre en la psicología de los personajes.

Sus relatos han aparecido en diferentes antologías, en 2018 recibió el Premio Ripley de Triskel por su relato *Las raíces,* y al año siguiente su novelette *Legado de plumas* fue nominada a los premios Guillermo de Baskerville. En 2020, su libro infantil *No escuches a la Luna* ganó el premio Ignotus a mejor libro infantil y juvenil, premio que también recibió en 2022 en la cateogría de relato por *No te sientes a la mesa de la bruja* (Editorial Crononauta).

En septiembre de 2023, fue galardonada con el I Premio Lestat de Lioncourt de la editorial Dimensiones Ocultas por su novela *Una Casa sobre tus Huesos.*

I

Había fantaseado cientos de veces con la muerte de mi hermana. No quería matarla directamente. Tampoco quería mancharme las manos de sangre, ni cometer un crimen por el que pudiesen incriminarme. O, mucho peor, romper el corazón de nuestra madre. Las brujas tienen el corazón de cristal: si lo partes se convierte en esquirlas y todas ellas están envenenadas.

Lo que yo soñaba era que mi hermana se muriese sin mucha tragedia y sin hacer ruido. Podía dejar de respirar en sueños, de forma pacífica. O podían ser unas fiebres repentinas y letales las que se la llevaran. No quería que sufriese, no soy ningún monstruo. ¿Era mucho pedir que dejase de existir?

Himilce no era una hermana cruel, ni malvada. No se parecía a las hermanastras feas y envidiosas que, en los cuentos, torturaban a las pobres protagonistas. Pasaba poco tiempo conmigo, pero me preguntaba cada noche cómo me había ido el día y qué había aprendido en el colegio. Me aseguraba que si algún niño me tiraba del pelo o me lanzaba piedras se encargaría de maldecirle. Yo iba al pueblo, aunque lo detestara, y ella lo evitaba, aunque deseaba conocerlo. No se pavoneaba de su poder. No quería matarla porque fuese mala conmigo, sino porque era injusto que solo ella hubiese recibido toda la magia de nuestra madre. Las brujas, como todo el mundo sabe, pasan su magia a la hija mayor.

Himilce era tres años mayor que yo. Me parecía injusto que por algo tan ridículo como la fecha en la que habíamos nacido, ella fuera bruja y yo tuviese que conformarme con encontrar un trabajo normal como zapatera, ebanista o ladrona de guante blanco. A mí me hubiera gustado ser misteriosa y esquiva, como nuestra madre. Pronunciar hechizos llenos de poder y sombra. Controlar la voluntad de los nombres y la naturaleza de los bosques. Lo ansiaba tanto que dolía. Y tenía que soportar cómo todo eso le tocaba a mi hermana.

Además, sabía que la magia es demasiado preciosa para perderse. Si la hija mayor muriese, encontraría una forma de venir a mí. Y esa idea serpenteaba por dentro de mi cráneo en las noches de insomnio o en las largas tardes que Himilce pasaba haciendo bailar a su antojo las llamas de la chimenea.

Mi madre podía ser bruja, pero no se le daba demasiado bien entender mis sentimientos. Nunca se preocupó por hacerme entender que, para ella, yo era tan especial como mi hermana. A lo mejor porque la verdad era demasiado obvia, pero hubiese estado bien que al menos mintiese y fingiera que nos quería igual a ambas.

Mi padre y yo siempre nos entendimos mejor. Me enseñaba a seguir rastros y a poner trampas. A disparar con el arco y encender hogueras. A buscar la mejor leña y cortarla de la forma adecuada. Supongo que ser dos humanos mediocres en una familia con poderes extraordinarios nos unió.

Cuando me portaba especialmente bien, me dejaba usar su reliquia favorita: el anillo de hierro por el que, al mirar, se podían ver los rastros de la magia. El que había usado para perseguir a mi madre cuando aún quería matarla.

No sé si en todas las familias ha latido el deseo de destrozarse unos a otros, o es algo típico de la nuestra.

—La magia puede ser una carga muy pesada, Romina —me dijo una tarde en la que las dos se fueron a pasar la noche en el bosque, a bañarse en la luz de la luna llena y compartir un corazón crudo de alguna alimaña.

—Pues no veo que Himilce se queje de dolor de espalda —repliqué—. Yo creo que está encantada con eso de hacer truquitos con la luz y la sangre.

Mi padre soltó una carcajada. Tenía unas manos enormes y cálidas, con un pulgar tan ancho que la uña parecía un rectángulo de ámbar. Era leñador, pero antes había sido cazador de brujas. Todo eso cambió cuando conoció a mi madre, claro. Mamá insistía en que no le había hecho falta lanzarle ningún hechizo, que él solito se había enredado con sus sentimientos y había caído de bruces a sus pies.

Se puso un poco más serio, con la vista fija en la linde del bosque por el que habían desaparecido. Decía que mamá era fiera, pero yo sabía muy bien que se preocupaba por ella en sus acampadas. Una persona no puede pasarse media vida estudiando cómo matar a otra sin ser consciente de todos sus puntos vulnerables.

—Cuando tienes magia, va a haber siempre personas que te busquen para conseguirla —dijo en tono más grave—. Algunos para curar sus heridas o salvar sus cosechas. Otros para conseguir el amor o buena fortuna. Y unos pocos, los más peligrosos, para acabar con ella. Las brujas nunca pueden descansar del todo. Siempre tienen que estar alerta.

«No me importaría estar alerta» pensé. Papá me miró con ojos solemnes. Teníamos los mismos ojos claros, de un azul de enero, sin nubes ni misterio. Los de ellas eran grandes y oscuros, como si un millón de sombras se deslizaran, unas sobre otras, desvelándoles secretos que nosotros nunca conoceríamos.

—Quiero que me prometas que siempre velarás por tu hermana.

—Himilce es la mayor —refunfuñé—. Y la poderosa. Y la lista. Y la guapa. Tendrías que decirle a ella que prometa protegerme a mí.

—No me hace falta. —Esbozó una sonrisa tranquila—. Sé que lo hará sin que se lo pida. Pero tu hermana también te necesita.

Arrugué la nariz con la vista fija en el bosque. Crucé los dedos detrás de la espalda.

—Lo prometo —mentí.

No tenía ninguna intención de cumplir mi palabra.

Eso fue antes de que a papá se lo llevaron las fiebres. Ni siquiera nuestra madre fue capaz de salvarlo. La muerte apareció de noche, como los rateros o los lobos que acechan el ganado, y cuando nos despertamos se había llevado a mi padre, dejando solo un cuerpo vacío y pesado.

La muerte de mi padre hizo que a nuestra madre le estallara el corazón. Las esquirlas la envenenaron tanto que una tarde de otoño se alejó, sin despedirse, caminando sobre hojas de oro, ocre y barro.

Yo tenía once años. Himilce, catorce. Mi hermana lloró y yo quemé todos los vestidos de nuestra madre. Aún entonces soñaba con que el frío o la pena acabasen con mi hermana, y yo me hiciera con esa magia que nunca había sido mía, por mucho que compartiésemos la misma sangre. Encontré los libros y los cuadernos de nuestro padre en los que hablaba de cómo identificar a las brujas y cuáles son sus debilidades. El hierro, la plata y sus propias palabras. Se podía confundir la voluntad de las brujas con la labia y el ingenio suficiente para volver contra ellas su propia magia.

Pero Himilce seguía viva y a mi lado. Era incansable a mis malas respuestas o a las veces que la ignoraba. Cada mañana se despertaba antes que yo para prepararme un desayuno con nuestras cada vez más escasas reservas. Himilce me cantaba y me trenzaba el pelo, y recitaba hechizos de protección por las noches. Mi hermana me quiso con tantas fuerzas que me alegré de que no hubiera muerto, de que aún estuviésemos juntas.

Ser huérfanas nos convertía en islas. Estábamos rodeadas de tormenta y océano. Pero al menos nuestras playas se rozaban. Yo seguí aprendiendo formas de matarla, pero lo hacía sin urgencia, cada vez más como una curiosidad y con menos voluntad de acabar con su vida. Creo que Himilce lo sabía, alguna vez me quedé dormida sobre el viejo tratado de nuestro padre. También me veía afilando las armas de mi padre, o colocando las herramientas que servirían para atraparla. No sé si no me tomaba en serio o si prefería ignorarlo, pero pasaron las estaciones y seguíamos vivas y juntas.

En primavera yo ponía trampas para conejos y mi hermana regaba el huerto con sangre menstrual, polvo de huesos y cáscaras de huevo. Yo me encargaba de hacer recados a nuestros vecinos a cambio de unas monedas mientras Himilce vendía elixires, curaba heridas y eliminaba males de ojo. Yo me aseguraba de que siempre hubiera flores en la tumba de nuestro padre y ella vigilaba el sendero por el que nuestra madre había desaparecido.

Entendí con el tiempo que nunca seríamos parecidas, pero no nos hacía falta serlo para cuidar la una de la otra. Y casi me olvidé de lo mucho que deseaba tener su magia.

II

La primera vez que Danilo vino a nuestra casa pensé que era uno de esos chicos que buscaban la ayuda de mi hermana para conseguir buena fortuna en el trabajo, o protección en un viaje o cualquier otro asunto que tuviera que ver con la magia. Tenía su misma edad. Para entonces, Himilce acababa de cumplir los diecisiete años, y era tan hermosa que a veces mirarla resultaba doloroso, y otras veces tan solo hipnótico. Él era alto y esbelto, y vestía con ropa de aspecto caro. Tenía el pelo brillante y largo, del color de la arena mojada, y una sonrisa de dientes blancos.

—¿Eres tú Himilce? —me preguntó.

Fruncí el ceño antes de sacudir la cabeza. A veces, la gente que buscaba a mi hermana me preguntaba por ella, pero nunca nos habían confundido. Danilo me ofreció la mano y me dijo su nombre antes de añadir:

—Debes de ser su hermana entonces, me dijeron que la maga era la doncella más hermosa que nadie hubiera visto nunca. Al mirarte pensé que podías ser ella.

No sé qué efecto esperaba que causaran sus palabras. Seguí mirándole con el ceño fruncido, completamente desconcertada. Himilce era hermosa, pero nadie visita a una bruja solo para admirarla. Buscaban su ayuda, a veces su consejo, pero no su compañía. Además, me molestaba que fingiera habernos confundido. Sabía que era mentira.

Yo estaba satisfecha con mi aspecto porque era el mío. Mis piernas eran lo bastante ágiles y resistentes como para aguantar marchas por el bosque en busca de setas o presas pequeñas. Mis ojos, claros como los de mi padre, podían detectar pequeños detalles en la distancia y hacían que me apañase bastante bien incluso en la oscuridad. Mi piel no resplandecía, porque no había logrado reunir la voluntad para arrancarle la magia y la vida a mi hermana. Aún no. Mis manos eran hábiles, aunque no fueran suaves. Ser bonita o fea no era algo que me preocupase, pero su mentira me hacía desconfiar de él.

Danilo entró en nuestra cabaña y yo seguí cortando la leña y apilándola en el cobertizo para cuando el invierno se volviera crudo y blanco. No dejaba de vigilar la puerta por el rabillo del ojo. Danilo tardó mucho en salir. Lo hizo con un saquito en la mano y acompañado de mi hermana. Himilce no solía acompañar a los visitantes en su camino de vuelta, y menos aún con esa risa suave y esa forma de mirarles, como si la magia no le perteneciera a ella. Hablaban en tono bajo, de confidencias. Quise acompañarlos, aunque no me importaba demasiado saber qué estaban contándose, no quería perder de vista a mi hermana. Así que, cuando se alejaron, les seguí a cierta distancia, refugiándome en los arbustos de dedos espinosos y en los árboles que se inclinaban sobre el camino.

Danilo y mi hermana caminaron un buen trecho, sin prisa y sin dejar de hablar. Llegaron hasta el cruce de caminos que llevaba directamente al pueblo y, en vez de separarse, siguieron charlando allí, muy juntos y sonrientes. Al despedirse, él le sujetó la mano. Se quedaron quietos más tiempo del que me pareció cómodo, o educado. Al final se separaron, y yo me escabullí por el bosque para que Himilce no me encontrara. No sabía la razón, pero estaba irritada. No quería volver con ella a casa así que fingí que no la escuchaba cuando, al caer la noche, salió a buscarme y me llamó durante un largo rato para que fuera a cenar con ella. Cuando por fin volví lo hice como los gatos, en silencio y a oscuras. Tomé la porción de cena que había reservado para mí y comí a solas, sin llegar a entender por qué seguía tan inquieta. Himilce se acercó para desearme buenas noches y, aunque no le conteste, no parecía molesta, solo preocupada.

Esa noche me dormí muy tarde, leyendo y releyendo los libros de mi padre. Hablaban de cómo distinguir una bruja y cómo encontrarlas, pero no decían cómo saber quiénes era los cazadores, cómo vestían ni cómo detenerlos.

III

Danilo volvió a la semana siguiente. Y la de después. Sus visitas empezaron a volverse más frecuentes y seguidas. Pasaba cada vez más tiempo con mi hermana. Solían pasear alrededor de la casa, aunque algunas veces también se quedaban hablando junto al fuego del hogar.

Empezó a traer regalos. Lazos rojos, chucherías, broches y otros detalles. Himilce tenía que esconderlos para que yo no los encontrase, porque los lanzaba al fuego si caían en mis manos. Ver cómo ardían me resultaba reconfortante. Seguro que era parecido a lo que ella sentía cuando lanzaba un hechizo de protección sobre la casa.

Al principio, Danilo se empeñaba en saludarme cada vez que pasaba delante de mí. Por eso aprendí a estar en guardia para alejarme y mantenerme escondida antes de que se acercase a nuestra casa. Me alegré de que llegara el invierno. Los días se volvían más fríos y más cortos, y al menos sus visitas eran más breves. El solsticio de invierno se acercaba, en el pueblo empezaron a decorar sus ventanas y en la entrada de la iglesia colocaron un abeto para celebrar la Navidad. Himilce y yo nunca habíamos participado en esa fiesta. Cuando nuestros padres estaban con nosotras, mamá horneaba roscón y papá asaba un pavo en el horno. Himilce y yo pasábamos la mañana jugando y nos acercábamos lo bastante al pueblo para escuchar los villancicos y cantarlos de vuelta a casa. Teníamos nuestra propia versión, y eso hacía que me parecieran más especiales, como si formaran parte de un idioma que solo nosotras compartíamos.

Conforme se acercaba la fecha las visitas de Danilo eran cada vez más habituales, aunque fueran más fugaces. Tenía que pasar más tiempo escondiéndome entre los árboles y vigilando mi propia casa. El cielo se volvía de un gris más denso y las urracas volaban más bajo, como si percibieran algún tipo de catástrofe. La primera tarde que nevó tuve que refugiarme bajo los sauces, temblando bajo la capa de mi padre hasta que por fin distinguí a Danilo recorrer el camino de vuelta hacia el pueblo.

Otros años habíamos salido juntas a recibir con alegría los primeros copos de nieve. Odié a mi hermana por olvidarme esa tarde, y a Danilo, con más fuerza, por hacer que me olvidase. Himilce me estaba esperando cuando regresé a casa. Me ayudó a quitarme la capa porque tenía las manos entumecidas y me acompañó hasta el fuego. Yo me aparté de ella, pero me quedé lo bastante cerca para que volviera a abrazarme.

—No deberías comportarte como una criatura salvaje —me susurró con tanta ternura que logró que no me enfadasen sus palabras—. Danilo es una buena persona. Mira, te ha traído esto.

Me entregó un paquete de tela que desenvolví con cierta reticencia. Dentro había un anillo de plata pulida. Arrugué la nariz.

—Es grande para mí.

—Bueno… —Las mejillas de Himilce tomaron un tono rosado—. La verdad es que primero me lo dio a mí, pero le dije que me molestaba. Mira, me ha dado uno de oro. —Me lo enseñó como si se tratase de un tesoro incalculable. Supongo que lo era, pero hasta ese momento mi hermana no le había dado mucha importancia a las joyas, si no eran necesarias para sus ritos—. Le dije que devolviese el anillo de plata, pero insistió en que te lo quedases tú.

—Entonces no es un regalo —repliqué—. Son las sobras del tuyo.

—Es un detalle —insistió Himilce. Cogió mi mano e intentó deslizarme el anillo por el dedo. Yo cerré el puño con una mueca—. Me gustaría que te cayese bien. Nos ha invitado al baile de Navidad del pueblo.

—Te ha invitado a ti, ¿verdad? —gruñí, pero no me escuchó.

—También ha dicho que le encantaría que nos quedásemos a cenar.

Tenía las mejillas rojas al decir eso último. Apreté los dientes. Sentía rabia y miedo. No me fiaba de Danilo y me parecía absurdo que mi hermana lo hiciera. Apenas había pasado tiempo desde que le conocía, podía ocultar cualquier cosa. Pero lo que más miedo me daba era darme cuenta de que Himilce quería pasar la noche con él. Sonreía más al pensar en él que al hablar conmigo. Era absurdo que algo tan horrible como la muerte de un padre y el abandono de una madre nos hubiesen unido y que algo inofensivo como conocer a una persona nueva nos separase.

—No pienso ir a ningún baile. Me voy a quedar aquí, como cada año.

—Por favor…

—Ve tú, si tienes tantas ganas.

Antes de que mi hermana pudiese replicar, abandoné la cocina y me encerré en el cuarto de papá. Himilce no me seguía allí. Había algo en esos manuales y amuletos para cazar brujas que la repelía. Me envolví en una manta y pasé la noche releyendo los mismos libros con la esperanza de encontrar un pasaje nuevo, uno escrito para mí, uno que me dijese qué podía hacer para mantener a mi hermana a salvo conmigo.



El día del baile de Navidad me despertó un olor a tortitas y café con canela. Mi hermana cantaba desde la cocina. Pensé que se había dado cuenta de lo estúpida que era la idea de Danilo (y también el propio Danilo). Podríamos pasar ese día igual que siempre, las dos juntas en nuestra casa. Salí de la cama y atravesé de puntillas el pasillo. Extendido sobre mi lado de la mesa había un precioso vestido rojo nuevo y de mi talla. Mi hermana, de espaldas, llevaba uno exactamente igual y un lazo en el pelo del mismo color. La cinta ondeaba con gracia sobre su largo pelo oscuro.

Con un nudo en el estómago me escabullí fuera de casa y corrí al refugio del bosque.

Me imaginé que mi hermana vendría a buscarme y que, en cualquier momento, la escucharía gritar mi nombre. Le daría pistas de dónde estaba sin responder de forma directa, y dejaría que se acercase poco a poco como si jugásemos al escondite. Cuando me encontrase lo haría entre risas, y me llevaría de la mano a casa para que entrase en calor frente a la chimenea. Me prepararía una taza de té para reconfortarme, cantaríamos villancicos y se olvidaría de esa estúpida fiesta navideña a la que la había invitado Danilo. Así deberían haber sido las cosas, pero eso no fue lo que ocurrió.

Las horas que pasé paseando a solas fueron largas y blancas, silenciosas como la nieve que delataba cualquier huella. Tenía que mantenerme en movimiento para no quedarme aterida, pero el cansancio me calaba más profundo que el frío. En vez de andar, arrastraba las piernas, dejando detrás de mí un rastro demasiado obvio en el que nadie se interesó. Mi hermana no vino a buscarme. Cuando me asomé al claro de nuestra casa vi que no había luz en las ventanas. Al entrar, la casa estaba oscura y fría. Himilce había apagado el fuego antes de irse. Mi vestido rojo seguía en el mismo sitio y, sobre él, una nota: nos vemos en el baile.

Arrugué la nota y la hice trizas. Me la metí en la boca y mastiqué con rabia para escupirla sobre los troncos de la chimenea. Encendí el fuego y me sequé las lágrimas de rabia de las mejillas mientras la miraba arder. La caligrafía de mi hermana se retorcía en un papel que se volvía cada vez más negro, hasta que fue

imposible leer nada. Y sentí que era el presagio de algo terrible.

Decidí que lo hablaría con mi hermana en cuanto volviera. Mantuve el fuego encendido, recogí la cocina y recorté flores blancas de papel para decorar las ventanas. Incluso decidí ser educada con Danilo, lo haría por ella, para evitar que nos alejásemos más.

Pero esa noche Himilce no regresó a casa.

IV

Al principio pensé que a lo mejor los bailes de Navidad se alargaban hasta bien entrada la noche. Luego, el cansancio y el chisporroteo del fuego me adormecieron y no me desperté hasta que despuntó el alba. Aún con los párpados pesados de sueño recorrí la casa, por si Himilce había regresado mientras estaba dormida. Pero no había nadie en su dormitorio, la cocina estaba tal y como yo la había dejado, y nuestra casa olía a madera, humo y vacío, sin el aroma dulce de mi hermana.

Me asomé a la ventana. Había seguido nevando durante la noche y el campo parecía cubierto con el velo de una novia. No llegaban sonidos ni cánticos desde el pueblo y el corazón se me agitó con un mal presentimiento. Me puse la capa, las botas y salí en busca de mi hermana.

Era como si el mundo entero contuviese el aliento. Las nubes, grises y densas, impedían el paso del sol y amenazaban con descargar más nieve en cualquier momento. El vaho de mi respiración se me condensaba en la punta de la nariz. La nieve crujía bajo mis botas y entonces, al llegar al cruce de caminos, la encontré.

Por un instante, un instante terrible en el que el mundo entero se sacudió, a punto de explotar en miles de esquirlas, pensé que estaba muerta. El lazo que había llevado atado con gracia estaba enredado en su pelo enmarañado, parecía un río de sangre surcando la cabeza de mi hermana. Pero los muertos no se mueven e Himilce alzó la mirada.

—Romina… —suspiró—. Oh, Romina, ¿por qué no te escuché?

Tenía los ojos rojos y el rostro demacrado. La falda del vestido estaba sucia y al acercarme a ella me sacudió las entrañas un olor pútrido y ácido. A bilis y a vómito. La sostuve. Mi hermana estaba blanda y helada.

No sé de dónde saqué las fuerzas para cargar con ella hasta casa. Himilce se tropezaba con sus propios pies y se dejaba llevar con reticencia distraída.

—Vamos —gruñí bajo su peso—. Va a empezar a nevar de nuevo.

—Déjame aquí —murmuró con voz quebradiza—. Si hubieras visto cómo se reía de mi... Todos sabían que había veneno en mi copa. Él mismo me la dio, intentó que me la bebiera toda.

Él. Mi hermana no quería llamarlo por su nombre, pero yo sabía a quién se refería. Cualquier cazador de brujas sabe que son alérgicas a la plata y Danilo le había entregado un anillo de ese material. Ya no me quedaba ninguna duda: no habían sido los celos, era mi instinto gritándome que el peligro rondaba nuestra casa. Danilo había fingido ser encantador solo para ganarse su confianza. La había envenenado y, aunque mi hermana no había bebido lo suficiente para matarla, su corazón estaba roto. Y cada una de las esquirlas se le clavaban hondo en el pecho y la desgarraban por dentro.

Ya había perdido así a mi madre, no pensaba permitir que Himilce también me abandonara. Me las arreglé para llegar hasta casa y sentarla en el sofá, junto al fuego. Avivé las llamas y la envolví con la manta más cálida que teníamos. Calenté el agua para preparar una infusión de miel y jengibre. Le hablé con voz suave y usando palabras dulces que sonaban extrañas en mi lengua afilada. Mi hermana no volvió a mirarme, tenía los ojos vacíos y ya ni siquiera lloraba. Suspiró y dijo:

—Al menos, cuando me muera, te quedarás con mi magia. Serás una buena bruja. Mucho mejor que yo.

Y ya no dijo nada más.

Se rindió en silencio. Se convirtió en un barco que se hundía sin que nadie tratase de achicar el agua. Mi hermana se estaba dejando morir. Era lo que yo había querido toda mi vida, y era horrible. Me había empeñado en soñar una pesadilla y ahora que se cumplía solo quería despertar. Despertarla.

La abracé, y ella seguía cada vez más fría y cada vez más lejana. Susurré su nombre y luego lo grité entre lágrimas. La sacudí, sin ninguna respuesta. Subí corriendo las escaleras para llegar al cuarto de nuestro padre, para esconderme entre las palabras de sus manuales. Mi padre, a través de sus libros, me había enseñado a cazar brujas, pero no a salvar a una. No podía hacer nada.

Yo no, pero había alguien que sí podía hacerlo. Una persona que sabía más que nadie de brujas, una que también tenía el corazón roto y, aunque no había sanado, a lo mejor estaba a tiempo de ayudarnos.

Nuestra madre.

Aunque primero tenía que encontrarla.

V

Me aseguré de que hubiera bastante leña en la chimenea para que aguantase encendida el mayor tiempo posible. No sabía cuánto iba a tardar en volver y no quería que Himilce se dejara morir de frío. Apilé también leña seca al lado del hogar, pero tenía poca esperanza de que mantuviera el fuego, o de que bebiera de la jarra que dejé a su lado, o que probase la comida que dejé a su alcance.

Estudié una vez más las notas de mi padre. Había memorizado todo lo que sabía sobre encontrar a las brujas y cómo atraparlas. Me até a la cintura el cinto con hebras de plata y cogí el puñal con runas talladas que tenía guardado en su baúl. También me llevé su otro tesoro: un anillo tosco de hierro que servía para ver espíritus a través del orificio. Me sentí extraña al equiparme con ambas reliquias, como si me hiciera mayor al llevarlo, y al mismo tiempo más consciente de lo vulnerable que era.

Antes de salir me acerqué a mi hermana y me quedé unos minutos en silencio, observándola. Después de pasarme tantos años fantaseando con su muerte no esperaba que me doliese tanto verla entregarse a ella. Era tal y como lo había deseado: no era culpa mía, y parecía una muerte rápida sin demasiado dolor. Al menos, no dolor físico. Y, sin embargo, no podía estar más lejos de sentirme alegre o satisfecha. Sentí que, si Himilce moría, recibir su magia sería como cargar para siempre con el peso de su ausencia.

Iba a luchar por ella.

—Volveré —le dije, y le di un beso en la frente antes de alejarme de nuestra casa.

El corazón se me estremecía con el pensamiento de que, si no tenía suerte, podía ser la última vez que la viera.



Corrí sobre el manto de la nieve. No me importó dejar el rastro de mis pisadas. Si Danilo las veía, esperaba me siguiera a mí en vez de acortar la vida de Himilce. El bosque me esperaba con las ramas desnudas abiertas. Me adentré sin dudar por el mismo sitio por el que mi madre había desaparecido. Y me obligué a caminar a buen ritmo cuando tuve que dejar de correr.

Una bruja deja señales a su paso, o con su mera presencia. El agua de los arroyos cercanos toma un tinte rojizo y sabor a óxido. Los cuervos, las serpientes y las cabras negras se quedan cerca, a pesar de que el clima no sea el más adecuado para ellos. Las setas crecen formando círculos alrededor de los sitios donde ha descansado y el musgo se olvida de señalar al norte para dibujar figuras caprichosas en la corteza de los árboles. Sabía buscar todos esos signos y seguí adelante a pesar de que la caminata me quitaba el aliento y me flaqueaban las fuerzas. Solo me permitía pausas breves, para beber agua o tomar un puñado de los frutos secos que había llevado conmigo. Cuando las sombras se volvieron largas como lanzas, me aferré al puñal de mi padre y seguí caminando. Tuve miedo de estar perdida, pero al llevarme el anillo al ojo vi que me adentraba en un terreno custodiado por fuegos fatuos y supe que seguía en el camino correcto. Me di cuenta de que caminaba sobre las huellas de mi padre, tras las mismas señales que nos guiaban a la misma bruja. Sin embargo, él había querido matarla

y acabó entregándole su corazón. Yo iba en busca de su ayuda y esperaba recuperar el de mi hermana.

La luna jugaba a esconderse entre las nubes, dejándose ver solo a ratos. El cansancio volvió mis pensamientos pesados y torpes. Había llegado a un claro de enebros y tejos, con tantas señales que no sabía por dónde seguir. Cuando el alba empezó a amenazar con rasgar la noche, me ovillé envuelta en la capa a los pies del tejo y temblé hasta quedarme dormida.

No sabía qué era peor: no despertarme o despertarme llena de magia. Apreté los dientes y rogué porque no pasaran ninguna de las dos cosas.



Desperté tan humana como me había dormido, y envuelta en algo suave, cálido y palpitante. Di un respingo y, con un revuelo de graznidos y batir de alas, todos los cuervos que me habían cubierto durante la noche se dispersaron contra un cielo de un luminoso gris plomo.

Me di la vuelta, y la claridad del día me mostró lo que no había sabido ver por la noche: La había encontrado.

La distinguí por los ojos: esos ojos grandes y oscuros que Himilce había heredado de ella. Era difícil reconocer sus rasgos. Mi madre formaba parte del tejo bajo el que yo me había cobijado durante la noche. Ya no tenía piel ni rasgos: era todo cortezas y dientes. Y, aun así, me miraba. Y, por la forma en la que los cuervos me habían protegido del frío, me reconocía.

—Hola, madre.

VI

El árbol no me respondió. Me moví hacia un lado y sus ojos me siguieron, así que decidí considerarlo una buena señal y empecé a hablar.

—Himilce se está muriendo.

Siguió muda y sin moverse. Me reconocía, pero ¿entendía mis palabras? Mi madre había dejado que el bosque la consumiera hasta formar parte de él. Algo tan mundano como un conjunto de sonidos ordenados de una forma concreta podía no significar nada. ¿Y si la había encontrado, pero no servía de nada? No, me negaba a creerlo. Tomé aire y seguí hablando: —Ha sido culpa de Danilo. Fingía ser su amigo… o su enamorado. La han envenenado en una fiesta. No ha muerto, pero está muy enferma. Se ha encerrado en sí misma y no sé qué hacer para ayudarla.

—Es difícil que el veneno mate a una bruja —respondió mi madre. Y me hubiera sentido aliviada si no fuera por su voz. Era una voz grave y rasposa que

no venía de su boca, porque no le quedaba ninguna. Venía de las raíces, de las entrañas de la tierra y del corazón de las rocas—. **Pero la traición puede acabar con nosotras.**

—Tienes que ayudarnos —le exigí.

Busqué algún tipo de expresión en su rostro, pero no había rostro ni ninguna emoción que pudiera identificar. El árbol tardó tanto tiempo en contestar que pensé que no lo haría, que no tenía nada más que decirme, pero entonces la tierra vibró de nuevo.

—No sé si mi ayuda bastará para sanarla. Ella tiene que desear estar viva.

—Pero ¡tienes que hacer algo! ¡Es tu hija! —Apreté los puños con tanta fuerza que noté las uñas clavarse contra la piel blanda de la palma—. ¿Vas a dejar que se muera? ¿Que Danilo siga adelante como si nada?

Temblé de furia en el silencio que vino a continuación. Las brujas muertas, o tejos que las consumen, se toman su tiempo para responder.

—No puedo prometerte una solución, niña. No si ella no quiere salvarse.—Hasta ese momento, no sabía que existieran palabras más frías que la nieve y más hirientes que el acero. Tras una pausa añadió—: **Dime, si solo pudieras obtener una cosa, ¿qué elegirías? ¿Una venganza segura o una pequeña esperanza?**

En ese momento me di cuenta de que había estado tan concentrada en tratar de salvar a mi hermana que ni siquiera me había permitido sentirme furiosa por lo que Danilo le había hecho. Ahora que la mujer del tejo me ofrecía ambas cosas noté que el odio que había sentido por él hasta entonces se había convertido en una furia negra y densa que manaba por mis venas y resultaba cegadora, si no luchaba contra ella. ¿Qué quería? Quería salvarla, por encima del odio, de la ambición o de cualquier otro sentimiento. Pero a lo mejor no era capaz de hacerlo, ni siquiera con la ayuda de la bruja. Así que, ¿la ilusión de salvarla o la seguridad de castigar a quien le había hecho aquello? Sé que para una persona buena la decisión hubiese sido más fácil. Himilce habría elegido siempre la oportunidad de salvarme, aunque fuera tan mínima como la de atrapar una estrella fugaz con la punta de los dedos. Pero yo no me parezco a mi hermana.

Mi madre esperaba. Los cuervos se agitaban entre sus ramas. Me pregunté una vez más qué se sentiría al controlarlos. Cómo me sentiría al saber que las aguas podían cantar para mí, que podía engañar a las plantas para que me dieran sus mejores frutos, que la voluntad de los hombres se tambalearía si sabía elegir las palabras adecuadas. Deseaba ese poder, siempre lo había deseado.

Hay dolor en cada renuncia, pero también algo de liberación. El alivio de saber que has tomado una decisión.

—Quiero salvar a mi hermana.

Los árboles no pueden asentir, y sin embargo lo hizo. Un cabeceo

imperceptible de la parte más alta del tronco, un agitar lento de las ramas. Los ojos de mi madre cambiaron de expresión, como si me vieran por primera vez. A lo mejor había cambiado y era la primera vez que me veía, a la nueva Romina. A lo mejor acababa de decidir quién era, y en eso consistía dejar la infancia atrás.

—La diferencia entre un veneno y un remedio está en la intención de quién lo usa —dijo el árbol—. **Quiero que tomes mi corazón y lo muelas. Hierve lo que quede de él y dáselo poco a poco a mi hija. Tendrás que hablar con ella para que funcione, tendrás que recordarle motivos para seguir viva.**

—¿Funcionará?

—Es posible.

—¿Te matará?

—Yo ya estoy muerta —respondió, y esta vez el bramido de su voz fue más quedo, casi dulce.

Pensé que debería sentirme triste, pero tenía razón. Hacía años que yo había enterrado a mi madre, ya había llorado su pérdida, ya me había dolido su ausencia. Desenvainé el puñal y, por la forma en la que las sombras de sus ojos se iluminaron, supe que reconocía el arma de mi padre. Apoyé la otra mano sobre los dientes y la corteza.

—Gracias.

—Dile a tu hermana que cuide de ti.

No necesitamos más despedida. Hundí el puñal en el tronco. Se abrió con la facilidad de la mantequilla, y de la herida brotó sangre roja y espesa. Hice la herida más amplia, más profunda, sin importarme que la sangre me manchara las manos, la capa y las mejillas. Cuando la herida fue lo bastante honda empujé la mano por el hueco. El interior del árbol era viscoso y cálido. Encontré a tientas el corazón, roto y palpitante. Cerré los dedos alrededor y lo arranqué de un tirón seco.

Cuando lo saqué, los ojos habían desaparecido del árbol. El tejo estaba quebrado y seco, consumido desde dentro. Los cuervos me miraron con desinterés y alzaron el vuelo con un batir de alas perezoso. Alcé la cabeza hasta que les perdí de vista. La soledad que me rodeaba era fría y calmada.

Y, en mi mano, el corazón seguía cálido.

VII

El camino de vuelta a casa fue largo, pero lo recorrí sin detenerme, ni tan siquiera para beber agua. El corazón de mi madre ya no palpitaba. Muy lentamente, se iba a descascarillando en mi mano. Trozos de piel finos y afilados como esquirlas de hielo se desprendían por el camino. Así que yo apretaba el

paso y caminaba sobre unas piernas tan cansadas que no me hubiese sorprendido que se desgastaran con el roce del sendero. «Entonces, seguiré andando sobre las rodillas. Sobre los huesos, si la carne se me desgarra. Me arrastraré con las manos y sujetaré este corazón entre los dientes. Me desgastaré, pero encontraré la forma de llegar a casa».

Lo bueno de haber tomado una decisión es que puedes seguirla incluso cuando el camino se acaba.

Llegué con piernas y sin aliento. La casa estaba tibia y oscura. Mi hermana estaba viva y ausente. Me lancé a sus brazos y le besé la frente, sin darme cuenta de que le manchaba la piel con la sangre de nuestra madre.

—¡Te dije que volvería! —exclamé, entre exultante y aterrada.

¿Me escuchaba? ¿Me sentía? No daba muestras de hacerlo.

Corrí a la cocina y busqué el mortero con el que moler el corazón. Era sorprendentemente fácil, como si estuviese hecho de hojas secas y emociones desgastadas. Lo machaqué hasta convertirlo en un polvo fino, de un color entre el granate y el gris. Encendí el fuego y caminé de un lado para otro, impaciente, mientras las llamas tardaban una eternidad en calentar el cazo del agua.

Había dado todo por una esperanza, y la esperanza dolía. Si no servía para nada, si Himilce elegía morirse, no sabía si sería capaz de curarme la herida que me dejaría. La casa sería demasiado grande para mí sola, y tendría demasiados recuerdos a los que no me sentía capaz de enfrentarme. Tendría que irme y empezar de nuevo, y no quería tener que conocer a nadie, pero tampoco quería quedarme sola para siempre. Las manos me temblaron al preparar la infusión. Mi madre me había dicho que la diferencia del remedio y el veneno estaba en la intención de quien lo preparaba y yo nunca había tenido la mía tan clara. No quería la magia, quería a mi hermana. Y esperaba que fuera suficiente, porque no podría soportar perderla.

Removí la infusión hasta que estuvo tibia y entonces me senté frente a ella, cubriéndome con la misma manta.

—Toda mi vida he querido que murieras, pero no la has hecho. Así que ahora, tienes que vivir porque así te lo pido —dije con voz firme—. Me lo debes.

Empecé a darle el remedio con mucho cuidado y aún más mimo. Nuestra madre me había dicho que tenía que recordarle motivos por los que estar viva, así que le hablé de nuestros juegos en el bosque cuando éramos pequeñas y de cómo admiraba la forma en la que la naturaleza parecía bailar a su alrededor para adaptarse a sus movimientos. Le hablé del camino entre las montañas y de lo mucho que nos alegrábamos cuando veíamos la primera flor de la primavera, de las noches que contábamos estrellas en verano, el crujir de las hojas secas bajo nuestras botas en nuestros paseos de otoño, en busca de setas o de ingredientes para sus pociones, y la alegría con la que recibíamos la primera nevada del invierno. Le confesé, bajito y a regañadientes, que la quería demasiado para

perderla. Cuando la poción se estaba terminando le canté los villancicos que habíamos aprendido y le prometí que volveríamos a celebrar la Navidad nosotras dos juntas, como siempre lo habíamos hecho. Me quedé dormida junto a ella y por la mañana estaba sola.

Pero alguien me había arropado mejor con la manta y desde la cocina me llegaba el aroma del pan tostado, el té de jengibre y los pasteles de canela.

VIII

Algo que aprendí de mi hermana es que recuperarse de algo muy doloroso no solo es lento, a veces se retrocede y hay temporadas en las que no se avanza en absoluto. Himilce recuperó sus encargos, pero trataba a la gente como si fueran animales salvajes que en cualquier momento pudieran morderla. Nunca más volvió a acercarse al pueblo, yo pasé a ocuparme de las pequeñas tareas en las que teníamos que visitarlo.

En los días malos, me metía con ella en la cama y le volví a susurrar todas esas cosas que nos alegrábamos de haber vivido juntas y todas las que merecía la pena esperar a que llegaran. Himilce tardó en sonreír, pero lo hizo. Se recompuso poco a poco. Estoy segura de que, bajo la piel y la carne, las cicatrices eran visibles. Con magia, o sin ella, las heridas del corazón se cierran, pero no desaparecen.

Me preguntó de dónde había sacado el remedio y ella sí que lloró al escuchar que había venido de nuestra propia madre. Fue un llanto extraño. Mezclaba el dolor por su pérdida con la emoción de saber que, en cierto modo, se había sacrificado por ella. Y también, me dijo, porque yo había elegido la posibilidad de salvarla en vez de la certeza de vengarla.

Estaba equivocada en eso. Sin la ayuda de nuestra madre, no hubiese tenido ninguna otra forma de salvarla. Pero matar es humano, y para hacerlo no necesito magia.

Ha pasado un año. Un año con momentos buenos y días duros, con sonrisas dulces y amargas. Un año en el que mi hermana ha mejorado mucho sus hechizos de protección y en el que yo he aprendido a mover el puñal como si fuera parte de mi propio cuerpo. La nieve ha cubierto el bosque de azúcar espolvoreado. Amortigua los sonidos y los últimos villancicos que nos llegan desde el pueblo. Hemos cantado juntas, Himilce preparó la cena y yo afilé las armas. Esta Navidad, como todas, hay un baile, y no puede importarme menos no estar invitada. Antes de irme, le doy un beso en la frente. En este año he crecido hasta ser más alta que mi hermana.

—Volveré —le digo al despedirme.

Ella me abraza con fuerza y por un momento pienso que me va a pedir que

no lo haga. Entonces me susurra al oído:

—Quiero que sufra.

—Sufrirá —sonrío.

Esta vez, cuando camino por la nieve, procuro que mis pisadas no dejen ningún rastro. Tiene gracia. He fantaseado cientos de veces con la muerte de mi hermana. Pero si es otro quien osa hacerlo, fantasear con su muerte no me basta.

Si las estrellas se apagan

Virginia Orive de la Rosa



VIRGINIA ORIVE DE LA ROSA

Virginia Orive de la Rosa (1982, Vitoria) es licenciada en Administración y Dirección de empresas por la universidad de Valladolid, y se trasladó a Madrid en 2006 donde reside actualmente.

Sus intereses la han llevado hacia la poesía y el relato corto, así como a explorar novelas de géneros diversos como la ciencia ficción, la fantasía, el humor absurdo o los relatos históricos.

En 2020 publicó *Propósito, Logro, Duelo* (Editorial Titanium), a la que seguirían la novela corta *Intrigancles contra el sistema demostrático* (Editorial Cerbero) y la novelette *Tras la muerte, al fin, paz (Srava 01)* (Editorial Cerbero).

Cuenta también con numerosos relatos en su haber entre los que destacan *Lo mejor era olvidar*, merecedor de una mención en el segundo certamen de relatos de fantasía y ciencia ficción de la revista Supraversum y *Aunque sean gilipollas*, primer finalista en el Primer concurso de relatos de Phantastica, publicado en la

revista Windumanoth y posteriormente por Ediciones El Transbordador dentro de la antología *Historias Phantasticas*.

Gusuun caminaba arrastrando los pies, cansada tras varias semanas de recorrer los caminos vendiendo palabras. A sus setenta y tres años recién cumplidos, sus vecinos llevaban más de una década insistiéndole en que acogiera una aprendiz a quien instruir en su arte; a la que poder enviar en su lugar mientras ella envejecía tranquila en casa. Ignorantes; como si tejer palabras como ella lo hacía estuviese al alcance de cualquiera. No, ese conocimiento le pertenecía a su familia y moriría con ella si así debía ser.

Se detuvo al llegar a la encrucijada; una como tantas otras, sin letreros ni señales que indicasen a dónde conducía cada sendero. Por fortuna, ella nunca se perdía. Llevaba toda una vida viajando de pueblo en pueblo, con su magia cargada en un saco desgastado, y siempre se guiaba por las señales del cielo. Sabía en qué dirección aparecía cada uno de los soles y por dónde se ocultaban, también conocía el mapa que formaban las estrellas. Además, aquel cruce de caminos era un viejo amigo, uno de los senderos la llevaría a casa si lo tomaba.

Y así lo hizo, era hora de regresar. Un mar de pensamientos rompía en las orillas de su mente, al compás de la marea de sus emociones. Últimamente había pocas ocasiones en que se dejase llevar por la alegría, sus reflexiones se volvían más y más turbulentas a medida que el tiempo moría sin que pudiera hacer nada más que verlo marchar. Por si envejecer no supusiera ya suficiente carga, los invasores habían llegado a su pueblo hacía poco menos de un año. Desde entonces, habían ocupado más y más casas, instalándose en cada rincón y mezclándose con el pueblo de Gusuun, como si toda la tierra les perteneciera. Supuso que así era, pero eso no lo volvía menos molesto.

En algún lugar, hacía más de un año, se había librado una guerra. Tan lejos de su pequeña aldea que solo habían recibido las noticias que viajaban con el viento: bravuconadas, gritos y susurros temerosos. Nada que permitiese a una saber lo que de verdad ocurría. En realidad, habían sido poco más de unas cuantas batallas sueltas sin orden ni sentido; el proceder habitual de su pueblo.

Habían perdido, por supuesto, como siempre hacían. Su mayor defensa consistía en que nadie deseaba quedarse demasiado tiempo en la árida tierra que había pertenecido a sus antepasados. Los conquistadores solían marcharse en cuanto se aburrían de saquear las pocas riquezas que poseían los lugareños. Entonces volvía la calma y el mundo se recomponía.

Habían perdido, y todos sus vecinos habían comentado con temor las duras represalias que caerían sobre ellos por haber opuesto resistencia. Ella se había limitado a escuchar y esperar. Al final, ninguna de sus aciagas predicciones se hizo realidad; no, había sido mucho peor. Poco a poco, los invasores se habían mezclado con ellos y, durante todo ese tiempo, sus rostros lucían sonrisas conciliadoras y de sus labios goteaban palabras amables. Creyéndose a salvo, su pueblo perdió el miedo, se relajó, pero Gusuun, que hasta entonces había permanecido tranquila, era ahora quien más se preocupaba.

Habían perdido, y aquellos extranjeros trajeron consigo su cultura, sus creencias y su manera de hacer las cosas. Las imponían con amabilidad, pero sin el menor reparo. Perder la vida no le hubiera resultado a la anciana tan terrible como que su identidad se desvaneciera, arrasada por la horda de nuevas costumbres que los invasores traían con ellos. Aquella gente no se tomaba la molestia de comprender la mentalidad de Gusuun y los suyos. Esperaban, de un modo un tanto infantil, que abandonasen todo en lo que siempre habían creído para encajar en el mundo que ellos venían a ofrecerles.

La hacedora de magia prefería que la mataran a renunciar a sus tradiciones.

No es difícil imaginar el desasosiego que la asaltó cuando llegó a las puertas de su hogar y descubrió que la casa vecina pertenecía ahora a una familia extranjera. Torció el morro igual que si hubiera visto a un asno cagarse en su dormitorio. Entró en casa rezongando, quejándose de los invasores y sus extrañas costumbres bárbaras, pero el ánimo le cambió tan pronto como cruzó el umbral. En el patio, altivo y majestuoso, aguardaba el tejo que había acompañado a su familia durante más de quinientos años. Allí seguía aún, creciendo, alimentándose de la tierra de su pueblo y del cariño con que Gusuun lo atendía.

De niña, su madre solía contarle que cuando sus antepasados lo plantaron, sus vecinos habían criticado mucho su decisión. «Un árbol venenoso no puede dar magia buena». Su familia demostró que aquello no era verdad. La propia Gusuun había continuado con la tradición imbuyendo palabras para ofrecerlas a otros; una oportunidad de hacer realidad sus deseos. Una única palabra que desencadenaba un único efecto concreto según su significado y la intención infundida en ella por quien la usaba. Magia buena, poderosa. Para practicar su arte, no era necesario tomar ninguna parte del árbol; su familia lo amaba demasiado como para mutilarlo. En lugar de eso, tejían hechizos sentados a su sombra, sobre las pesadas raíces que lo anclaban al mundo, a la tierra de su pueblo, a sus costumbres. Él los protegía del calor, del viento y la lluvia. Sin veneno. Así era como se hacía magia buena.

El tejo pareció notar su llegada y permitió que el viento meciera sus ramas hasta que Gusuun adivinó las estrellas que brillaban en el cielo, entre las hojas.

—Ya estoy en casa, compañero —lo saludó, colocando la palma sobre su tronco—. Mis palabras han hecho felices a muchos y, por ello, te doy las gracias.

Descansaré esta noche y mañana me sentaré contigo a trabajar.



Evitó cuanto pudo cruzarse con sus nuevos vecinos, pero hay citas en la vida que son ineludibles y dos días después, de buena mañana, coincidió con ellos al salir de su casa rumbo al mercado. Había indagado en el pueblo, ansiosa por descubrir a qué se enfrentaba, y los había espiado desde la ventana cuando entraban y salían. Nada ni nadie escapaba del escrutinio de sus ojos negros. Por ello sabía que se trataba de una pareja de recién casados que buscaba comenzar una nueva vida en común en el pueblo.

—Buen día tenga, señora —saludó con entusiasmo una muchacha joven de piel pálida y pecosa.

Sus ojos marrón verdoso la miraban cargados de curiosidad mientras se atusaba el cabello de un tono rubio sucio. Lo llevaba sujeto en un moño apretado, como si temiera que se le escapara a alguna parte en cuanto se despistara.

Al menos le había hablado en su idioma, con un acento espantoso, pero comprensible. Gusuun suspiró y alzó la mano para llevársela primero a la frente y después al pecho, tal y como dictaba la costumbre que aquella necia extranjera no se había molestado en aprender.

—Los soles alumbren su día —respondió en tono seco, pronunciando las palabras con lentitud para que la muchacha pudiera captar cada matiz.

—Y el suyo —dijo el hombre un tanto cohibido. Todo en él era castaño, incluso la piel saludablemente bronceada.

Le gustó más que la esposa, parecía respetuoso, y asintió con la cabeza en señal de aprobación. Hasta que vio la escalera que cargaba y descubrió varias cajas apoyadas contra la fachada. Las señaló con la mano, toda fruncimiento de ceño y morro torcido.

—¿Y esto?

—Decoración navideña, ya sabe. —El tono de la muchacha era despreocupado y Gusuun la estudió con desagrado.

—No, no lo sé. No veo por qué debería.

La joven ignoró el tono seco de la anciana y se lanzó a dar explicaciones mientras su esposo se subía a la escalera cargando con una gran estrella de paja.

—Forma parte de nuestras tradiciones. Cada año por estas fechas celebramos el nacimiento de Dios.

—Dios —repitió Gusuun, chasqueando la lengua.

Aquella gente estaba mal de la cabeza. La energía no dependía de ninguna entidad, la magia era libre. «Dios», tuvo que contener una sonrisa burlona. Ignorantes extranjeros.

—Dentro de un mes, la estrella más brillante que jamás haya visto aparecerá en la noche y nos guiará hasta el lugar donde debemos reunirnos con Él para recibir su gracia. —La joven volvió la vista al cielo con devoción, como si fuese capaz de ver su resplandor incluso en pleno día—. Al igual que hicieron los tres magos cuando nació, le llevaremos presentes y Él nos entregará su amor a cambio. Es especialmente importante para los recién casados. Miden y yo rogaremos al cielo que nos dé hijos sanos que completen nuestro hogar y después seguiremos a la estrella para que nos los conceda. Creo que le ofreceremos sándalo y perfume de jazmín. Ya lo verá, nacerán fuertes y hermosos; antes de que acabe el año próximo seguro que tenemos el primero.

Gusuun miró la estrella de paja que se tambaleaba en lo alto del tejado de la casa mientras el tal Miden hacía malabarismos para sujetarla. No parecía capaz de hacer realidad ningún deseo. Tuvo que esforzarse para no reír.

—Chiquilla, las estrellas no están ahí para eso.

—¿Y para qué si no para mostrarnos el camino? Los soles la guíen, ¿no es así como se saludan?

—Para guiarnos sí, si se sabe leerlas, pero no para darnos regalos. Además, ¿qué tendrán que ver los soles con las estrellas? Son cosas diferentes, todo el mundo lo sabe.

—No va a regalarnos nada. No lo entiende, he debido de explicarlo mal. Es Dios el que nos otorga su gracia, la estrella nos lleva hasta Él.

—Sí, sí, sí, claro. Como muestra de buena voluntad, os haré un regalo de bienvenida. Una palabra, para hacer realidad vuestros sueños.

—Muchas gracias. No somos supersticiosos, pero es muy amable por su parte.

La sonrisa de la anciana se le congeló en las comisuras, el desprecio se le desbordaba por los ojos.

—No es superstición, niña, es magia tomada de la energía del mundo.

—Sí, sí, sí, claro.

Gusuun bufó. Forasteros ignorantes. No se merecían su arte, pero una vez se había ofrecido no le parecía bien desdecirse. Les regalaría la palabra. Magia buena para criar hijos sanos. Que creyeran que era cosa de su dios si eso deseaban, ella sabía lo que ellos desconocían. Bárbaros extranjeros.



Se sentó a la sombra del tejo y se acomodó entre las raíces que sobresalían de la tierra. Tras quinientos años de existencia, se habían extendido en todas direcciones, tanto dentro como fuera de la vivienda. Aunque estaban por todas partes, nunca tropezaba con ellas; había crecido en aquella casa, entre aquellas raíces, y conocía cada centímetro del inmenso árbol tan bien como su propio

cuerpo. A Gusuun no solo no le molestaban, el tejo era su única compañía, especialmente ahora que los días le resultaban largos y los silencios más pesados. A ninguno de sus antepasados le había molestado nunca compartir su casa con él, era un miembro más de la familia.

Tejió la palabra con el viento y la tierra. Letra a letra le dio vida, extrayéndola de la energía del mundo, hasta que notó la familiar vibración en la palma de las manos. Todavía resultaba áspera al tacto, pero pronto se suavizaría hasta acabar convertida en una delicada seda incorpórea. Al no ser temporada de lluvias, se había visto forzada a madrugar para emplear el rocío que cubría las hojas y hacerla crecer. Un acto generoso, despreocupado, destinado a alguien a quien no conocía. La notó fresca contra la piel. Inspiró hondo, llenándose de los olores del mundo. La brisa de la mañana le acarició el oído con dulzura, una melodía compuesta de graves, agudos y aire. Las ramas del árbol familiar se mecían sobre su cabeza, protectoras, y sus raíces la anclaban al pueblo, a la tierra que la había visto nacer, para evitar que corriera el riesgo de perderse en el flujo de la vida. Al terminar, contempló la palabra con orgullo: Hijos. Era magia buena. Funcionaría.

Cuando se incorporó, sus huesos protestaron. Cada vez les gustaba menos que se sentase en el suelo de cualquier manera. Se decía a sí misma que el sacrificio hacía la magia más pura, por eso las mujeres ancianas eran más poderosas que las jóvenes. Claro que también podía deberse a que tenían más experiencia... pero eso no ayudaba a Gusuun a lidiar con los dolores del paso de los años, así que prefería quedarse con la versión que más le convenía. Las rodillas se quejaron cuando arrancó a andar con paso renqueante.

—Lo sé —les dijo como quien consuela a un niño—, a mí tampoco me apetece salir de casa.

Su arte la ponía de buen humor, incluso sabiendo que lo ejercía como regalo para los invasores. Acarició la palabra con cariño, un leve toque de los dedos artríticos, y asintió satisfecha. Tal vez les ayudase a entender, a apreciar las culturas de otros y dejarse de tonterías.

Encontró a Naisa, que así se llamaba la vecina, charlando junto al zaguán con una conocida de Gusuun, Hasiifa. La mujer miró de reojo a la anciana cuando la vio acercarse, temerosa de lo que pudiera decirle a la chiquilla. Gusuun no se extrañó, todos en el pueblo sabían quién era, habían estado en su casa y la habían visto sentarse a la sombra del tejo mientras creaba palabras con las que arreglarles el futuro. Cualquiera que la conociese lo más mínimo estaba al tanto de su opinión sobre los extranjeros, y Hasiifa la conocía mucho más que lo mínimo, llevaba siendo su vecina de enfrente desde que había nacido, hacía cuarenta y seis años.

—Los soles alumbren su día —la saludó la extranjera, llevándose la mano al pecho con una sonrisa, los ojos del color de un pantano abiertos de par en par,

brillantes de orgullo.

—Los soles te guíen, Gusuun —le dijo Hasiifa, apoyándole una mano cariñosa en el hombro al pasar junto a ella en su huida. Nunca le había gustado la confrontación y seguramente temía verse atrapada en mitad de una disputa.

La anciana apenas prestó atención a su marcha, estaba demasiado ocupada escrutando con severidad a Naisa. Repitió el saludo tradicional; la mano a la frente y después al pecho. Despacio, para que la muchacha comprendiera lo que había hecho mal.

—Los soles calienten vuestro hogar.

Su tono fue tan seco como el polvo del camino, pero Naisa no se arredró. Se cruzó de brazos y se irguió muy tiesa, vestida con las bastas telas tradicionales de su gente, del color del barro la falda, blanca la camisa. Al seguir con la mirada sus gestos, Gusuun reparó en la fachada de la casa, en la estrella de paja a la que ahora acompañaban otras tantas, pequeñas versiones de la primera. Además, a la altura de la puerta habían colocado un oasis con sus palmeritas de juguete. La anciana lo encontró de un gusto espantoso y así se lo hizo saber con la mirada a la vecina, que prefirió no darse por enterada.

—Ha quedado precioso, ¿no le parece?

—Le traigo lo que prometí. —Alargó la mano y la palabra brilló en la palma. Gusuun saboreó la admiración en los ojos de Naisa.

—Gracias, es muy amable.

La joven no parecía saber bien cómo cogerla, pero se las arregló para hacerlo al mismo tiempo con respeto y de un modo totalmente ridículo, atrapándola entre la punta de los dedos de ambas manos.

—Me marcho —anunció la anciana cuando el silencio se extendió en la calle por más de dos segundos. Tiempo suficiente para que la chiquilla hubiese comenzado alguna de las fórmulas de agradecimiento de su gente, pero no. Era inculta e ignorante.

—Gusuun, espere. —Aunque la muchacha parecía querer alargar la mano para detenerla, sujetaba la palabra y no sabía bien qué hacer con ella, así que se tuvo que conformar con llamarla por su nombre, sabiendo que se volvería a mirarla—. Me preguntaba, ya que su casa está al lado de la nuestra. ¿Tiene grietas?

—Grietas.

—Sí, ya sabe, rajas en las paredes y en el suelo. En nuestra casa las hay, por todas partes, Miden hizo que lo repararan todo cuando nos mudamos, pero enseguida han vuelto a salir.

—No veo por qué debería saber nada de eso.

—Me he fijado y en la calle también hay, mire. —Naisa señaló con entusiasmo, la anciana apenas echó un vistazo en la dirección que indicaba—. Ahí, cerca de la puerta de su casa.

Gusuun se señaló la cara con dos dedos.

—Tengo los ojos viejos, niña, no veo ninguna grieta.

Se giró con demasiada energía y la cadera se quejó del maltrato. Apenas lo notó, tenía toda su atención puesta en la indignación que le subía del estómago hasta la garganta, arrasando su pecho en el camino. Había dedicado buena parte de la mañana a tejer una hermosa palabra que regalarle y aquella ignorante se lo pagaba quejándose de las grietas.



Cinco golpes cantarines en la puerta sobresaltaron a Gusuun. No esperaba visita, aunque no era extraño que alguno de sus compatriotas se presentase en su casa a rogarle ayuda. Nunca se la negaba a nadie, era la responsabilidad de las hacedoras de magia: crear con sus palabras un mundo más soportable. Fue a abrir con la calma que dan los años, sin molestarse en correr, y cuando lo hizo, se encontró a Naisa con el puño en alto, como si hubiera abortado una nueva llamada en el último momento.

—Los soles la guarden. —La sonrisa le partía las mejillas en dos hasta dejar a la vista todos los dientes. Pretendía ser amable cuando su falsedad era evidente.

La anciana se cruzó de brazos después de saludarla según sus costumbres. Con un ademán despreocupado, Naisa intentó asomarse por encima de su hombro y espiar el interior, pero Gusuun se coló en su campo de visión entrecerrando la puerta y ocupando todo el espacio libre con el cuerpo.

—¿Qué la trae por aquí? ¿Necesita una nueva palabra?

La joven frunció el ceño, confundida por un momento, después negó con gesto enérgico.

—No es necesario, aún no hemos terminado de aprovechar la anterior.

«Aprovechar… La energía me ayude, ¿qué voy a hacer con esta ignorante?».

—Regrese entonces cuando lo haya hecho.

Se disponía a cerrar la puerta cuando los dedos de la joven se lo impidieron. Gusuun tuvo que admitir que era valiente; ni ella había estado segura de que no fuera a aprovechar la ocasión para pegar un portazo y pillárselos.

—Le traigo un regalo.

Abrió de nuevo, apenas una rendija, y se asomó para ver lo que era, aunque estaba convencida de que no le interesaría.

—No hacía falta, no necesito nada.

—Aun así, Miden y yo queríamos corresponder su amabilidad. —Se hizo a un lado y señaló un objeto que estaba apoyado en la acera, junto a ella—. Ya que ha compartido sus costumbres con nosotros, le hemos traído parte de las nuestras.

Gusuun sacó la cabeza para descubrir un armatoste de paja, tan grande y horrendo como el que pendía de la fachada de la casa de sus vecinos. Miró a la

joven con ojos de búho.

—Una estrella, qué amable.

—Para que la guíe. Si me permite pasar, la ayudaré a meterla dentro.

La sonrisa de Naisa se había ensanchado y Gusuun se regodeó en la frustración que su respuesta produjo en la joven.

—¿No es para colocarla en la fachada? Mejor entonces dejarla fuera. No veo cómo voy a sacarla después si me la deja aquí dentro. —No se molestó en fingir inocencia, no le importaba lo más mínimo ofender a aquella necia—. Gracias por el regalo, déjelo ahí mismo, encontraré alguien que lo cuelgue.

Regresó al patio refunfuñando, no tenía la menor intención de ensuciar la fachada de su casa con aquel adefesio. Con suerte, alguien lo robaría y lo desharía para darle un mejor uso a la paja. Se plantó frente al tejo con los brazos en jarras. Naisa llevaba varios días preguntando en el vecindario por las grietas de la calle. Gusuun no había notado nada diferente en ellas y así se lo había dicho todas las veces. Para su desconsuelo, el día anterior la había visto cuchicheando con Hasiifa desde el ventanuco de la cocina, ambas miraban en dirección a su casa y en el rostro de su antigua amiga había vergüenza. Tal vez había llegado la hora de dejar de ignorar las preguntas de Naisa y explicarle cómo funcionaba su mundo, aunque dudaba que fuese capaz de entender alguna cosa.



Al día siguiente, Gusuun se había encontrado la horripilante estrella colgando de la fachada de su casa. Una rabia ardiente había inflamado su ánimo y se la había imaginado consumiendo la paja de la que estaba hecha hasta dejarla reducida a cenizas. Por desgracia, no había podido hacer mucho más que idear formas de deshacerse del adorno tan terribles como él mismo; estaba demasiado alto como para que pudiera descolgarlo sin ayuda y después pretender que había sido obra de algún vándalo.

Pasó toda la semana rumiando su indignación cada vez que salía y veía la estrella balanceándose precariamente cerca del tejado. Por eso, cuando las autoridades se presentaron en su hogar, lo primero que se le vino a la cabeza fue que algún vecino se había quejado del horroroso ornamento que lucía su casa. Les abrió casi alegre, deseosa de que la obligasen a retirarlo, pero no les permitió entrar, por si acaso. Se limitó a asomarse a la puerta para hablar con ellos. Eran tres hombres: dos extranjeros y Huri, quien se había ocupado de guardar el pueblo hasta la llegada de los invasores.

—Los soles te colmen de bendiciones, Gusuun. —Huri acompañó sus palabras con un saludo respetuoso. Los otros dos ni siquiera lo intentaron.

—¿Qué os trae a mi casa? —Apenas logró contener la sonrisa.

—Queríamos discutir contigo sobre ciertos temas.

La mujer frunció el ceño y entornó aún más la puerta para bloquearles el paso.

—No veo cómo podría serviros yo para debatir nada, solo soy una anciana que poco sabe, a nadie afrenta y en nada se mete.

Huri pareció dudar.

—Verás, hemos recibido una queja.

—Por la estrella, sí, claro, no me extraña. Aunque debo decir que no es cosa mía.

Huri se frotó las manos en un gesto que Gusuun conocía bien y que indicaba que estaba nervioso. Uno de los extranjeros, un hombre que debía de estar en la cuarentena, de hombros fuertes y mirada severa, aprovechó para adelantarse.

—Señora, nos gustaría que viniera con nosotros.

Claro que les gustaría, pero ella no tenía intención de contentarlos. Los ojos de la anciana sabían ser tan duros como los que más. Se cruzó de brazos y sonrió con inocencia ante los tres intrusos que se habían colado en su vida para amargarle la mañana.

—¡Ay, mis pobres piernas! Apenas puedo dar dos pasos sin cansarme estos días. Preferiría que lo que tengan que decirme, lo hagan aquí.

—¿Nos permite pasar? —preguntó el otro extranjero. —¿Tal y como tengo la casa? —La anciana era toda indignación—. No, no, no, si querían una invitación deberían haber venido más tarde cuando la tuviera arreglada, pero así, imposible. ¿Qué pensarán mis vecinos de mí si les dejo entrar sin haber recogido?

—Gusuun, ven con nosotros, por favor.

La pena en la voz de Huri le puso el vello de punta. De pronto, la severidad en el rostro de los otros dos hombres le pareció peligrosa, amenazadora. Entonces cayó en la cuenta de cuál era exactamente el problema que tenían con ella. Los había criticado con demasiada despreocupación, ante demasiada gente, y estaba claro que, tarde o temprano, tendría que pagar el precio de haber intentado abrir los ojos de sus conciudadanos ante sus tropelías. Tal vez debería haber sido más discreta, pero le había resultado imposible. Los invasores habían irrumpido en su mundo y pretendían borrar quienes eran, si iban a castigarla por tratar de impedirlo, que así fuera.

—¿Puedo entrar a coger un chal? La mañana está fría.

Se lo consintieron, por supuesto, solo era una pobre anciana inofensiva. Se metió en su cuarto y rebuscó en el cofre en que almacenaba las palabras sin vender hasta que encontró la que necesitaba: Protección. Cogió un chal y se lo echó sobre los hombros. Al llegar al patio, se despidió del tejo colocando una mano sobre su tronco para que le diera fuerzas.

—Hasta pronto, viejo amigo, espero que esos animales me permitan regresar. Si no lo hago, niégate a darles sombra si se quedan con mi casa.

Se le escapó una carcajada seca, temblorosa. Miró a su alrededor una última vez, atesorando los momentos que había vivido en aquel lugar. Se aferró a la palabra que llevaba escondida bajo la manga y se marchó escoltada por los tres hombres.



La acompañaron al edificio que Huri llevaba usando como cuartel los últimos treinta años. Allí, la registraron y le quitaron cuanto llevaba, que no era gran cosa: unas monedas, un broche y las llaves de su casa. Los extranjeros le permitieron conservar la palabra, para ellos solo era una superstición inofensiva. Huri le había echado un vistazo y no había protestado. Siempre había sido un buen hombre y, por eso, la preocupación que reflejaba su rostro la martirizaba. Le sirvieron un té con unos pastelillos y pasaron la mañana charlando de cosas intrascendentes. La anciana no entendía nada, parecía que lo único que hacía esa gente era esperar, pero no tenía ni idea de a qué. Tal vez a que llegaran refuerzos o un mando superior que les indicara qué hacer con ella.

A la hora de comer, Huri la invitó a acompañarlo a su casa, con su familia. Su mirada le dejó claro que no existía la opción de rechazar su ofrecimiento. Fue agradable pasar el rato con la mujer de Huri y el mayor de sus hijos, que había sido padre hacía poco más de un año y traía al retoño de visita. El chiquillo reía alegre en brazos de su abuela y su risa llenaba la casa de felicidad. Gusuun lamentó no llevar consigo ninguna palabra amable que ofrecerle para que creciera fuerte y saludable.

Después de comer, regresaron al cuartel y la dejaron sola en una sala durante varias horas. De cuando en cuando, alguien entraba y le ofrecía algún refrigerio. Hasta que, por fin, uno de los extranjeros regresó con sus pertenencias. Estaba todo, no faltaba ni una moneda, y eso que las había contado varias veces porque no se fiaba.

—¿Puedo volver ya a mi casa? —preguntó cruzándose de brazos y estudiando al hombre con desconfianza.

—Sí, señora, cuando usted quiera. El primer sol ya se ha puesto, podemos acompañarla, si lo desea.

La anciana rechazó el ofrecimiento con un gesto, ya había tenido más que suficiente con pasar el día en el cuartel con ellos.

—Pierda cuidado, conozco bien el pueblo, no veo cómo iba a perderme de aquí a mi casa.

Se estiró para despertar los músculos, agarrotados tras pasar todo el día sentada en la incómoda silla que le habían proporcionado. Los huesos chirriaron descontentos cuando echó a andar calle abajo en dirección a su casa.

Estudió a Zaire, el segundo sol, que caía del cielo herido de muerte,

desangrándose lentamente en el horizonte, tiñendo el mundo de un rojo intenso que comenzaba a volverse púrpura. No había rastro de su hermano Acade que, tal y como había dicho el extranjero, había muerto ya hacía al menos dos horas, si los cálculos de Gusuun no le fallaban. Se detuvo un instante a regodearse en la belleza de su tierra y sintió el pecho henchirse de orgullo. Amaba su pueblo y no iba a consentir que los invasores lo cambiaran.

Se dirigió a su casa con paso renqueante y una sensación cálida corriendo por sus venas. La palabra le había servido bien, la había protegido de todo mal hasta el punto de que los extranjeros no habían sabido qué hacer con ella. No había motivo para que Huri sufriera, al fin y al cabo, ella sabía bien cómo cuidarse. Un silencio de muerte llenaba la calle cuando giró la esquina. Hasiifa se encontraba en la puerta de su casa, aguardando su regreso. Debía de haberse preocupado al ver que la guardia se la llevaba, pobrecita, no sabía que la magia buena la había cuidado durante todo el día.

—Vuelve a casa con tu familia, Hasiifa, pronto caerá la noche y no hay mejor lugar donde resguardarse que el cariño de los nuestros.

La mujer titubeó antes de responder.

—Lo siento tanto, Gusuun, de haberlo sabido… Lo siento tanto.

La anciana frunció el ceño. Siguió la mirada de Hasiifa al suelo, a las grietas de la calle, al rastro de hojas verdes que parecía salir de su hogar. Presa de un horrible presentimiento, rebuscó hasta dar con la llave de su casa. Logró encajarla en la cerradura al tercer intento. Las manos le temblaban.

—No puede ser, no puede ser, no puede ser —murmuró como una letanía al encontrar el patio lleno de ramas.

Se arrastró más que caminar hasta el lugar donde se había alzado el tejo durante más de quinientos años. Los ojos se le llenaron de lágrimas al ver el tronco cortado sin ningún miramiento, hojas y trozos de madera esparcidos en todas direcciones.

—Tranquila, Gusuun, te ayudaré a recogerlo y a plantar flores en el patio. Sé que ahora te parece terrible, doloroso, pero ya verás como saldrás adelante —trató de consolarla Hasiifa.

Se arrancó la voz de lo más profundo del vientre, y esta reverberó grave y sombría en el pequeño claustro.

—Si un día llegaras a casa y te encontrases la sangre y las entrañas de los tuyos pringando las paredes y el suelo, desparramadas sin el menor cuidado, al comprender que los has perdido para siempre, ¿te creerías capaz de salir adelante?

—Sé que llevaba contigo toda una vida, pero no era más que un árbol.

—Era mi familia, el sudor de los míos lo regó durante quinientos años. Durante todo ese tiempo nos ayudó a daros magia buena con la que haceros la vida más llevadera. No deberías intentar consolarme, Hasiifa, sino sentirte tan

rota y vacía como yo me siento al saber que la magia ha muerto. —Una rabia fría la congeló por dentro hasta que se sintió como un cadáver forzado a caminar por el mundo en contra de sus deseos y del orden natural de las cosas. No había ni pizca de la chispa salvaje que la rabia solía prender en ella. Por eso, en lugar de gritar, se volvió con calma hacia la mujer—. De haberlo sabido, ¿qué no habrías hecho, vieja amiga?

—¿Cómo dices?

—Cuando he llegado, tus palabras han sido esas: de haberlo sabido. ¿Qué no habrías hecho de haber conocido las consecuencias?

—Gusuun…

—No la culpes a ella, he sido yo quien ha llamado a la guardia.

No sabía cuánto tiempo llevaba Naisa acompañándolas ni le importaba. Cuando respondió, lo hizo con los ojos aún fijos en Hasiifa, ignorando por completo a la invasora.

—Por supuesto que te culpo y lo haré hasta el día de mi muerte. —Su voz sonaba tan calmada que bien podría estar comentando los precios del mercado de especias—. Esta forastera puede escudarse en su ignorancia, pero tú… ¿Cuál es tu excusa? Has consentido que asesinen la magia de nuestro pueblo y todo por qué, ¿para congraciarte con los extranjeros? Nunca más disfrutarás de mis palabras, ni tú ni los tuyos. Cuando la enfermedad te pudra por dentro y nadie pueda salvarte, añorarás los tiempos en que una palabra pudo haberlo hecho. Con esa maldición vivirás, tú y todas las generaciones que vendrán después de ti. —Le regaló una sonrisa desquiciada que le dolió tanto en el corazón como en la cara—. Márchate de mi casa ahora mismo, no soy tan vieja como para no poder echarte a patadas.

Hasiifa reculó, cubriéndose la boca con ambas manos, los ojos llenos de lágrimas.

—No creí que…

—¡Fuera! —Se agachó para coger una de las ramas—. Desaparece de mi vista. —Una vez la mujer se hubo marchado, se volvió por fin hacia su vecina—. Puedes imitarla cuando quieras. Has vencido, ya puedes estar contenta.

—No lo estoy, en absoluto. No era mi intención hacerla sufrir, se lo aseguro. Intenté hablar de las grietas con usted en repetidas ocasiones, pero en todas me despachó como si fuera una niña tonta que no sabe de lo que habla. Estaba segura de que venían de su casa, es en esa zona donde la acera está toda levantada. ¿Es que no lo entiende? No se puede tener un árbol tan grande en un patio tan pequeño. Mire cómo tiene la casa, con todo el suelo destrozado. Puede que no le importe, pero estaba causando perjuicios graves en mi propiedad. Ojalá hubiéramos podido resolverlo de otro modo, pero, perdone que se lo diga, es usted una mujer intratable.

Gusuun no respondió, se limitó a mirarla con la rama todavía en la mano,

imaginando el sonido que produciría al golpear contra el cráneo de aquella bárbara estúpida.

—No es para tanto —continuó la vecina al cabo de un rato, cuando el silencio de la anciana la había puesto tan nerviosa que no se vio capaz de seguir soportándolo—. Solo es un árbol, sé que era importante para usted y le ayudaremos a plantar otro, Miden y yo. Más bonito y decorativo, se lo prometo. ¿Por qué no viene mañana a cenar con nosotros? Celebraremos la Navidad, no quiero que la pase usted sola y disgustada.

La sonrisa de Gusuun se ensanchó y el dolor que le produjo le resultó inaguantable.

—Gracias por su amabilidad. —Impregnó cada palabra con un veneno aún más letal que el del tejo. Sabía bien la importancia que tenían, llevaba haciendo magia con ellas toda una vida y las que había empleado la extranjera la habían llevado a tomar una decisión que cambiaría su vida para siempre, la de todo su pueblo, la del mundo entero—. Estaré encantada de compartir su mesa. Ahora, si me disculpa, me gustaría estar sola con mi dolor.

—Claro, si necesita cualquier cosa, háganoslo saber. Me alegro de que hayamos podido hablar de un modo civilizado.



La noche la veló sentada en el suelo del patio, cansada de tanto llorar. Ahora que el inmenso tejo no cubría el cielo, las estrellas resplandecían sobre su cabeza y una de ellas destacaba entre las demás. Por un momento, Gusuun se permitió dudar si las creencias de los extranjeros contendrían algo de verdad, si poseerían una magia propia que ella no era capaz de percibir. Entonces, recordó la decisión que había tomado y se obligó a levantarse.

Reunió las ramas cortadas, las hojas y los trozos de madera que antes formaban el tronco del tejo. Los acarició con cariño.

—Es hora de hacer magia una última vez.

«Un árbol venenoso no puede dar magia buena». Por fortuna, no era eso lo que ella quería. Se sentó en el suelo con las piernas cruzadas. Sus huesos protestaron, pero estaba tan concentrada en su tarea que no los escuchó. Tejió la palabra con el viento y la tierra. Letra a letra le dio vida, extrayéndola de la energía del mundo, hasta que notó la familiar vibración en la palma de las manos. Le arañó la piel con sus aristas, pero no le importó. La moldeó, obligándola a rendirse hasta que la sintió dócil entre los dedos. No tenía agua con que hacerla crecer; por suerte, estaba hecha de fuego y la madera del tejo serviría para darle poder. Acercó la llama a los restos del árbol, que prendieron iluminando la noche. Un acto egoísta, rencoroso, destinado a alguien a quien odiaba. La notó arder contra la piel. Inspiró hondo, llenándose del olor acre del

humo. La brisa nocturna le revolvió el cabello. El crepitar del fuego era la única melodía que alcanzaba su oído. Las ramas del árbol se volvieron negras antes de convertirse en cenizas y fundirse con la tierra que la había visto nacer. Ya no había nada que la anclase a ella, pero no le importaba perderse en el flujo de la vida. La determinación había reemplazado a todo miedo. Al terminar, contempló la palabra con orgullo: Estrellas. Con veneno. Así era como se hacía magia dañina. Funcionaría.

Alzó la vista al cielo perlado de puntos de luz y se concentró en la más brillante, aquella que debía guiar a los invasores hasta su dios. Estrechó la palabra entre los dedos y deseó con todas sus fuerzas que se apagara. Por último, la arrojó al fuego. Se levantó como pudo y recogió sus escasas pertenencias, nunca le había preocupado almacenar riquezas. Cargó el baúl que contenía las palabras, las últimas que había podido tejer a la sombra del tejo, y se despidió para siempre de su hogar. Cuando salió del pueblo, las llamas se habían extendido hasta devorar la casa entera y los gritos de alarma habían despertado a todo el vecindario.



No comprendió lo ocurrido hasta llegar a la encrucijada. Hasta ese momento, el dolor y la rabia habían guiado sus pasos. Adelante, siempre avanzando para alejarse de las cenizas de su hogar tanto como se lo permitieran sus fuerzas. Sin embargo, al llegar al cruce de caminos, alzó la vista al cielo en busca de una indicación. Aún faltaban al menos dos horas para que el primer sol se alzase y solo encontró una negrura infinita. Miró en derredor y, por primera vez, fue consciente de que la única iluminación la proporcionaba la luna, que brillaba solitaria sobre su cabeza. Ningún punto luminoso la acompañaba.

Se llevó las manos al rostro, despacio, mientras reflexionaba sobre la palabra que había creado como un acto de venganza. Había deseado apagar la estrella que habría de guiar a los extranjeros durante su celebración, pero había colocado una ese al final de la palabra como si, en su interior, una parte de ella desease extinguir todos los astros del firmamento como castigo, no solo para los invasores sino también para los suyos. Había prendido fuego a todos los restos del tejo y su veneno había viajado por el aire hasta alcanzar las estrellas y sofocarlas a todas.

Giró sobre sí misma, con la mirada perdida en la oscuridad ominosa en que se había convertido el firmamento y se sintió diminuta. Las lágrimas regresaron a sus ojos y un vacío como nunca antes había sentido le llenó el alma. ¿Qué pensarían de ella sus ancestros al ver el tipo de magia que había invocado? El uso que le había dado al árbol familiar que con tanto mimo habían cuidado.

—Lo lamento tanto.

Era demasiado tarde para arrepentimientos. Ya no poseía los medios para tejer nuevas palabras. Tomó asiento sobre una piedra, a la orilla del camino, y se abrazó incapaz de decidir qué hacer, hacia dónde dirigirse. No podía regresar al que había sido su hogar, y no solo porque su casa hubiera ardido en llamas. Hacía meses que no pertenecía a aquel lugar. Su cultura se había ido difuminando lenta pero inexorablemente desde la llegada de los extranjeros, a medida que las nuevas ideas y costumbres prendían en las mentes de su gente. El mundo que había conocido desde que era una niña pronto desaparecería por completo y ya no tenía cabida entre su propio pueblo.

Lloró lágrimas amargas, incapaz de sofocar los sollozos que le agitaban el pecho. ¿Qué pensarían de ella sus antepasados?

—Todas las noches acaban, incluso las más oscuras. —Eso era lo que siempre le decía su abuela tantos años atrás, cuando le costaba dormir de niña por culpa de las pesadillas y la anciana se sentaba a su lado para consolarla—. Acade y Zaire vendrán en mi ayuda.

Irguió el mentón, orgullosa, decidida, lista para enfrentarse al destino que le aguardaba. Cuando los dos soles saliesen, ahuyentando a la luna y aquel cielo sin estrellas, podría volver a orientarse y escoger sus siguientes pasos. A pesar de su edad, aún no era demasiado tarde, aún tenía una vida por vivir. Caminaría sin descanso hasta encontrar su lugar, allí donde aún resistieran las costumbres antiguas. Plantaría otro tejo que crecería fuerte e imparable e incluso, tal vez, descubriera el modo de hacer magia de nuevo.

La maldición de Emilio Navidad

Patricia García-Rojo



PATRICIA GARCÍA-ROJO

Patricia García-Rojo (Jaén, 1984) se licenció en Filología Hispánica por la Universidad de Jaén y compatibiliza su trabajo como profesora de Lengua Castellana y Literatura con el de escritora.

Ha alcanzado grandes reconocimientos con sus obras dedicadas a un público infantil y juvenil, aunque también destacan sus poesías y relatos.

En 2013 quedó finalista del Premio Gran Angular con *Lobo. El camino de la venganza,* que recibió después el Premio Mandarache (2016).

En 2015 ganó el Premio Gran Angular con su novela *El mar,* premio que ha vuelto a recoger en 2023 con *El verano que llegaron los lobos.*

En 2017 publicó *Las once vidas de Uria-ha,* finalista de los premios Kelvin, y un par de años después repitió nominación con la novela *Yo soy Alexander Cuervo.* Finalmente en 2021 ganó el premio Kelvin con *El Asesino de Alfas,* que también fue premiado con un Templis. Recibió el Premio Ciudad de Málaga de Narrativa Infantil en 2019 por *El secreto de Olga.*

Entre su obra destacan también la saga de *Los Portales de Éldonon* y la trilogía

Alfas.

Lo que para algunos es una bendición, es sin duda una maldición para otros.

Por lo menos así lo veía Emilio Navidad. Su *don* era un tormento. Lo había sido desde que se manifestó por primera vez cuando cumplió veinte años. Quién sabía por qué se había desencadenado todo aquello entonces… Durante mucho tiempo, Emilio le echó la culpa a una botella de anís en mal estado. Pero, más de treinta años después, no podía seguir engañándose: que pudiese viajar en el tiempo no tenía nada que ver con el alcohol.

Oh, no, eso ya se lo demostró a sí mismo con veintisiete años cuando se pilló aquella terrible cogorza que lo hizo acabar en el hospital en Nochebuena. No, el alcohol no tenía la culpa de sus miserias. Lo de los viajes en el tiempo era más como un mal de ojo o un defecto genético. Llegaban las doce de la noche del 24 de diciembre y ¡plup!, acababa debajo del maldito tejo. Daba igual dónde estuviese.

A los cuarenta y dos, cuando pasó *lo terrible*, Emilio Navidad decidió irse a China para evitar el dichoso viaje en el tiempo, pero dio igual. En cuanto llegaron las doce, con el primer parpadeo, apareció debajo del árbol.



Emilio recordaba a la perfección lo traumático que había sido su primer viaje. Él no era ningún romántico y, por supuesto, tampoco era valiente. Consideraba la valentía un defecto en la mayoría de las personas y huía, siempre que podía hacerlo, de cualquier situación en la que se le requiriese un mínimo de arrojo. Por eso, aquella primera vez, cuando al parpadear sentado en la mesa de casa de sus abuelos con la copita de anís en la mano viajó, lo primero que pensó fue que la botella estaba caducada. Lo segundo, que hacía un frío de mil demonios y lo tercero, que se había muerto. Pero no. Emilio Navidad no se había muerto. Eso lo descubrió cuando se decidió a seguir las luces que había en la distancia, más allá del camino que le mostraban tristemente las estrellas, y apareció en el dichoso pueblo de montaña que le costaría tres años localizar en un mapa. Peñaguda era su destino oficial. Hasta en eso lo hacía miserable lo de los viajes en el tiempo. Habría estado bien, por qué no, viajar por ejemplo a Roma, a Madrid, a París… A lugares interesantes, con historia, Historia en mayúsculas. Lugares en los que pasasen cosas. En cambio, él aparecía siempre en Peñaguda, en la

minúscula localidad de la sierra cántabra en la que, según su suerte, había bar o no.

Porque esa era otra: Emilio Navidad no viajaba siempre al mismo año. Eso hubiese tenido un mínimo de sentido, habría sido hasta agradable. No, Emilio viajaba cada vez a un año diferente, sin orden ni concierto. En una única ocasión había viajado a años consecutivos, aunque, claro, aquello había sido en vida de *ella*, cuando a Emilio su maldición le había parecido una bendición.

En aquel primer viaje, en cambio, todo le pareció irreal, confuso y bastante terrorífico. ¿A quién no le habría ocurrido lo mismo en su situación? La noche estrellada no fue ningún consuelo y llegar hasta las primeras casas tampoco mejoró en nada su profundo extrañamiento. Con la terrible sospecha de que se hallaba en el infierno, Emilio Navidad recorrió las calles de Peñaguda hasta toparse con la procesión de vecinos que iba cantando villancicos con botellas de anís y panderetas camino de la iglesia. El grupo reparó enseguida en él, porque en aquel pueblo casi nunca había visitas, y Emilio se vio arrastrado a la parroquia, confundido con el pastor que esperaban dos días más tarde. De hecho, aquella noche, lo mandaron al corral a dormir con treinta ovejas y Emilio Navidad se pasó las horas hasta el alba preguntándose qué metáfora de sus pecados era todo aquello. El día siguiente, perdiendo las ovejas por el otero, lo recordaría siempre como en una nebulosa y, cuando a las doce de la noche del día veinticinco apareció en su propia casa al parpadear, no supo si besar el suelo, renunciar para siempre al alcohol o buscarse un psiquiatra.



A Emilio Navidad siempre le habían hecho chistes por culpa de su apellido, pero lo de los viajes en el tiempo se llevaba la palma: era el chiste definitivo. Veinticuatro horas en Peñaguda para celebrar las fiestas. Todos los años. En diferentes épocas. En los treinta y siete años que llevaba viajando en el tiempo, Emilio había saltado hacia delante y hacia detrás en el calendario, visitando aquel dichoso pueblo desde antes de que se erigiese la primera casa hasta que comenzó a despoblarse. Dependiendo del siglo, Peñaguda era para él una tortura, un suplicio o una expiación de culpas.

Si llegaba muy temprano, solo había bosque y su supervivencia dependía de que los lobos no lo olieran —y de los calcetines térmicos, claro—. Si aparecía cuando los celtas, no se enteraba de nada y, si lo hacía con los romanos, lo poco que recordaba del latín del instituto lo conducía a veces a las termas, donde podía llorar su suerte, por lo menos, con el culo caliente. Lo que más odiaba era llegar en la Edad Media, cuando la atalaya le daba al pueblo aquel aire de maqueta y el único noble de la zona lo tomaba por un sabio, un demonio o un ángel de Dios según lo mucho que hubiese bebido para celebrar el nacimiento de su Señor.

Emilio Navidad se encontró entonces releyendo en internet los mandamientos, el credo y algunas vidas de santos para decir cosas con sentido; y, siempre que desde el tejo veía la torre, irrumpía en Peñaguda predicando.

A partir del Renacimiento, la cosa mejoraba, la capilla de pastores se convertía en iglesia; la atalaya, en refugio de cabras; se levantaban más casas y se abría la taberna, signo indudable de civilización. Pero para Emilio Navidad no había nada como el XIX, cuando las calles comenzaban a engalanarse por las fiestas, y se prendían velas en las ventanas. Eso sí, jamás había viajado al futuro. Peñaguda solo tenía pasado. Un pasado agreste, bárbaro y sin interés. Hasta que llegaba ella.



Olivia aparecía en Peñaguda en el año 1850 con el romántico propósito de educar a los niños del pueblo en la cultura, la ilustración y las ideas modernas que sonaban a rayos en aquel lugar apartado. Hija de una familia adinerada de Comillas, Olivia decidió entregarse a la misión de iluminar mentes y retirarse a la montaña. En Peñaguda, al principio, la trataron con humor, pero después le cogieron cariño, y hasta le pusieron su nombre a una calle, todo hay que decirlo. La primera vez que Emilio Navidad la vio, Olivia era una señora que le sacaba, por lo menos, veinte años y que decoraba con ramas del tejo la puerta de su casa a primera hora del veinticinco de diciembre.

—Feliz Navidad, jovencito —lo había saludado al verlo pasar, enfadado, camino de la taberna.

Él le había respondido con un gruñido. ¡Qué estúpido! Si lo hubiese sabido entonces le habría besado los pies y las manos. Pero no, aquel encuentro no contaba, por lo menos no para lo importante.

Emilio Navidad había visto a Olivia en cinco de sus viajes en el tiempo, los cinco que habían servido para algo. Los cinco que lo habían cambiado para siempre. Sus viajes a 1820, 1827, 1828, 1834 y 1855. Aunque no en ese orden.



Cuando Emilio Navidad tenía treinta años, se despidió con una excusa peregrina de su familia —quizá que se había echado novia— y se preparó antes de que diesen las doce de la noche.

Hacía tres años que había decidido no pelarse el culo en Peñaguda. Sacó del maletero de su coche su maleta de primeros auxilios para viajeros temporales y se puso una camiseta térmica, el jersey más gordo que tenía, una bufanda, los guantes, un gorro de lana, un abrigo con borreguito por dentro que había comprado para la ocasión y unas botas de montaña. Después se llenó los

bolsillos: dinero de diferentes épocas —logrado a golpe de mercadillo y subastas en Internet—, un túper repleto de salchichón, queso y chorizo, dos mandarinas, una botella de agua, la navaja suiza que nadie había entendido por qué había pedido para su cumpleaños cuando no era ningún aventurero, y una caja de cerillas. Después, se sentó al volante y se dispuso a esperar.

Habría estado bien poder viajar con el coche, pero su experiencia le había demostrado que no viajaba en el tiempo junto con aquello que tocaba, sino junto con lo que llevaba encima. Siempre que no estuviese vivo, claro. Eso lo comprobó a los veinticinco años con el sacrificio no deseado de un hámster. También había aprendido que no debía llevar aparatos eléctricos, porque había épocas en las que te montaban un tribunal de brujería por nada y por menos. Y, aunque en ninguna ocasión les había dado tiempo a quemarlo en la hoguera, sí que lo habían obligado a pasar el día de Navidad en un calabozo atestado de ratas que no eran ni la mitad de simpáticas que su hámster.

Sentado al volante de su coche, Emilio Navidad había hecho memoria de sus pecados anuales y había cerrado los ojos con resignación. El tejo, como siempre, lo estaba esperando.



Lo primero que agradeció fue ver las luces a lo lejos. Eso significaba que el pueblo ya existía. Se encaminó en la dirección de siempre y dio un rodeo al llegar a las primeras casas, solo por si acaso.

Había aprendido a dirigirse a la plaza por una calleja secundaria que casi nadie transitaba y que lo dejaba directamente ante un tablón de anuncios que solía darle alguna pista sobre la época en la que se encontraba, si llegaba entre 1810 y 1958. Si llegaba antes, localizaba la taberna y, en sus inmediaciones, un borracho. Si no había taberna, se arriesgaba con la puerta de la iglesia. Si no habían construido la iglesia, se hacía pasar por sacerdote y llamaba a la primera casa con cualquier excusa. Vamos, que Emilio Navidad sería un pazguato, pero tenía sus métodos.

En esa ocasión, dio fácilmente con el tablón de anuncios, pero tuvo la mala suerte de encontrar solo los horarios de misa y un poema ridículo que alguien había colgado sobre el niño Jesús. Miró a su alrededor buscando la pista de alguna taberna y, entonces, la vio. Olivia corría hacia la iglesia de la mano de dos chiquillos.

Debía tener entonces unos treinta y cinco años. Llevaba un abrigo rojo y los rizos morenos de su melena corta se escapaban de su sombrero por la carrera. Sus mejillas estaban sonrojadas por el frío, como la punta de su nariz, pero Emilio se fijó sobre todo en su boca de laurel y comprendió, por fin, que los viajes en el tiempo no lo llevaban al infierno, si no al paraíso.

Acudió a misa, lógicamente. No podía perder de vista a esa mujer de ninguna manera, ya inventaría un pretexto sobre la marcha para su presencia en el pueblo. Y fue una buena decisión, porque verla tocada con el velo le resultó delicioso. Al final del rito, se las apañó para encontrarse con ella.

—Perdone —le dijo, azorado sin remedio—, ¿podría decirme si..?

—¡Emilio! —exclamó Olivia colgándose de su cuello. Emilio Navidad sintió que las rodillas no lo sostenían.

Aquella mujer maravillosa no solo lo conocía, sino que además parecía adorarlo.

—Emilio, no me lo creo… —continuó ella, sin soltarlo—. ¡Cuánto has tardado! Pero ya ves, me pongo el abrigo que me regalaste todas las Nochebuenas, como me dijiste.

No hubiese servido de nada que Emilio intentase decir algo en aquel momento, sobre todo porque Olivia aprovechó para besarlo apasionadamente y a él se le olvidaron todos sus reparos. Aquella mujer besaba como si lo hubiese inventado.

Emilio Navidad se dio las gracias a sí mismo por haberse dejado preparado un escenario tan magnífico y se dejó llevar por Olivia, sin saber todavía ni cómo se llamaba.

Aquella noche hicieron el amor y se besaron durante horas en una cama que Emilio siempre recordaría y con una ternura que aprendió a toda velocidad solo por ver cómo Olivia sonreía.

Con las primeras luces del alba del día de Navidad, pudo Emilio contemplar por fin lo que lo rodeaba. Vivía Olivia en una casa sencilla de una sola planta con el techo a dos aguas. Todo tenía un aire encantador: las colchas de cuadros, los ramilletes de pino y tejo, los grabados de tema pastoril, la lámpara adornada con una guirnalda de flores secas, la mecedora de madera… Y el resto de la vivienda era igual: el salón, aunque minúsculo, resultaba acogedor con su chimenea encendida y las cortinas bordadas; la alacena era una fiesta en la que se mezclaba la vajilla de barro con las novelas y con tarros que a saber qué contenían; y el escritorio de Olivia la describía con todo lujo de detalles: la pluma y los tinteros, la colección de diarios, el bastidor con un petirrojo a medio bordar, las ilustraciones botánicas junto a los libros de matemáticas. En esa mesa fue donde Emilio descubrió la fecha, 1834, en el encabezado de una carta, y el nombre de la mujer a la que amaba estampado en la firma del final.

—Olivia… —murmuró mientras ella preparaba el desayuno—. Olivia.

Y la estuvo nombrando durante toda la mañana, aprovechando cada mínima oportunidad.

Se sentía un misionero, un converso, quería hacer de ese nombre y de esa mujer su propia religión. Es más, por primera vez quería no viajar, no volver, mandarlo todo a freír espárragos y quedarse con Olivia allí, en aquella casa

minúscula, dedicándose a contemplarla.

—Estos siete años me he mantenido fiel a la promesa —comentó durante el desayuno aquella mujer maravillosa—. Todos los 24 de diciembre te aguardo a las doce y cinco en la encrucijada, como me pediste.

Emilio Navidad le besó las manos y se apuntó el recado para acudir siempre en primer lugar a la encrucijada que había al norte del pueblo.

Olivia lo puso entonces al día de las novedades que había incorporado en su escuelita rural y de cuánto bien estaban haciendo en Peñaguda las publicaciones que recibía de París. Mostraba ilusión por cada niño al que enseñaba a leer y le hablaba de ellos como si él los conociese a todos.

—¿Qué pasó en América, Emilio? ¿Por qué has tardado tanto? —le preguntó ella por fin, sentándose en su regazo—. Tus cartas no han dejado de llegar, pero no poder responderlas ha sido un suplicio.

Emilio no pudo inventar una excusa tan rápido como hubiese deseado. Su cabeza no cesaba de llenarse de preguntas. ¿Cómo demonios había logrado enviarle cartas a Olivia durante siete años? Decidió jugar la única baza que le quedaba:

—No sufras por eso, querida mía, ya sabes que tenemos las horas contadas y que no hay mucho más que pueda contarte —dijo, arriesgándose a errar.

Pero ella volvió a besarlo y le acarició las cejas y los pómulos y la nariz con sus dedos perfectos.

—Lo sé, lo sé… pero estás tan cambiado, Emilio, si no fuese una locura diría que estás más joven.

Un pellizco se agarró en el pecho del viajero temporal en ese momento. Fue consciente, por primera vez, de que en su época, Olivia llevaba más de un siglo muerta.

Por eso volvió a hacerle el amor y comieron en la cama y no salieron ni un segundo de la casa.



Tendrían que pasar cinco años para que se encontrasen por segunda vez. En esa ocasión, la segunda vez para ambos.

Emilio Navidad, que por fin le había encontrado sentido a lo de viajar en el tiempo, tuvo que aguantar la tortura de viajar a Peñaguda durante la ocupación romana, durante la reconquista, en plena contrarreforma cuando el ambiente no era el más adecuado —dos veces— y en 1900, año en que tuvo que asumir que Olivia ya no existía. Aquello le produjo tal vértigo que tuvo que pedir una baja de dos meses en su trabajo.

Aun así, la esperanza lo guiaba y Emilio Navidad viajó cada año con un abrigo rojo debajo de su chaqueta de borreguito y cien cartas ocultas en los

bolsillos. Le había costado escribirlas menos de lo que había imaginadoy estaban repletas de anécdotas inventadas de viajes por Hispanoamérica que jamás había hecho ni pensaba hacer, y de declaraciones de amor tan tiernas que Emilio había tenido que aceptar que ya no era el hombre que fuera.

Pero todo esfuerzo, toda distancia valió la pena cuando en 1827 vio a Olivia en la encrucijada con un candil y la duda pintada en la cara.

—Creí que este año tampoco vendrías —le dijo ella, algo reticente—. No sabía si fiarme de tus cartas.

—Pues estoy aquí —contestó él, que no podía creerse su suerte porque aquello significaba que volvería a verla.

Ya se ocuparía de las cartas que tendría que escribir después de esa visita. Ahora lo único que necesitaba era incendiar la pasión en las mejillas de Olivia.

—Y te volverás a ir —insistió ella.

—Mañana.

—¿No te da vergüenza matarme de pena?

—Me rompe el alma.

—Pues entonces quédate.

—Qué más querría.

—Ojalá me quisieses a mí.

—Pero te quiero. Te quiero, Olivia, con toda mi alma.

Emilio Navidad fue valiente por primera vez en su vida. Dio un paso al frente y abrazó a la mujer que había dado sentido a su existencia. Después la cubrió con el abrigo rojo que había viajado con él a través de los milenios y la besó.

—Quererte me volverá loca —dijo Olivia.

—No —respondió Emilio—. Te prometo que no. Tú ponte este abrigo cada Nochebuena y te mantendrás cuerda.



Aquella vez tardaron más en llegar a la cama. Pero a él no le importó, tenía sed de escucharla, de saberlo todo, de aprenderla como sentía que ella lo había aprendido a él.

—Casi no has envejecido —comentó Olivia en cualquier momento del día.

—Tú estás más joven —respondió él, observando que sus ojos no mostraban las pequeñas arrugas de reír.

—¿No te da miedo que me enamore de otro y me case?

—Me aterroriza.

—A mí también.

Fue en ese viaje en el que Emilio Navidad contrató por primera vez los servicios de un mozo que debía rondar los diecinueve años y que contestó que

siempre era un placer hacer negocios con él. Se llamaba Carlos y Emilio conocería a sus hijos y a los hijos de sus hijos. A él le dio todo el dinero que tenía para que se encargase de hacer llegar cada mes una carta de su parte a Olivia.



A partir de ese momento comenzó su calvario: ¿cómo haría para enamorarla? Por ahora sabía que volvería a verla al menos una vez y que, en esa ocasión, ella no lo esperaría en la encrucijada ni lo conocería. Entonces solo dispondría de veinticuatro horas —¡Veinticuatro! Nunca le había parecido tan poco tiempo— para enamorarla.

Emilio Navidad sudaba la gota gorda al pensarlo. Él no era lo que se dice un don juan, más bien era un pusilánime acostumbrado al fracaso. En todos los años de su vida solo había tenido una novia: una compañera de universidad que pensó que podría salvarlo de sí mismo. Pero era absurdo, Emilio no necesitaba reconstruirse. Él abrazaba su vida miserable con la misma satisfacción con la que abandonaba el trabajo todas las tardes.

Una mañana de enero, abrió un documento en su ordenador y tecleó: "Planes para enamorar a Olivia". Después estuvo mirando la hoja en blanco durante una hora y se fue a tomar un café. Al día siguiente intentó otro tanto con peores resultados: el café fue necesario a los quince minutos.

—¿Cómo enamoraste a tu mujer? —le preguntó de pronto a Tomás Aguilera, su compañero de despacho.

Tomás lo miró sin comprender muy bien por qué demonios el triste de Emilio se interesaba de pronto por sus tácticas amatorias cuando su conversaciones jamás pasaban del saludo y la despedida.

—¿Te has echado novia? —le preguntó intentando encontrarle algún sentido.

Emilio Navidad se encogió de hombros.

—Le dije «You are my destiny» y se lo creyó —explicó Tomás Aguilera.

No era demasiado sofisticado, pensó Emilio, y no tenía ni idea de si Olivia sabía inglés o francés o algún otro idioma que no fuese español. Aún así, lo escribió en su página en blanco, por si acaso.



Durante aquel año eterno, Emilio se dedicó fundamentalmente a dos cosas: escribir cartas para Olivia y fantasear. Lo primero le salía a las mil maravillas, había aprendido incluso a escribir poemas, aunque, todo hay que confesarlo, también le había colado algún que otro texto de Pedro Salinas porque, al fin y al cabo, Olivia ni siquiera llegaría a conocerlo.

En lo de fantasear, era un experto. Alcanzó tal punto en sus ensoñaciones

que incluso hablaba con Olivia por la calle o la invitaba al cine o a cenar en un restaurante. A él, que siempre le había dado un bochorno inenarrable acudir solo a ningún espacio pensado para parejas, le parecía ahora maravilloso celebrar san Valentín con un recuerdo.

Por eso, cuando la siguiente Nochebuena abrió los ojos bajo el tejo y corrió hasta su encrucijada, no pudo creer su suerte. Allí estaba Olivia, allí lo aguardaba un único año después. Era 1828, la primera y única ocasión en que viajó a años consecutivos.

—¡Emilio!—gritó ella.

—¡Olivia!—gritó él.

Y tras los besos, las caricias, la misa del gallo, las copitas de anís junto a la chimenea, el magnífico desnudo de Olivia a contraluz, cuando ya la primera luz de la aurora se abría paso en el cielo, Emilio pidió:

—Cuéntame, Olivia, cuéntame cómo te conquisté.

Olivia se rio con aquella risa suya que hacía que Emilio quisiese ser buena persona…

—¿Es que no te acuerdas?

—¿Cómo no me voy a acordar, tonta? Es que me gusta oírtelo decir.

Olivia se aovilló junto a él y Emilio le acarició el pelo sin prisa, como si le quedase una vida por delante para estar allí y no un puñado de horas.

—Me dijiste que era tu destino y después te caíste en aquel charco —se rio alegre—. Me diste tanta pena, lleno de barro, empapado en mitad de la noche… Se te pusieron aquellos ojos de animal en apuros, y te dejé pasar a casa a cambiarte.

Emilio Navidad apuntó mentalmente la dichosa frase de Tomás y lo del charco.

—¿Y después?

Olivia volvió a reír.

—Me contaste aquella historia absurda de los viajes en el tiempo y me hiciste prometer que jamás de los jamases cruzaría un río —evocó, soñadora—. Claro, que después tuviste que confesarme que eras un simple pasante que buscaba al heredero de un indiano y que habías confundido Peñaguda con Peñaguada.

A Emilio Navidad le habría gustado tomar nota de todo, pero le dio pereza ir desnudo hasta el escritorio. Así que memorizó junto a la palabra charco, las palabras río y pasante, aunque lo del río era lo que menos sentido tenía de todo lo que decía Olivia.



Después de ese viaje, Emilio cambió por completo. El hecho de haber viajado dos años consecutivos a la vida de Olivia le dio esperanza. Quizá eso significase que

estaban destinados, que ni el tiempo ni el espacio eran impedimentos, que una fuerza superior lo estaba guiando.

Por primera vez en su vida, Emilio Navidad pensó en Dios y le pareció un señor simpaticote y bonachón, con un sentido del humor algo raro, pero totalmente dispuesto a favorecerlo en su historia de amor. Así que rezó, inventó sus propias oraciones, pidiendo por el tejo, por Olivia, por la encrucijada y por todo lo que se le ocurría. Llenó sus nuevas cartas de pasajes devotos, de misticismo de guardería, de esperanza. Emilio Navidad era un converso convencido de que la siguiente Nochebuena viajaría a 1929.

No fue así.



La crisis de fe tuvo lugar en 1207, donde solo había un bosque de tejos, un frío del demonio y mucha desesperación.

En la larga noche, Emilio tuvo una revelación: convertiría en verdad la frase de Tomás Aguallo. Llenaría Peñaguda de señales a lo largo de la historia para que, cuando él llegara por primera vez a la vida de Olivia, ella sintiera que era verdad, que aquel hombre desgarbado y más bien bajito era su destino. Porque ese encuentro no podría quitárselo el capricho de Dios, ese encuentro estaba escrito en los recuerdos de Olivia. "Como poco", se consoló Emilio Navidad, "me queda eso".

Sin dudarlo, se arrojó cual misionero a la conquista de su propósito. Que la Nochebuena lo llevaba a Roma, empeñaba todo su esfuerzo en realizar grafitis en las termas para que su amada leyese en alguna ruina: "Olivia, te quiero". Que aparecía en la nada más absoluta, Emilio cincelaba en piedra el rostro de la mujer a la que anhelaba y que, afortunadamente, jamás se reconoció en aquella piedra del museo de Santander que decían eran la primera representación gráfica de la Ojáncana—una criatura mitad mujer y mitad bestia bastante sanguinaria—. No le importaba la época histórica, Emilio Navidad empeñó hasta el sofá. Vació su casa de muebles y de lujos con tal de conseguir monedas de todas las épocas para poder contratar pintores, escultores, constructores, juglares… e incluso para sobornar a alguna panadera que crease un pastel de crema que se llamase Destinito. Estaba decidido a convertir Peñaguda en el escenario perfecto para que Olivia cayese en sus brazos nada más verlo; no en vano puso de moda la tonadilla: "Si a la Olivia la llaman a la puerta/no la cierre, mujer, no la cierre/que el hombre que en ella la espera/su destino es, mujer, su destino".

Pero si llegaba después de ella, si por casualidad aparecía en Peñaguda cuando ella era solo un recuerdo, Emilio Navidad hacía todo lo posible por que la maestra olvidada volviese de los terrenos de la memoria, y engalanaba su tumba con las ramas del tejo, y convencía al cura de que le rezase una misa y al

tabernero de dedicarle los brindis. Con mucho esfuerzo, hasta le consiguió una calle.

Año tras año, Emilio Navidad se entregaba a su propósito. Y año tras año, la esperaba. Hasta que el destino lo llevó a los pies de su cama.



Al principio pensó que no la vería. En la encrucijada no lo esperaba nadie. Era 1855, según el tablón junto a la iglesia y Emilio se dirigió a la casa de Olivia, escamado.

En la puerta encontró a las mujeres y a Carlos. El muchacho que le hacía de cartero era ya todo un hombre. Sostenía un sobre arrugado entre las manos y su cara estaba llena de churretes.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Emilio Navidad.

—¡Es él! —dijo Carlos, al reconocerlo—. Quitaos, quitaos todas, dejad pasar a su marido.

Antes de que le diese tiempo a entender nada, Emilio se vio arrastrado al interior de la casa, donde las velas creaban sombras extrañas.

Olivia estaba sobre la cama, rodeada de vecinos.

Emilio Navidad se acercó a tomarle una mano fría y después se dejó caer en una silla. La cabeza le pesaba demasiado.

Olivia estaba y ya no estaba allí. No era ella. Un cuerpo helado no era una mujer.

—¿Qué ha pasado? —logró preguntar en algún momento de la noche.

—La chiquilla de Almudena se cayó al río y Olivia quiso cruzarlo para salvarla…

—Y la salvó, ¡Dios la tenga en su gloria! Le estaré eternamente agradecida.

Emilio se limpió la cara con los puños del jersey más gordo que tenía. ¿Eternidad? Aquella mujer no sabía lo que era la eternidad.



Sus siguientes visitas a Peñaguda se las pasó Emilio Navidad borracho como una cuba, blasfemando ya en la iglesia, ya en las puertas del cementerio. Le dio igual ir al cuartelillo en 1978 y tampoco le importó que lo molieran a palos en 1683, ni que el maldito noble de la atalaya le prometiese su alma pensando que era el diablo.

Lo terrible había ocurrido. El milagro había vuelto a convertirse en maldición.

En su trabajo, Emilio escribía poemas al horrible destino; en su casa, continuaba escribiéndole cartas a Olivia.

—Porque no ha muerto, para mí no ha muerto, tengo más de cincuenta años

de su vida a los que volver, tengo que casarme con ella.

Pero nunca se casaron.

Emilio Navidad solo vería a Olivia una vez más, para caerse en un charco y poner ojos de cordero. Para rogarle que prometiese no cruzar ningún río. Esa sería su última oportunidad.

Aquella Nochebuena, a las doce de la noche, una Olivia de apenas veinte años descubrió en la puerta de su casa a un hombre bajito que decía llamarse Emilio.

—Tú eres mi destino —atinó a decir él, antes de tirarse de cabeza al charco que había junto a la puerta.

Olivia no supo qué decir y contuvo la risa ante aquel gesto entregado y fiel. Pero, entonces, mirando bien a aquel extraño que la observaba como si fuese una aparición, pensó en el fresco de la Iglesia que representaba a María Magdalena y a San Juan, de la mano. Pensó en lo que ese hombre se parecía a San Juan, en que todos en el pueblo decían que ella era la Magdalena. Y pensó también en aquel grabado en piedra de la encrucijada: "Si el destino llama a tu puerta, invítalo a entrar"; y en el tronco del tejo donde había leído el nombre de Emilio desde niña, entrelazado con el suyo. Recordó las inscripciones romanas, la cancioncilla que se cantaba en las fiestas, el escudo de piedra que se había salvado de la atalaya y que entrelazaba la O y la E con cadenas y flores, el grabado de casa del viejo médico en el que un hombre le rogaba a una mujer desde un charco que se casase con ella…

Olivia recordó cada una de las miguitas de pan que, a lo largo de la historia, Emilio Navidad había dejado en el mundo para ella y sintió que su corazón se deshacía. «Tú eres mi destino», le había dicho. Debía ser verdad. Olivia sonrió a aquel hombre desconocido y, empapado y ridículo, lo dejó entrar.

Agradecimientos



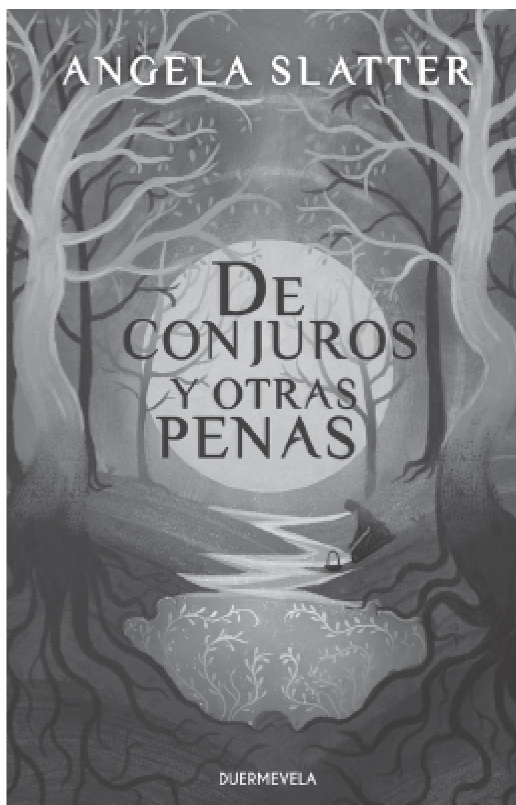
Con esta antología queríamos rescatar la vieja tradición de contar cuentos en Navidad, traer nuevas historias con un sabor antiguo y reivindicar a nuestros escritores. Para ello, contamos con algunas de las voces de la literatura actual que más admiramos en nuestro país y también organizamos una recepción de manuscritos de la que seleccionamos tres de los relatos que habéis podido disfrutar en *Noches de Navidad*.

Desde Duermevela queremos dar las gracias a todas las personas que enviaron su relato de Navidad, y también a todas las que nos han ayudado a llevar a cabo este proyecto con entusiasmo y generosidad.

Gracias

Las editoras

Nuestra sugerencia



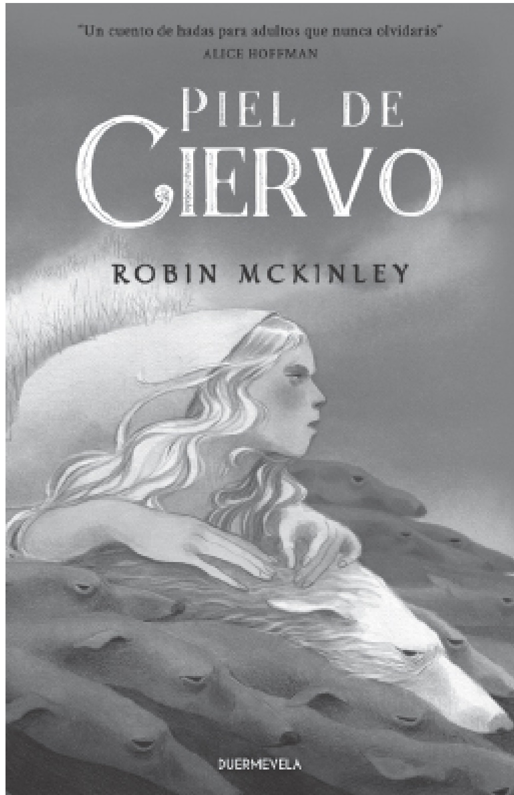
De conjuros y otras penas

Traducción de Rebeca Cardeñoso Posfacio de Lola Llatas

«Hubo un tiempo en que creí que no volvería a practicar la magia, pero habría sido más fácil dejar de respirar. Simplemente, ahora soy mucho más cuidadosa con lo que hago».

www.duermevelaediciones.es

Nuestra sugerencia



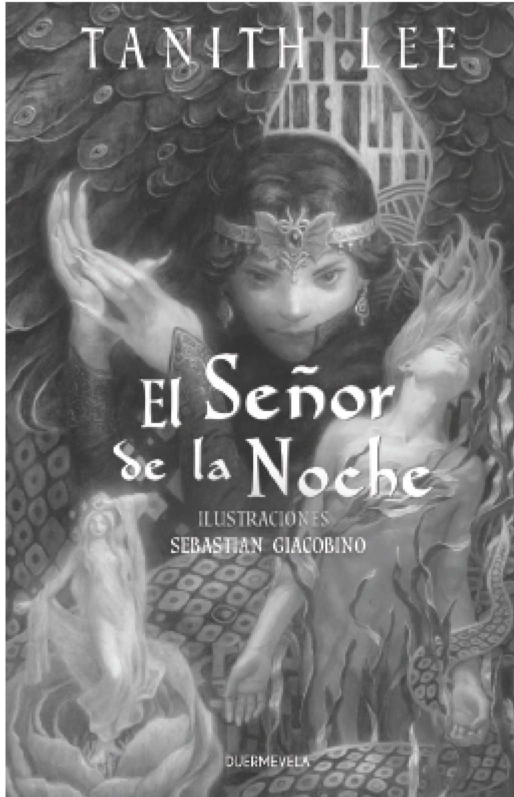
Piel de ciervo

Traducción de Rebeca Cardeñoso Posfacio de Isabel Clúa

«Su primer acto de rebeldía, aunque ella misma no lo sabía, fue aprender a leer».

www.duermevelaediciones.es

Nuestra sugerencia



El Señor de la Noche

Traducción de Bruno Álvarez y José Monserrat Ilustraciones de Sebastian Giacobino

Posfacio de Sofía Rhei

«Mi nombre es Azhrarn, príncipe de los demonios. Los humanos que no son dioses no me adoran, tan solo me temen. Ya sea bajo el cielo, en la tierra o bajo ella, yo y solo yo soy incomparable».